Francesc Serés

El primer año



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Junio. Milímetros y kilómetros

Julio. Como un perro

Agosto. Luz, más luz

Septiembre. En el jardín, en la montaña

Octubre. El gen egoísta

Noviembre. Mis alumnos no tienen sueños

Diciembre. Al borde del camino

Diciembre, casi enero. Y ahora, ¿qué?

Enero. ¿Volver o irse?

Febrero. Padres, madres, hijos, hermanos

Marzo. El disfraz del Krampus

Abril. A punto de volar

Mayo. En el parque

Junio. Un lugar en el mundo

Julio. La venganza

Epílogo

Créditos

El primer año

Francesc Serés

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino

Junio
Milímetros y kilómetros

—Le impresiona, ¿eh? —me pregunta el doctor Thomas, nuestro ginecólogo.

Miro fijamente la pantalla mientras él intenta encontrar la cara de Juli con la máquina de ultrasonidos. Dasha, medio recostada, puede ver también los movimientos a través de otro monitor. El doctor Thomas, tras comprobar que los órganos funcionan y asegurarse de que las medidas son las que corresponden para los meses que tiene —siete—, intenta resarcirse de los fracasos anteriores. Sin demasiada suerte, todo hay que decirlo: parece que estén jugando al gato y al ratón. En una ocasión consiguió hacerle un buen retrato frontal, pero desde entonces Juli se esconde. Se gira, parece taparse los ojos y a veces lo vemos pasar como una exhalación sin darnos tiempo a capturarlo de forma clara. Tenemos buenas fotos de la espalda o de los codos, que está muy bien, pero no hace tanta ilusión.

El doctor Thomas, que tiene sesenta años recién cumplidos, es un hombre parlanchín, bonachón y sibarita. Comparte la consulta con su mujer, que es pediatra, y con dos recepcionistas que se reparten los papeles de poli bueno y poli malo. Entre los títulos académicos tiene muchas fotos de sus viajes, en las que los paisajes se alternan con restaurantes y salas de fiesta. Es la penúltima visita que

tenemos programada. A los ocho meses toca la última, antes del parto. Después tendremos que ir al hospital.

Hay cierta confianza. Como le sorprendió que siempre acompañara a Dasha —me dijo que, según las estadísticas, en Austria, el porcentaje de hombres que acompañan a sus parejas al ginecólogo es de menos del 4 por ciento—, me preguntó a qué me dedicaba. Otro día me comentó que me había buscado en Internet y me hizo todo tipo de preguntas sobre mis libros. Dasha bromea diciendo que tiene más ganas de verme a mí que a ella, y como existe esa confianza, supongo que por eso dedica más tiempo a intentar que volvamos a ver la cara de Juli. A cambio, debido a esos sobreentendidos propios de la confianza recién estrenada, me preguntó si podía revisar unos documentos que tenía que parecían interesantes, por si podría llegar a hacerse un libro con ellos.

—Sí, claro, por supuesto que me impresiona. Para usted quizá es rutina, pero para nosotros es algo excepcional, mágico.

¿Cómo no iba a impresionarme? Queremos verle la cara, pero poder ver su espalda y saber que está bien ya es un milagro. Observar la vida creciendo dentro del vientre: si eso no nos impresionara... La primera vez que oímos su latido, cuando aún contábamos el tiempo en semanas, fue un auténtico impacto. Saber que medía apenas unos milímetros y que ya le latía el corazón, tan real que podíamos oírlo perfectamente... Además, el doctor Thomas subió el volumen y el latido resonó por toda la sala. ¡Claro que impresiona! Sorprende y emociona. Si aquí no encontramos una forma de trascendencia, ¿dónde iremos a buscarla?

—Miren, un fémur, y desde aquí vemos los dos. Tú venga a enseñar los fémures, pero la cara te la escondes, ¿eh, pillín...? Esto ha cambiado mucho, con las primeras máquinas las imágenes eran muy poco precisas, y miren ahora, puedo decirles los centímetros, el

volumen de los pulmones o el perímetro del cráneo, y también puedo encontrarle el hígado... Pero la cara no quieres volver a enseñárnosla, ¿eh...? Lo veo cada día, y cada vez es como si fuera la primera, incluso los días que estoy cansado. El día que no sea así lo dejaré, porque es posible que hoy note algo en su hijo que me perdí las otras veces, y no es que no me fijara, pero los cuerpos cambian. Y así es como se salvan niños y así es como se salva la vida, como si cada vez fuera la primera. Sí que es mágico, sí.

—Qué me va a decir a mí...

—Es más que mágico. Esto va más allá de todo, más allá de la racionalidad y las creencias. Por supuesto, sabemos cómo lo hacemos, cómo funcionan los ultrasonidos y todo eso; y yo he estudiado Medicina, claro, claro... Pero no es suficiente. A mí me vino la vocación cuando miré por primera vez por un microscopio, ¿y sabe qué?, en casa tengo un telescopio. De aficionado, ¿eh?, no se crea... Cuesta mucho montarlo y desmontarlo, pero de vez en cuando paso algunas horas por la noche mirando el cielo... Está todo bien, pueden estar tranquilos —dice, y sonríe mientras le tiende unas toallas de papel a Dasha para que se seque la barriga.

Dasha tiene parte de razón, quizá lo que pasa es que apenas habla de su trabajo con otros hombres. Repasa todo lo que ha ido guardando en el ordenador e imprime las cuatro fotos que hoy ha podido hacer.

—Gracias —le digo tocando el papel satinado, mientras intento encontrar algún orden en unas manchas que parecen sacadas de otras profundidades abisales, con mares sin luz y una criatura que aún es acuática, de la cual solo se distinguen claramente un pie y una pierna.

Es difícil imaginar que has estado ahí dentro, enroscado, cabeza abajo y rodeado de líquido y carne, y también es difícil hacer el

ejercicio de los ultrasonidos, abstraerse de todo lo que nos rodea y pensar que bajo la piel hay una criatura que un día saldrá, y que esto ocurre cada día, cada minuto, cuatro veces por segundo en todo el mundo, según las estadísticas. Vulgar y trascendente, tan irracional como la concepción, como el deseo de tener un hijo y como lo que anima una posible explicación y narración.

—Me gusta cómo lo mira usted. Yo aún conservo las fotos de mis hijas. Tengo dos, estudian Medicina, pero una quiere ser dentista, ¿por qué demonios tiene que ser dentista? ¿Acaso no se hacen suficientes chistes sobre los ginecólogos?

—Podría ser forense; los forenses también salen en los chistes.

—El padre ginecólogo, la madre pediatra y la hija forense, eso sí que sería un buen chiste.

—Quizá mi hijo necesitará un dentista algún día.

—Es un niño esperado, ¿verdad? Solo hay que ver cómo mira usted la pantalla de las ecografías...

—Claro...

Los dos hemos hecho muchas cosas en la vida y, de repente, fue llegar a Graz y, al cabo de un mes, se hizo una prueba porque notaba algo distinto, y aquí estamos. Y desde el momento en que supo que estaba embarazada, sí, por supuesto. Mis mejores amigos, los que tienen hijos, me han dicho todos lo mismo, que lo disfrutara desde el primer momento, que todo pasaba muy deprisa. Y sí, lo pienso, lo disfruto, lo vivo. He vivido muchas cosas, algunas mágicas, pero esto parece un milagro.

—Está todo bien, busquemos una hora para la última visita.

El doctor Thomas pone los sellos en el *Mutter-Kind-Pass*, el librito en el que se recopilan las pruebas y los datos, los resúmenes de las visitas, y en el que se reservan algunas hojas para el día del

nacimiento y para las vacunas de los primeros años. La hoja que nos enseña es la que va antes de la del parto.

—Muy bien, yo ya me voy, que he quedado. Le diré a mis amigas que he dejado a mi marido en la consulta del ginecólogo —ríe Dasha.

El doctor Thomas me había pedido que leyera los diarios de un profesor que había tenido en la universidad, un mentor suyo, el profesor Haslinger. Sus hijos no tenían ningún interés en los papeles, se han dedicado al sector inmobiliario, y como sabían que el doctor Thomas había tenido muy buena relación con él, le entregaron el archivo. Había sido su alumno de confianza, le tenía mucho afecto, y quería que le diera mi opinión sobre si de eso podría salir un libro, algo más que un homenaje. Hay todo tipo de anotaciones sobre su trabajo como médico, como ginecólogo, pero también sobre sus vivencias como ciudadano que vivió la guerra, la división de Austria y la recuperación del país, así como sobre las dos ciudades que más quería, Graz y Viena. Se da una curiosa casualidad: en algún momento habla de un médico que vivió en nuestro piso, el abuelo de nuestro arrendador. El piso que alquilamos había sido la consulta de un médico especialista del corazón que también había sido decano de la Facultad de Medicina, y a veces habla de él.

—¿Y entonces? ¿Qué le ha parecido? —me pregunta mientras dejo las dos abultadas carpetas sobre la mesa.

—Muy bien, muy interesante, una ecografía inversa, imágenes de alguien que ya no está. O que solo existe en los papeles.

—Es una novela, ¿verdad?

—No sé qué decirle. Mire, de todo lo que he leído hay algo que sí me ha hecho pensar, pero no sé si para una novela.

—Sus viajes a Viena y a Múnich.

Hace estancias en las grandes ciudades; también va a Berlín. Y es verdad que ahí hay páginas cómicas, como cuando le dicen que puede quedarse con la supervisión de un par de prostíbulos, que es como los ginecólogos pueden ganar más dinero. Recuerda las diferencias entre su padre, que había recorrido medio mundo y vivido toda clase de situaciones, y su madre, católica hasta la médula.

—Eso es divertido, sí, pero no... Me gustan mucho esas páginas en las que dice que sabemos el cómo pero no el qué, no el porqué.

—Ah, sí, eso es bonito, cuando va a Hanserveit. Lo mejor es cuando habla de que no sabemos exactamente por qué tenemos hijos, que eso sigue siendo un misterio. Es muy bonito eso, la ternura con la que lo dice.

Haslinger va a un pueblecito cerca de Graz, donde hay un parto difícil. Durante la visita, el abuelo de la criatura se echa a llorar porque no quiere que su hija sufra y le paga lo que puede y lo que no puede para que pase la noche con ella. Entonces, durante la espera, en un momento en que se quedan solos, le pregunta por qué tenemos hijos. La pregunta pilla a Haslinger con la guardia baja, pero el anciano vuelve a preguntárselo como si necesitara esa respuesta que nadie ha sabido darle. Entonces Haslinger escribe que sabemos cómo funcionan los cuerpos, que tenemos clara la teoría sobre cómo un espermatozoide y un óvulo se encuentran, todo el desarrollo de los niños, cita científicos y teorías... Constata cómo los aparatos mejoran, cómo las vacunas tienen un efecto positivo, el progreso, y explica cómo ha ayudado a algunas parejas a tener hijos que pensaban que nunca llegarían.

—No me había fijado tanto en eso, lo he leído, pero... Es verdad que lo dice.

—Para mí es lo más importante que ha escrito. Son pocos párrafos, incluso solo algunas líneas, pero es lo que más me interesa.

—Así que los viajes, o cuando entra en la universidad y la describe por dentro...

—Los viajes tienen mucha gracia porque ve mundo y se nota que no está muy acostumbrado. De todo se puede hacer una historia, si uno quiere. Eso de médico de prostíbulos en los sesenta, con el milagro económico alemán...

—¿Y la universidad...?

—Con todos los respetos, lo de la universidad lo encuentro aburrido, nada que no sepamos. Hablo por mí, quizá también es por el momento que vivo ahora. En cambio, ese anciano que va a buscarlo con la camioneta... Me imagino los caminos, la nieve de la montaña, es enero, su nieto está al llegar... Y va y le pregunta cómo es que la humanidad quiere seguir adelante.

—Ya lo entiendo, ¡usted es un artista! —Se ríe, nos reímos.

—No, ahora en serio, es una vida interesante, seguro que alguien podría hacer una película si se introdujera un poco de ficción, bueno, no lo sé, no quiero ahora parecer indiferente. Me acordaré del viaje a Múnich, pero sobre todo de la noche en Hanserveit. Le agradezco la confianza, ¿eh? No se lo toma a mal, ¿no?

—¡Claro que no! De ningún modo. Estoy contento de que le haya echado un vistazo, de verdad. Ahora pienso que quizá debería habérmelo leído mejor.

—No, no, es una vida posible, la de su profesor, y es una vida bonita. La de alguien que ha hecho bien a mucha gente y que ha vivido un tiempo muy interesante. Pero no soy yo quien debe escribir esta historia. Digamos que no le encuentro la cara al niño.

El doctor Thomas sonríe.

—«Sabemos el cómo pero no el porqué»... Eso, después de tanto tiempo, con matices, creo que yo también podría decirlo, ¿no le parece?

—¿Usted qué piensa?

—Ay, no lo sé, quizá debería ir a Hanserveit, porque nunca he estado. Tan cerca y ha ido usted y yo no. Bueno, nos veremos dentro de un mes, la última visita antes de que sean uno más en la familia.

Me estrecha la mano cuando nos despedimos. Es la primera vez que lo hace.

Julio
Como un perro

No pudimos tener la última visita con el doctor Thomas porque Juli se adelantó cuatro semanas.

A las 4.40 del lunes 22 de julio, después de dos noches y un día de contracciones, la médica nos entregó los documentos que debíamos firmar para poder practicar una cesárea. Como teníamos la copia que nos habían dado en el curso de preparación al parto y la habíamos leído varias veces —no es buena idea leer diez folios en alemán cinco minutos antes de que te digan que hay que hacer una operación como esa—, solo tuvimos que comprobar que fueran los mismos. En cuanto los firmamos, se llevaron a Dasha al quirófano y en pocos minutos aquella habitación tan llena de gente, instrumentos, aparatos y ropa se quedó vacía, con esa sensación de que la fiesta ha terminado. Mientras la limpiaban me aconsejaron que fuera a dar una vuelta, pero que estuviera de regreso en la habitación antes de una hora. Ni siquiera estaba ya la cama, ni Dasha.

Yo tampoco estaba. Bajé al aparcamiento del hospital; en el coche tenía toallas y ropa limpia. Después de ducharme —en el baño del aparcamiento había una ducha—, afeitarme, cambiarme y comerme las últimas galletas que me quedaban, después de lavarme los dientes y de dejar el coche decente, volví a la habitación y me senté

en la única silla que había. Si todo aquello era un ritual, tenía que observar las normas.

La excepcionalidad del momento se equilibraba con el hecho de que llevaba cuarenta y ocho horas despierto. Cuando Dasha empezó a tener contracciones, el sábado antes de medianoche, aún no nos habíamos dormido, y a partir de entonces todo se complicó. Fuimos al hospital y nos dijeron que la cosa iba en serio, pero que podía alargarse mucho, y como el hospital está solo a cinco minutos por calles poco transitadas, decidimos volver a casa. El domingo por la tarde regresamos y ya nos quedamos allí. Aguanté bien hasta la medianoche siguiente, pero llegó un momento en el que ya no podía beber más cafés porque me hacían daño en el estómago. La comadrona, Lucia, que era un ángel, me dijo que me traerían una camilla como las que llevan las ambulancias para que pudiera descansar, pero cuando la vi, tan alta y tan estrecha, no me sentí con fuerzas para tumbarme en ella; no dejaba de pensar que me daría la vuelta, me caería y haría el ridículo. Tras agradecerle el detalle, le pregunté si podía coger una de las toallas del baño que había en la habitación y me acosté en el suelo.

Pude dormir una hora y media. Me despertó el ir y venir de gente entrando y saliendo; ya daban por hecho que la cesárea no podía demorarse más.

—Como un perro —dijo Dasha cuando me incorporé a medias, a cuatro patas.

—El perro guardián —parece que le dijo Lucia.

Sí, me había dormido como se duermen los perros, acurrucado a los pies de la cama. Como un perro... Me gustó que me lo dijera, porque me recordó una conversación que tuvimos cuando murió su madre. Había leído un artículo sobre el proceso de duelo en el que se decía que mucha gente se sentía más reconfortada por los perros

que tenían en casa que por las personas cercanas. Durante el duelo imité a los perros, en el olfato que te avisa de no hablar cuando no toca, en el afecto de la compañía que buscan amos y animales, en los sextos sentidos de los perros pastores; pensaba en la anticipación de los galgos, en la calma lenta y fiel de los mastines, siempre un paso por detrás. Los perros no le dicen a nadie cómo debe sentirse, no apremian a sus amos —tendría que buscar otra palabra que no fuera «amo», pero no la encuentro— para decirles que deben estar bien, no ponen precio ni al tiempo ni al acompañamiento y, sobre todo, no necesitan el protagonismo de quien da consejos. Pensaba en Irina, sí, pensaba en la madre de Dasha porque sabía que también ella la llevaba en la cabeza, y pensaba también en la mía, que me había tenido por cesárea y que después aún sufrió dos más, una con el hermanito que murió. Pensaba en ellas como si intentara improvisar una plegaria familiar para que todo saliera bien. Tenía plena confianza en los médicos y en las comadronas y, al mismo tiempo, así me lo mostraba aquella capilla improvisada en que se había convertido la habitación, sabía que la vida estaba en suspenso, que alguien nuevo llegaba al mundo y que, en aquel preciso instante, el tiempo, las normas, lo aceptado y lo no aceptado tenían un significado relativo; que tenía licencia para convocar a todos aquellos que podían ser recordados, a todos aquellos que habían tenido alguna influencia en nuestra presencia en el mundo. Porque, además, estábamos solos, nuestras familias se encontraban a miles de kilómetros, ni siquiera sabían que estábamos en el hospital. Allí solo, en la habitación, mientras le abrían el vientre, podía convocar a parientes vivos y muertos, tenía que hacerlo. Si no lo hacía entonces, ¿cuándo lo iba a hacer? Estábamos a medio camino entre Rusia y Zaidín, en un hospital donde nos hablaban en una lengua que apenas acabábamos de aprender, solos

ella y yo durante aquella hora que siempre se desea que sea corta pero que ya duraba más de un día. Habíamos ido y habíamos vuelto, habíamos pasado de los antiinflamatorios al gas de la risa y a la epidural... Los momentos se mezclaban, la gente, los nombres de las comadronas y de las doctoras, del anestesista, de las enfermeras los había apuntado todos en un papel que ya no sabía dónde estaba.

Toda aquella niebla terminaba en el corte que le estaban haciendo mientras yo permanecía solo en la habitación. Solo habían pasado veinte minutos. Me venía a la cabeza el viaje de Haslinger a Hanserveit, la forma en que explicaba que los hombres habían limpiado el camino para que pudiera llegar la camioneta, lo agotados que estaban. Pensaba en los perros de la casa, que describe brevemente. Volvía a pensar en las tres cesáreas de mi madre, en la cicatriz sobre la cicatriz sobre la cicatriz y en todo lo que ocurrió cuando yo aún no podía darme cuenta de nada. Tres veces; el corte horizontal de Dasha y los tres cortes de mi madre se cruzaban en un punto sin tiempo. Tenía muy presentes las marcas: las operaciones de antes dejaban valles y cordilleras que no podían ocultarse; mi madre tiene cordones de soldadura desde el pubis hasta el ombligo que recuerdan el trauma de abrir aquel otro camino. Es imposible no pensar que lo más probable es que en otra época hubiésemos muerto todos, o que habrían quedado secuelas de por vida. De hecho, falta un hermanito, que murió pero que nos acompañará siempre, esa es la cicatriz más profunda. Todo se mezclaba porque el tiempo es relativo y todos pasaban por mi mente para desearme que todo saliera bien... Estábamos solos, pero los que me hacían falta iban llegando de una manera u otra; pensaba también en el padre de Dasha, en Rusia, y en su padre, un niño que tuvo que hacerse cargo de sus hermanos pequeños después de la Segunda Guerra Mundial, Iuli. Hasta que el corte no pusiera en marcha de

nuevo la maquinaria del tiempo, hasta que no llegara Juli, estaría con todos ellos. Pensaba en mis abuelos, en Maria y en Júlia y en el panteón de nuestros dioses lares particulares, en las fotos que hay en casa todas juntas, y les pedía que pensaran en nosotros. No me preocupaba la parte médica, científica o técnica, llamémosla como queramos, me cuesta imaginar un hospital mejor preparado y un equipo médico que transmitiera más confianza, pero también está todo lo que la ciencia no explica y que se arrastra de generación en generación. No sabría decir si los minutos pasaban más lentos o más rápidos, lo que sí sé es que el tiempo era intenso, profundo, como si en cada segundo cupieran mil pensamientos, recuerdos y posibilidades que venían de todas partes y de todos los tiempos.

Hasta que llegó el presente.

A las 5.45 Lucia entró en la habitación con una sonrisa en la cara y un niño en brazos, envuelto en ropa blanca y con un gorrito azul. Cuando me lo dio, mis brazos se adaptaron formando una coraza magnética, los sentía más largos y más fuertes, como si aquella fuera su posición ideal y, después de esperar tanto tiempo, la adoptaran de manera espontánea.

—¿Está bien?

Solo podía verle los ojos cerrados, la nariz y un poco la boca.

—Según todo lo que hemos podido ver y comprobar, sí. Pesa más que muchos niños que nacen a los nueve meses, no hemos visto nada que deba preocuparnos.

—¿Y la madre?

—La madre también, ahora la están cosiendo, no tardará. Vuelvo enseguida. —Y volvió al quirófano.

Estaba dentro, estaba fuera; estaba a oscuras y, de repente, todo era luz, el alba comenzaba a dejar entrar el día. Alguien había apagado las luces mientras yo había ido al aparcamiento, pero salía

el sol y cada vez había más claridad en la habitación. Podía verle la cara e incluso, en medio de aquel silencio —un lunes a las seis de la mañana no había nadie—, escuchaba su respiración.

Pasamos casi tres cuartos de hora solos, con el zumbido del silencio en los oídos tras el trajín de las horas anteriores. Lo miraba, acercaba mi oreja a su nariz para oír aquel ronroneo de animalito. Con los ojos cerrados, parecía que estuviera pensando muy intensamente en algo, como si fuera portador de algún mensaje que yo debía escuchar. Dasha lo había llevado en su interior durante ocho meses, pero en aquel momento estábamos solos él y yo. Pensé en que la estaban cosiendo, en el corte y en la cicatriz, en la bendición de poder contar con todas aquellas médicas, enfermeras y comadronas —el único hombre era el anestesista— que la rodeaban. Para tranquilizarme, me repetía que estaba en buenas manos.

Estaba muy contento, pero lo cierto es que aún hoy no sé describir en qué consistía exactamente aquella alegría; he pensado en ello durante todo este tiempo, en la dificultad, en la imposibilidad de describirla. Se actualiza cada vez que estamos juntos, y creo que se mezcla con la alegría de los padres y los hijos de todas partes y de toda la historia, a la vez tan particular y tan colectiva.

—Pensaba que traerían a mi mujer —le dije a Lucia, un poco asustado, cuando vi que volvía sola.

—Está todo bien, no pasa nada, quizá tarden un poco más, pero no hay de qué preocuparse. ¡Y usted! ¡Fíjese! ¡Se ha arreglado para recibir al niño! Eso es bonito.

—Me apetecía. Oiga..., ya le he agradecido muchas veces todo lo que han hecho por nosotros. Se lo digo de verdad, y hablo también por mi mujer.

—Es nuestro trabajo, nuestra vocación. Todo esto, sin vocación... He oído que le hablaba. ¿Puedo preguntarle qué le decía, si no le

parezco indiscreta?

—Le daba la bienvenida, le contaba quiénes somos, de dónde venían sus abuelos, qué hacemos aquí en Austria. También le preguntaba cosas..., pobre, tan pequeño y yo ya preguntándole, pero quizá sabe más que todos nosotros. Ya entiendo que es como para echarse a reír. Él se queda ahí con los ojitos cerrados como si quisiera recordar la lista.

—No, no es para echarse a reír. Hay dos momentos en la vida en que todo está permitido: cuando alguien llega y cuando alguien se va. Hoy es un día en que nada es para echarse a reír. No me mire así, no es que esté intentando distraerle, no es que esté ganando tiempo por algo... Su mujer está bien.

—Les tengo toda la confianza...

—Pues venga, ¿qué le preguntaba?

—Me da un poco de vergüenza.

—Hoy, no. Pero quizá le he incomodado...

—No, no, le hablaba y le preguntaba cosas. Qué esperaba de nosotros. Le he dicho que haríamos todo lo que pudiéramos, que teníamos que aprender... Me da vergüenza, la verdad. También le he preguntado cuándo empezaría a escribir. Bueno, no, cuándo empezaría yo a escribir sobre él. Disculpe. Pobrecito, todo lo que le he preguntado y le he dicho era dulce. Mírelo. ¿Qué pasará por su cabeza? Tan ensimismado.

—Es un milagro, ¿verdad? —Sonreía, una sonrisa franca que hacía creer de verdad que no me estaba entreteniendo, que en el quirófano todo iba bien.

—¡Ya lo creo! Oiga, Lucia, ¿puedo hacerle una pregunta?

—A ver.

—Un ginecólogo de aquí, de Graz, se preguntaba por qué tenemos hijos...

—Los ginecólogos... Ay, los ginecólogos...

—¿Por qué tenemos hijos?

—No es la primera vez que me lo preguntan, y también yo me lo he preguntado muchas veces.

—¿Y?

—Para que el amor entre dos no termine, porque forma parte de las cosas buenas de la vida, porque podremos querer más de lo que queríamos y ellos continuarán la cadena. Creamos amor donde no lo había, y eso es bueno.

—Tiene una respuesta.

—Debo tenerla, es mi vida, mi vocación. ¿Le convence?

—Me parece impecable, no sé si es la única, supongo que es la suya, pero tiene sentido en sí misma. Cuando llegue a casa lo escribiré. Al menos la frase. Me convence, sí, con este aquí en brazos.

—Muy bien.

—¿Puedo preguntarle si tiene hijos?

—Una niña, de cuatro años. Pensaba que no podría. Tengo un problema y, cuando el problema me dio un respiro, pude quedarme embarazada. Doy gracias a Dios cada día, cada vez que la veo.

—No sabemos qué es el amor, pero sí sabemos un poco cómo funciona.

—Mírelo, es eso, son usted, él y el mundo. Aspire, sienta su olor. Es el olor. El olor no se puede explicar.

—Como un perro.

—Hoy es el día en que más nos parecemos a los animales. Espere, me parece que traen a su mujer. —Se oía el rumor de las ruedas sobre el suelo y las voces acercándose por el pasillo.

Nos abrazamos los tres. El cansancio modulaba las emociones, hasta el punto de no poder describir nada cursi ni caer en lugares

comunes. Lucia me pidió que la ayudara a desnudar a Juli para pesarlo y medir su altura, el diámetro de la cabeza y quizá alguna otra cosa que ya no recuerdo. Cuando terminó, lo dejó sobre el pecho de Dasha.

Estaba dentro, estaba fuera.

La doctora me dijo que en una hora Dasha y Juli subirían a la habitación. Yo no volvería a verlos hasta las tres de la tarde. Pasamos juntos aquella hora y, poco a poco, todo se fue quedando en silencio. Un enfermero se llevó la cama hacia el ascensor y yo volví al aparcamiento y llamé a casa y a la hermana de Dasha. El mundo ya era otro.

Agosto
Luz, más luz

Mientras voy en bici, András, un amigo húngaro, me envía un enlace al móvil y, antes de que pueda abrirlo, otro mensaje en el que me pregunta si quiero ir con él al cine. En el enlace están la dirección, la hora y un mapa de cómo llegar al lugar de la proyección. Parece que el edificio es bastante grande y cuesta encontrar la sala. Detengo la bicicleta y lo llamo; con András nunca se sabe.

—Menos mal que esta vez me mandas la prueba.

—Ya sabes que soy disléxico. ¿Qué? ¿Sí o no?

Hace tres meses me comentó que organizaban un festival literario internacional. Lo había visto anunciado en inglés, al parecer lo hacían en un parque, pero como no lo encontré por Internet, decidí no ir. Al final até cabos: no se trataba de *Mitteleuropa Poetry*, sino de *Mitteleuropa Pottery*. No tengo nada en contra de la cerámica, pero...

Pocos minutos después me incluye en un grupo de WhatsApp donde, por lo que puedo entender, se habla de la película que me ha invitado a ver. Digo «por lo que puedo entender» porque la película y el grupo de discusión son en húngaro y he de copiar frases y recurrir al traductor para saber qué dicen. Además, como en Hungría hay muchos Seres y él les ha hablado de mí como Seres y no como Francesc, nadie se da cuenta de que no soy húngaro.

—Gracias por la invitación y disculpad la pregunta, pero... ¿habrá subtítulos en inglés o en alemán? —pregunto al grupo.

El húngaro me resulta totalmente opaco. En Graz, además del alemán, puedes oír italiano, ruso, serbocroata, esloveno, eslovaco y checo. A veces, cuando no entiendo absolutamente nada, cuando no reconozco ni siquiera la música del idioma, sé que están hablando en húngaro. Hay un poco de discusión y al final todos dicen que creen que sí, pero que no están seguros. Alguien comenta que, teniendo yo orígenes húngaros, ya podría haber aprendido un poco. No tengo ganas de aclarar nada, la verdad, con András siempre es así.

Lo conocí en el hospital. Dasha trabaja en la universidad con su mujer y se hicieron amigas después de coincidir por los pasillos, las dos embarazadas. Al final, Donato y Juli llegaron al mundo el mismo día y a pocos metros uno del otro. Juli es siete horas mayor, pese a que al lado de Donato se le ve más pequeño; uno nació una semana más tarde de lo previsto y el otro cuatro semanas antes. Hablamos a menudo, lo de tener un hijo el mismo día crea vínculo. Hablar a menudo con András significa meterse en líos a menudo.

La sorpresa llega cuando, ya en casa, leo bien lo que dice en el enlace y veo que la película a la que me invita es una producción húngara sobre la vida de Semmelweis... ¡Hostia! Tendrían que haber añadido «la vida del médico» o «del famoso internista húngaro», para explicar mejor de qué trataba, pero es que para mí Ignác Semmelweis es un viejo conocido. Leí hace muchos años la biografía que escribió Louis-Ferdinand Céline y desde entonces es uno de mis libros de cabecera. Le escribo enseguida y lo comentamos por teléfono; a András estas cosas —las coincidencias y las confusiones — le hacen gracia. Dice que es una película que es mejor verla después de tener un niño, no antes, y por lo que yo recuerdo del libro, tiene razón.

El día de la proyección me escribe un mensaje un poco extraño que no acabo de entender. Me dice que podré hablar con la gente sobre el libro y la película, que seguro que hay mucho debate y que quienes lo organizan están muy contentos de que yo vaya. Me alegra saberlo, claro, pienso que siempre es bueno ser bien recibido, pero como no sé muy bien qué significa, no le hago mucho caso, que en casa hay mucho trabajo. Es la primera vez que saldré desde el nacimiento de Juli y hemos quedado Dasha y yo en que llevaré el móvil en la mano y que si pasa algo volveré enseguida. Son diez minutos en bicicleta hasta el edificio donde se proyecta la película, un centro de formación recién reformado con varias salas dedicadas a temas de la Unión Europea.

Aquí y allá, en algunas puertas y en las intersecciones de los pasillos, hay todo tipo de carteles que, como migas de pan, indican el camino al Magyar Filmklub, hasta llegar a una sala donde unas cincuenta personas, en su mayoría mujeres, esperan que dé comienzo la película. Creo que soy el único que no es húngaro.

—Usted es Seres Francesc, ¿verdad? —dice una chica que me ofrece una bandeja con dulces. En húngaro, el apellido va primero y el nombre después—. András nos ha dicho que es especialista en Semmelweis, estamos muy contentos. Eso hará mucho más amena la reunión.

Ay, querido András...

—Bueno, no sé qué les habrá contado András, pero no, no... No es así, yo no soy ningún especialista en Semmelweis.

—No sea modesto —me interrumpe—. Por cierto, András no puede venir porque Donato no se encuentra bien.

—Vaya, pero...

—Nada grave, cosas de niños. Nos ha dicho que usted conoce muy bien esta historia. —Me vuelve a ofrecer dulces.

—No es exactamente así, todo viene de un libro de un autor francés que...

—¡Ah, muy bien, muy bien! Puede hacernos un resumen antes de que empiece. Una presentación de la historia.

—¿Es una broma? —No tengo nada preparado, pero no sé cómo decirle que no, y por cómo me mira la gente esto va en serio.

—¿No es usted el escritor que ha escrito un libro sobre Semmelweis?

—No, no, yo no, es otro que...

—András nos ha dicho que usted es escritor y que es especialista.

Me asombra cómo se puede liar todo en pocos minutos.

—Soy escritor, pero... —No sé cómo salir de esta.

—Así lo tenía entendido.

—¿Puedo hacerlo en inglés? —Haré lo que pueda, pienso.

—Mejor en alemán, ¿no?

—No lo querrán en húngaro, ¿verdad?

—¿Podría? András no nos ha dicho nada, pero sería maravilloso... —Se lo he dicho en broma, pero al parecer no lo ha pillado.

—No, no... —la interrumpo; ella sonríe y me señala la silla que está de cara al público. Te voy a estrangular, András.

Me presento y, ya que estamos, les doy la bienvenida como si fuera yo quien ha organizado la velada. No sé cómo he acabado aquí, pero sigo adelante. Cuando no me alcanza el alemán, echo mano del inglés. Les digo que el libro de Céline me fascinó, que no he dejado de recomendarlo y que nunca me he podido quitar de la cabeza una frase que incluyó en el prefacio que escribió para la edición de 1936. La busco en el móvil en francés, que es como la recuerdo, la leo y la traduzco al alemán con un traductor:

> Rien n’est gratuit en ce bas monde. Tout s’expie, le bien comme le mal, se paie tôt ou tard. Le bien c’est beaucoup plus cher forcément.

No fue el primero en decir esta frase, viene de mucho más lejos. «Nada es gratis en este bajo mundo. Todo se expía, todo se paga tarde o temprano, lo bueno y lo malo. El bien, por descontado, es mucho más caro.» «Ninguna buena acción queda sin castigo» se le atribuye a Oscar Wilde, pero, en realidad, por lo que sé, viene de la Edad Media. Y existen otras fórmulas similares y, obviamente, otros personajes a quienes la frase les va a la perfección, pero también es un buen lema para la vida de Semmelweis. Mientras hablo veo que me miran como si no acabaran de ubicarme, y pienso que no saben qué hago ahí delante. Quizá el malentendido haya sido solo entre la chica de la bandeja de dulces y András. Sea como sea, continúo. La biografía, la historia y todo lo que hay detrás de Semmelweis es apasionante: un médico húngaro en la Viena de mediados del XIX; el desarrollo de la ciencia después de la Ilustración y las reacciones en contra; la relación de poder con las mujeres, y, finalmente, la permanente actualidad de la experiencia del nacimiento y del miedo a la muerte o a la enfermedad. Han pasado siete minutos en el reloj que hay en la pared. No sé si les ha gustado lo que les he contado, pero he hecho lo que he podido. Incluso he aventurado un gesto con la cabeza, como indicando que ya podían empezar la proyección. Han aplaudido y yo me he puesto colorado.

La película urde una historia romántica llena de tensiones y engaños entre un médico, Semmelweis, y una comadrona, Emma Hoffmann. El núcleo de la historia real está bien explicado: los médicos infectaban a las mujeres que iban a dar a luz con los virus y las bacterias que les quedaban en las manos después de hacer disecciones y operaciones. No lo hacían conscientemente; nadie sabía que no bastaba con lavarse las manos con jabón. Tampoco se conocía el peligro que suponía lavar las sábanas de un hospital con los mismos procedimientos que el resto de la ropa. Durante esos

años se fueron descubriendo las causas de diversas enfermedades y algunos de los agentes que las provocaban, pero estamos apenas al comienzo de la medicina moderna y hay muchas causas de muerte que siguen siendo desconocidas. Semmelweis pide que el personal se lave las manos con una solución de cloruro de cal y que se desinfecten los instrumentos médicos, pero las resistencias por parte de los médicos son enormes. Más que curar, matan; son el vehículo de transmisión de las enfermedades. En la película, las comadronas tienen un papel fundamental, y la actriz principal es el segundo motor de la historia. Este hilo argumental completa la película y muestra la lucha de poder entre hombres y mujeres, o mejor dicho, el sometimiento de ciertos oficios y géneros, en concreto, el de las comadronas por parte de los médicos.

Más de una vez, nosotros nos hemos visto en medio de este fuego cruzado entre unos y otros. Yo no sabía nada de esta tensión. De hecho, mientras los dos ámbitos permanecieron estancos no hubo ningún problema, y tampoco en el hospital durante el parto. Las comadronas que nos atendieron fueron maravillosas, y lo mismo podemos decir de las médicas. A la comadrona que estuvo con nosotros en el hospital, Lucia, la recordaré siempre, porque fue la responsable de que nos sintiéramos seguros y acompañados; ya he hablado de ello. De las doctoras que practicaron la cesárea tampoco tengo ninguna queja; al contrario, no puedo más que valorar el papel de alguien que asume la responsabilidad en un momento tan complicado.

Con las comadronas que han venido a casa —tres, porque en julio y agosto hacían turnos por las vacaciones— nos fue muy bien. Pero una, que solo vino un día, se puso muy nerviosa porque pensaba que tendría que volver a trabajar con un ginecólogo con quien había tenido muchos problemas. Había anotado un nombre equivocado y,

al final, todo salió bien; afortunadamente, el médico con el que se había peleado no era el doctor Thomas. Para nosotros también fue un alivio que no hubiera ningún problema. Sin su consejo y su acompañamiento todo habría sido mucho más difícil. Antes, este papel podían hacerlo las madres, las amigas, las abuelas o toda la familia, porque la crianza, cuando yo era pequeño, por ejemplo, aún era grupal, casi me atrevería a decir que tribal. Hoy sabemos mil cosas de nuestro ámbito de especialización, pero, como contrapartida, existen mil aspectos de la crianza que nos tienen que explicar los especialistas de cada campo. Las amigas de Dasha nos cuentan situaciones similares; muchas han percibido o sufrido la distancia entre comadronas y ginecólogos o pediatras. Al director de la película, esta tensión le sirve para situar la atracción y la distancia entre Semmelweis y la comadrona, que tiene su origen en la búsqueda de la causa de la mortalidad en la clínica donde trabajan. Semmelweis avanza a tientas y tiene que luchar contra los prejuicios de los médicos de la época, así como contra las instituciones y el poder. Además, es un húngaro en Viena.

Como me he sentado en un lado de la sala, puedo ver las reacciones de la gente. Estoy seguro de que muchas personas conocen esta historia mejor que el tal Seres Francesc que los ha ilustrado al principio. Para muchos, Semmelweis es un héroe nacional, es decir, un héroe trágico: una redundancia cuando hablamos de Hungría. Además, la mayoría son mujeres. He visto cómo se removían en la silla cuando ha empezado la película. La primera escena muestra la lucha de una mujer embarazada que no quiere que la lleven a una clínica donde hay tanta mortalidad. Las mujeres que tengo al lado han dado un respingo cuando la actriz les dice a los médicos que son unos carniceros.

Al avanzar la película, me viene a la cabeza una historia más o menos conocida de Olot, la última ciudad en la que viví en Cataluña antes de irme a Berlín y de llegar a Graz. La fotografía más antigua de la ciudad la hizo un fotógrafo llamado Vicenç Grivé. Se conserva un total de cincuenta y siete fotografías suyas, pero no existe ninguna información biográfica sobre él, ni la fecha de su nacimiento, ni la de su defunción, ni dónde vivió. Nada. Nada salvo las fotografías que he mencionado antes y el título de propiedad de un nicho, concretamente el nicho número 578 del cementerio. Hay unas anotaciones, siete en total, que corresponden a todos los hijos que enterró allí, con la relación de las fechas y los nombres: el 27 de marzo de 1869 entierra a su hija Carme, que solo tenía un mes; el 21 de mayo de 1870, a su hija Maria, que tenía cuatro años; en 1871, a Dorotea, de dieciséis meses; y hasta 1884, a sus hijos Esteve, Josep, Concepció y a otro niño del que no se sabe el nombre. Duele leerlo en el registro del cementerio y duele escribirlo, y resulta duro pensar que volverá a leerse. La caligrafía está inclinada en el sentido contrario al habitual, desciende de izquierda a derecha, quizá el escribiente era zurdo. En 1896 enterraron allí a Vicenç Grivé, en el mismo nicho. En 1860, la mortalidad infantil era enorme y la esperanza de vida rondaba los treinta años.

Es una secuencia de acontecimientos interesante porque contiene todos los elementos que la hacen parecer lejana a nuestro tiempo. La historia de Grivé termina mal, como la de Semmelweis. En realidad, por eso Céline la escogió, porque se acerca tanto a la literatura que impide que el lector se desenganche de ella.

La vida de Semmelweis está llena de dificultades, confrontaciones y contradicciones. Es húngaro, pero su lengua materna es el suabo. Sus años de estudiante son muy complicados, y cuando empieza a ejercer la medicina debe dejar su plaza porque no era definitiva y el

médico que la ocupaba con anterioridad regresa y la reclama. Semmelweis emplea la estadística médica en un momento en que aún era algo muy incipiente, y aunque hacerlo podría suponer un peso decisivo a su favor, al ser tan caótico a la hora de escribir artículos y sistematizar los avances no es capaz de aprovecharlo. Ni la comunicación ni la diplomacia eran lo suyo, pero quizá eso es pedirle demasiado a alguien que va solo por el mundo intentando encontrar una manera de evitar que la gente muera. Era capaz de demostrar que, si se aplicaban determinadas medidas higiénicas, las mujeres no morían en la misma proporción, pero no disponía de una teoría de la patología, de una explicación sobre en qué consistía la enfermedad. Demasiado complicado para un solo hombre.

Se va de Viena, así termina la película. Antes quema todos los puentes —ni siquiera se despide de la gente que lo apoyaba—, y al llegar a Pest no puede cruzar muchos más. La historia de Semmelweis es triste. La película no lo es tanto porque parece hecha a la manera de la escuela alemana de los últimos años, con decorados históricos restaurados y ropa bien planchada. Es una de esas películas de época en las que los pobres parecen haberse acicalado para el rodaje.

Los títulos de crédito aparecen justo cuando ya está en Budapest con su amada. Por supuesto, la historia real es mucho más amarga; antes era un húngaro en Viena y después un austríaco en Hungría. Es una vida entre golpes y magulladuras. Sabe curar las heridas de las parturientas, pero las suyas no dejan de supurar. Cuando vuelve a ocupar el cargo de director de hospital, consigue que la mortalidad de las madres descienda hasta menos del uno por ciento, pero, como si estuviera atrapado en una simetría oscura, su vida no deja de deteriorarse. Tiene cuarenta y siete años cuando muere. Los retratos y bustos que existen lo representan como un hombre mayor

incluso cuando era joven. Pienso en Lucia y en Haslinger en Hanserveit, en la parte de Semmelweis que llevan dentro, porque todos llevan una pequeña parte, también el doctor Thomas, que siempre está contento.

Se acaba la película y el público sale de su ensoñación y empieza a colocar las sillas en círculo. Cuando veo que la chica de la bandeja se acerca, me adelanto y le digo que debo volver a casa. Dasha me ha dicho que todo va bien, que Juli duerme y que puedo quedarme, pero no quiero volver a ejercer de maestro de ceremonias. También tengo un mensaje de András, preguntándome cómo ha ido todo. Confiesa que se ha confundido de día y que pensaba que era mañana.

Mientras regreso a casa, me asalta el espíritu de la escalera. Tendría que haberme acordado. Imre Kertész dio una conferencia que discurría en paralelo a la cita de Céline. Y él es húngaro. Cuando llego, abro la puerta sin hacer ruido para no despertar a Juli, me descalzo, intercambio unos susurros con Dasha y voy a buscar la referencia en el ordenador. Fue en un discurso que Kertész dirigió al Bundestag, en el Día del Recuerdo de las Víctimas del Nacionalsocialismo del año 2007. Es una conferencia maravillosa, con unas reflexiones que se alargan de manera hipnótica durante decenas de líneas, sin que ningún punto llegue a cortarlas. Qué diferencia con Céline. Hay un momento en que dice que, en realidad, todo lo que ocurrió en el Holocausto era racional y se puede entender; la sed de poder y de placer, la codicia, la necesidad de satisfacción explican el mundo más de lo que pensamos, pero lo que es inexplicable e irracional es el bien. Crear algo, hacer algo nuevo y bueno, eso sí que es valioso, irracionalmente sagrado; esto ya lo añado yo.

Lo he copiado en el grupo de mensajes y les he enviado el enlace a la conferencia. Veo que responden agradecidos por el comentario, sea lo que sea que eso signifique. András me escribe aparte y me dice que estaba claro que yo tenía que ir al pase de la película.

Septiembre
En el jardín, en la montaña

Lo dicen las abuelas de Zaidín y lo corroboran las comadronas austríacas, y supongo que debe de ser uno de esos consejos ubicuos e intemporales: para que los niños empiecen a percibir los cambios de las horas, lo mejor es que vean cada día el sol de la mañana y pasearlos también cuando oscurece. Ritualizar el comienzo y el final del día no parece una mala manera de acompañar a alguien que acaba de llegar al mundo. Día y noche, sol y luna, ciclos que empiezan y continúan sin parar.

Estas primeras semanas he salido cada tarde con Juli para ir a uno de los parques que tenemos al lado de casa. Es un lugar agradable, del tamaño de un campo de fútbol y rodeado por los balcones de las casas y los edificios históricos de la universidad, que lo aíslan del tráfico de Heinrichstrasse, una de las calles de entrada a Graz. En verano, los árboles dan sombra a mesas, bancos y sillas, y los niños del vecindario llenan los caminos asfaltados con dibujos de tiza. A veces salen también después de cenar —lo sé porque yo también salgo a pasear por la noche— y, al día siguiente, cuando vuelve a salir el sol, te encuentras con los juguetes que olvidaron recoger la noche anterior.

El hecho de que nadie los haya tocado hace que el parque sea aún más acogedor, y de hecho parece más un jardín particular que un parque público. Va mucha gente con perros, que suelen ser

civilizados y domésticos y no representan ningún peligro para los niños que juegan allí. Además, hay un rincón para que hagan sus cosas y siempre está todo muy limpio. Los estudiantes son amables y las familias suelen mantener esa distancia flexible que a veces facilita la conversación, más aún con un niño de pocas semanas en brazos.

Salgo de casa por la parte de atrás, cruzo Humboldtstrasse y, antes de llegar a Mozartgasse, hay una plaza que los edificios de la universidad hacen que sea un poco irregular. Intento que a Juli no le dé el sol de frente y busco rincones de sombra, pero aun así a veces le da en la cara y estornuda o cierra los ojos con fuerza. Los investigadores de los laboratorios se reúnen en las puertas para fumar y la rutina ha hecho que empiecen a saludarnos; algunos apagan sus cigarrillos y se acercan a ver al cachorro que llevo conmigo. Como es el edificio de biomedicina, hay quien ha bromeado con que, si queremos, pueden vacunarlo ellos. En los jardines de las casas contiguas han plantado algunos huertos urbanos, en los que el brillo de las calabazas conjura los restos marchitos de las plantas. Supongo que por eso vengo aquí, porque me complace ver el tiempo lógico de un mundo ordenado y pensar que un mundo así es posible, aunque quizá lo piense como quien lleva un amuleto encima, con la esperanza de que ese orden se contagie al tiempo que acaba de empezar y que poco a poco va impregnando a Juli.

Hoy, cuando he llegado al parque, me ha sorprendido ver a Inka y no ver a la anciana que siempre la pasea, Frau Urse. Después he visto que otra anciana la llamaba. Conozco bien a Inka porque pasa por delante de casa casi cada día, y la lentitud con la que avanza Frau Urse hace que sea inevitable encontrárselas; parece que el tiempo transcurra más despacio cuando caminan, que estén

atravesando un mundo en el que el tiempo no tiene la misma densidad. Frau Urse fue de las primeras personas de la calle con quien hablé. Hice lo posible por no olvidar los nombres de las dos perras que paseaba, Inka y Lara, ambas muy mayores. Tengo un papel con un mapa de la calle y de los edificios, y voy situando los nombres y algunos datos reseñables de cada persona, de modo que pueda seguir la conversación cuando me las vuelva a encontrar. La siguiente vez, Frau Urse agradeció el gesto de que recordara cómo se llamaban. De hecho, era difícil olvidarlo. Lara es la perra más vieja de la que he tenido noticia; hacía veintiún años que la había adoptado en un viaje que ella hizo a Rusia. Rusia, veintiún años, Lara, Doctor Zhivago... ¿Cómo iba a olvidar el nombre? La pobre avanzaba como podía, con pasos lentísimos que tanto Frau Urse como Inka —que tampoco es joven, tiene doce años— aceptaban con el afecto de la costumbre, el de quien sabe que el amor es lo único que hace que el tiempo sea relativo.

Lara tenía los ojos velados por las cataratas y más piel que pelo. A veces daba la impresión de que ya estaba muerta y de que, aunque le faltaba morirse físicamente, ya era un espíritu. Hace poco, Dasha me dijo que había visto a Frau Urse paseando sola con Inka y los dos nos temimos lo peor. Un día la vi al final de la calle y la esperé. Cuando la distancia le permitió reconocerme, se detuvo para secarse las lágrimas y limpiarse las gafas. No dejaba de llorar; hacía dos meses que la había llevado al veterinario porque ya no podía caminar. Si no recuerdo mal, coincidió con la semana que Dasha pasó en el hospital recuperándose de la cesárea. Frau Urse me preguntó por ella y por el niño; le dije que el niño estaba bien y que ella solo estaría fuera cuatro días. Hizo ademán de abrazarme, pero al final se contuvo. Se marcharon las dos con la lentitud de siempre.

Frau Urse tiene ochenta y cinco años, por eso me he asustado cuando he visto a Inka con otra mujer, también mayor. He pensado que le había pasado algo, pero todo ha ocurrido tan deprisa que ni siquiera he tenido tiempo de angustiarme demasiado, porque la mujer que paseaba con Inka me ha visto y, tras darse cuenta de que llevaba a un bebé en brazos, se le ha iluminado la cara, ha puesto unos ojos como platos y ha soltado una risa como de niña pequeña a la que acaban de hacer un regalo. Le ha quitado la correa a Inka y ha venido hacia mí enseguida, sin dejar de hacerme gestos con la mano para que yo también me acercara y fuera a su encuentro por el camino. He dudado un momento porque... Porque, precisamente, llevaba a Juli en brazos, sin arnés ni manta, que es como vamos siempre al parque, como si estuviéramos en el jardín de casa. Además, era la primera vez que la veía y ni siquiera sabía quién era.

Mientras se acercaba, le he podido ver mejor la cara y, como no me ha parecido peligrosa, yo también he avanzado hacia ella, no quería ofenderla.

Se ha emocionado al ver a Juli. Cuando ya estaba delante, he abierto un poco los brazos y me he inclinado para que pudiera verle mejor la cara. Juli no se ha despertado; ha abierto un poco los ojos, pero los ha vuelto a cerrar enseguida, ha soltado un gruñido de animalito y ha seguido durmiendo. Ella ha dado un pasito hacia atrás, como si la alegría la hubiera desbordado. Ha sido amable, con esa educación y respeto que no se pueden fingir, y después de acercarse a Juli le ha pasado lo que nos pasa a todos cuando vemos a un bebé, que se nos contagia su falta de palabras, y entonces ha empezado a mezclar sonidos y a decir frases sin sentido pero llenas de sinceridad y de afecto. Cuesta creer que alguien pueda mostrar una reacción tan rápida, pero está claro que en ese momento lo ha

querido de verdad. Como nos movíamos, la muselina se ha deslizado hacia un lado y a Juli se le ha destapado una pierna.

—Oh, Dios mío, qué piececito, qué piececito tan pequeño. Qué cosita tan dulce. Dios mío, esos deditos...

Ha movido la mano para ir a tocarlo, pero no ha llegado a atreverse y la ha retirado como si hubiera hecho algo que no debía. Ha dado un paso atrás bajando la cabeza y levantando las manos como quien pide perdón por algo que solo ella sabía. Diría que se ha mareado, y me he preocupado porque, con Juli en brazos, no habría podido sostenerla. Inka la ha mirado y se ha ido hacia la entrada del parque. Ha sido entonces cuando he visto que también estaba Frau Urse en un banco, sentada a la sombra de una hiedra. He respirado aliviado.

La he saludado, pero, como estaba lejos, he visto que no me reconocía y he ido hacia ella. La mujer que paseaba a Inka también ha venido conmigo y, mientras nos acercábamos al banco, me ha dicho que habían salido a pasear las dos, que el perrito que hacía compañía a Frau Urse era suyo, pero que ella estaba un poco cansada.

—Qué cosa tan bonita, Dios mío, qué pequeñito. —Se ha tapado la boca con las dos manos; me lo habría arrebatado de mis brazos y, al mismo tiempo, parecía que estuviera a mil kilómetros, hacia donde levantaba los brazos.

—Mañana cumplirá siete semanas.

—Oh, qué angelito. Qué piececitos. —Los pies fascinan a todo el mundo, más que las manos; debe de haber algún motivo para ello, pero lo desconozco—. Y cómo duerme, mire esos ojitos cerrados, parece que esté concentrándose para dormir mejor. Disfrute estos momentos, disfrútelos. Por cierto, me llamo Martha.

—Eso intento. Yo, Franz. —A veces ya no digo Francesc porque la cosa se complica demasiado.

—Johannes se le parece mucho —ha dicho Frau Urse cuando hemos llegado a su lado. —A modo de saludo, le he acercado el niño para que lo viera.

—Julius.

—Ay, sí, perdone, Julius.

—Qué nombre tan bonito —ha dicho Frau Martha.

—Se parece a usted, no veo a su madre en la cara de Julius. —Frau Urse se ha limpiado hoy también las gafas, se había emocionado un poco.

—Bueno, cambian mucho, ya sabe cómo son los niños. Ahora ya parece otro distinto del que me dieron en el hospital.

—Sí, y ya verá como crecerá, no se dará cuenta y será un niño y después un jovencito y después... La vida, ¿eh?

Inka se ha acercado y ha husmeado un poco a Juli desde la distancia. Frau Urse ha intentado acariciarle el hocico y a ella ha parecido gustarle.

—¿Cómo está, Frau Urse?

—Aún estoy muy triste por Lara, ¿sabe?

—Ya me lo imagino. Tantos años... —Como ya nos habíamos encontrado antes, no quiero repetir lo mismo que ya le he dicho. Ella sabe que soy sincero cuando le digo que lo siento.

—Ya irá pasando, qué le vamos a hacer.

Se limpia las gafas y los ojos, y le coloca bien la correa a Inka. Un poco más allá, dos chicas atan una hamaca entre dos árboles y, a continuación, con un salto perfecto, se zambullen en ella, primero una y después la otra. La hamaca tiene forma de barca alargada, una piragua que se balancea de un lado a otro a un metro del suelo, en una navegación teatral e íntima. Se oyen risas cómplices que

también hacen reír a Frau Urse, que es una anciana pero sabe perfectamente que no han ido a echarse la siesta. Hace como que quiere reírse, pero solo le sale un sollozo.

—Yo también estoy triste —me ha dicho Frau Martha mirándome a los ojos.

—Ay, ¿y por qué motivo, si es que se lo puedo preguntar? —Me he quedado un poco desconcertado, porque no me lo esperaba y no sabía qué decir. He dudado al hacerle la pregunta.

—Sí, faltaría más... Soy yo quien se lo he dicho, claro que puede preguntarme... Mire, estoy triste y abatida porque mi hijo murió el lunes en un accidente en la montaña. Iba a subir a una cumbre y se despeñó. Hace cinco días. Solo hace cinco días estaba vivo. Tenía cuarenta y ocho años. Hoy está muerto.

Lo he encajado como he podido. No sabría decir si me miraba a mí o miraba a Juli cuando lo decía. Creo que me lo decía a mí y miraba a Juli, o puede que me mirase a mí y se lo dijera a él. No lo sé, no podría asegurarlo. De la mirada lenta de Inka a la brumosa de Frau Urse y a la mirada fija de Frau Martha, pasando por los ojitos cerrados de Juli, que dormía ajeno a todo, han pasado cuarenta y ocho años, se han despeñado por un acantilado, atravesando grietas y desprendimientos y cruzando el parque sin que nadie los viera y sin que las barreras humanas, cívicas y amables de las casas hayan podido detenerlos. He tenido que pensar bien lo que decía, y solo me he atrevido a decir que lo sentía mucho, ya que aún no he dado el pésame en alemán y no sé cuáles son las expresiones correctas. Que lo sentía era verdad, pero no he sabido salir del bucle de decir que lo sentía, que lo sentía mucho, por miedo a decir algo que no fuera adecuado. Creo que ella ha notado que era sincero. Porque lo era. Frau Urse se ha quitado las gafas para limpiarlas de nuevo, pero ya no ha vuelto a ponérselas.

—De repente, se ha acabado todo —ha dicho Frau Martha, que ahora sí me hablaba a mí pero miraba a Juli.

—Lo siento mucho, la acompaño en el sentimiento.

—Era como usted, tenía más o menos su edad. Si estoy aquí es porque no puedo quedarme en casa. Me han dado unas pastillas, ¿sabe? Me las tomaré, claro, porque ahora no sé cómo voy a poder vivir. Ahora ya no sé nada.

—Yo ahora también estoy triste, sobrecogido.

—No, usted no lo esté, usted tiene un niño en brazos. Ahora empieza todo, disfrútelo tanto como pueda, mire qué bendición, qué maravilla... Y qué piececitos... —Se ha acercado para acariciárselos y yo no me he apartado. Juli no se ha despertado.

Al cabo de unos minutos en silencio me he despedido y he vuelto a casa con Juli en brazos. Lo he cogido tan bien como he sabido, intentando acomodarlo entre mis brazos, y me hubiera gustado tenerlos muy largos para abrazarlo más, para sujetarlo más, para reafirmar eso que te viene a la cabeza de manera instintiva, el «no, tú no; antes yo, por favor, antes yo». Hacía calor, hemos sudado y notaba su olor. No he querido contarle nada a Dasha; ha visto que estaba raro, pero no ha querido preguntar.

He buscado la noticia y la he encontrado en el periódico de Graz. El texto lo explica todo: el lugar exacto en el Tirol, el trayecto que querían hacer él y la pareja de acompañantes con quienes hacía la travesía, y una serie de detalles que ahora se llenan de sentido. La tradición alpinista austríaca ha creado una cultura de montaña, con un vocabulario específico y una narrativa que llegan a las noticias: altitud, viento, horas... Los otros excursionistas que había en la zona intentaron realizar los primeros auxilios hasta que llegó el equipo de emergencias, que solo pudo certificar la muerte del escalador; los esfuerzos por reanimarlo fueron inútiles. No queda claro si la causa

de la muerte fue la caída o un ataque al corazón previo. No tiene ninguna importancia, el hijo de Frau Martha está muerto y el diagnóstico no lo resucitará.

Yo he visto esa caída, he visto cómo su madre intentaba agarrarle el pie, asegurarlo en un punto firme del camino, volver a empezar. No era el pie de Juli lo que quería coger, sino el de su hijo, para volver a llevarlo a un jardín cerca de casa, para abrazarlo, para dar sentido al tiempo que nos negamos a creer que se ha perdido por los precipicios, para poder pensar que en los ciclos nos encontraremos todos para siempre.

Octubre
El gen egoísta

Me señala la mesa del rincón y atravesamos el café. Bueno, lo atraviesa él, yo voy detrás de sus dos metros y dos centímetros, que se mueven con cuidado de no tropezar con ninguna silla. Cuando finalmente, y sin chocar con nada ni nadie, consigue llegar a la meta, el banco que hay junto al ventanal, se deja caer y la madera cruje como si pidiera auxilio. Fuera, en la terraza, hay una mesa alineada con la nuestra y las dos abuelas que están sentadas allí lo saludan a través del cristal, no porque lo conozcan, sino por la impresión que les ha causado. A mí también me impresiona un poco; tengo que acostumbrarme a sus proporciones y debo mirar hacia arriba cuando estamos de pie. Dice que es dos centímetros más bajo que cuando era joven.

Yo pido un café y él un desayuno completo. Me pregunta si no quiero nada más, que le da apuro comer solo. La camarera me mira con una sonrisa a la espera de que me anime, pero no.

—Yo le digo a Krystyna que vengáis a casa, pero ella insiste en quedar en el Elterncafé con las otras madres.

No parece disgustado, pero tampoco que le haga mucha ilusión. Eso sí, disimula tan bien como puede. *Elterncafé* significa «café de los padres y las madres», y es un espacio que la ciudad de Graz pone al servicio de las familias que acaban de tener un bebé. Un espacio o varios, y sea cual sea el formato de la familia: madres

solas, padres viudos que acaban de perder a la madre, parejas homosexuales, abuelas que sustituyen a las madres y toda la variedad de posibilidades. Cada semana hay un centro cultural que cede algunas estancias y salas para que las familias se encuentren y se conozcan, cada día en dos barrios diferentes de la ciudad. A nosotros nos toca los jueves. A veces hay médico y a veces dentista, masajista y todo lo que un niño pueda necesitar. Es un servicio gratuito y la intención no explícita es la cohesión social, un lugar donde la gente pueda encontrarse y reconocer a sus vecinos como interlocutores. La primera vez que vas te dan un cheque regalo, y si vas más de quince veces, otro. No es el lugar al que alguien como Florian querría ir. Krystyna sí, claro, y si Krystyna se lo pide, él irá.

—Podemos venir otro día; a nosotros —hablo por Dasha— también nos gusta el Elterncafé, pero tampoco pasa nada si quieres desayunar aquí. No pasan lista.

Hace medio año que nos conocemos. Que coincidimos, en realidad; que nos conocemos, hace un poco menos. La primera vez que lo vi fue en el curso de preparación al parto. Estábamos sentados en lados opuestos de la sala, los cuatro donde encontramos sitio el primer día. Nosotros nos sentábamos en el suelo, en colchonetas de gimnasia. Él en una silla que no parecía hecha para aguantar su peso, pero se lo tomaba con la deportividad de quien está acostumbrado a un mundo un poco más frágil que su cuerpo. Al final, le trajeron una butaca de la sala de al lado.

Las diez parejas que compartíamos las tardes de los jueves fuimos congeniando un poco —un poco, la distancia austríaca— a medida que comentábamos las dudas, la documentación o los ejercicios. Él no dijo nunca ni mu. Aguantaba estoicamente las posturas cuando tenía que ayudar a Krystyna con las respiraciones o con la pelota grande de gimnasia. Sonreía, aunque, ya fuera por timidez o

inseguridad, nunca acababa de hacerlo abiertamente. Era el mayor del curso con diferencia. Antes de entrar pensaba que sería yo, pero no, era él. Incluso un chico de otra pareja comentó —con discreción, es justo decirlo— que pensaba que era el padre de Krystyna, no su marido. Florian tiene sesenta y seis años, Krystyna treinta y siete. Olga es su primera hija.

Llevábamos dos días en el hospital con Juli cuando llegaron ellos y los pusieron en el mismo pasillo que nosotros. Cuando nació Olga, me invitaron a pasar a la habitación. Krystyna no parecía muy segura, pero él estaba tan contento que no pudo evitarlo, no parecía la misma persona que había conocido en el curso. Nos encontrábamos antes de entrar en el hospital y a la hora de salir —el horario de visitas era muy estricto, de tres a siete de la tarde—, y después, como viven en nuestro barrio, en el Elterncafé.

Sentado no parece tan alto, porque está acostumbrado a meterse en cualquier sitio; ha colocado las piernas abiertas y flexionadas para poder encajar sin demasiada incomodidad, y ha dejado todo lo que lleva en los bolsillos sobre la mesa. Su cartera y las llaves del coche parecen más pequeñas a su lado. Olga también parece más pequeña cuando la lleva en brazos, pero es cuestión de tiempo, porque será muy alta. Pesó más de cuatro kilos y también necesitó cesárea. En las clases de preparto Krystyna ya estaba mentalizada; el ginecólogo que la llevaba le había dicho que había muchas probabilidades de que fuera así y que sería lo mejor para las dos. Lo comentó abiertamente, delante de todo el mundo. La gente se quedó callada, un poco por el respeto habitual y un poco por la sorpresa de que ella quisiera compartirlo con el grupo. Florian no se inmutó.

Para ser sincero, tenía ganas de conocerlos desde aquel primer día en que llegamos un poco tarde, cuando la sesión ya había

empezado. En la habitación contigua a la sala en la que estábamos, donde nos descalzábamos y dejábamos los zapatos, vi unos tan grandes que parecían de pega. No pude evitar mirar el número mientras Dasha me reñía: eran un 52. Y cuando entré, vi que solo podían ser de aquel hombre tan alto que, con las piernas cruzadas, mantenía un pie enorme por encima de la cabeza de las parejas que estaban sentadas delante de él, en el suelo. Además, conserva todo el pelo —grisáceo, no del todo blanco ni mucho menos—, siempre muy bien cortado, pero espeso y levantado, lo que le hace parecer aún más alto.

Las clases de preparación al parto estaban muy pautadas, había poco tiempo para interactuar. Un día salimos por uno de los pasillos laberínticos del hospital y nos quejamos de que no había indicaciones claras. Creo que yo hice algún chiste y que él también; al final tuvimos que dar marcha atrás.

—Será mejor que os espabiléis, que nosotras tenemos prisa —dijo Krystyna, señalando su barriga y la de Dasha.

Él me miró con una sonrisa, como diciéndome que no tentara a la suerte, e hicimos los cuatro juntos el camino hacia el aparcamiento.

Aquello nos sirvió para romper el hielo. Y hasta hoy, hemos mantenido una relación inusualmente constante desde el primer día que coincidimos en el Elterncafé.

—¿Vinisteis la semana pasada? —me pregunta.

—No, teníamos demasiado trabajo.

—Nosotros sí.

—Bueno, ¿y qué tal fue?

—Bien, bien —dice, y yo me río porque él se ríe.

Le cuesta mucho ir al Elterncafé, dice que no es su sitio, que él es un barco demasiado grande para cambiar tantas veces de rumbo. Tiene algo de razón: en él todo es grande. Tiene una empresa de

servicios industriales donde trabajan más de sesenta personas. Cuando una fábrica necesita hacer un producto nuevo, ampliar una parte de la producción o actualizar procesos, lo llaman a él. Tiene contratados ingenieros y economistas, y están asociados con un bufete que les lleva la parte legal. No les falta el trabajo y —esto me lo ha insinuado— está esperando a ver si la empresa adquiere más volumen para que funcione sola o para estabilizar las participaciones, es decir, para que le lleguen los beneficios sin tener que estar allí. Podría retirarse, pero todavía tiene que aguantar un poco más para acabar de redondear los números. Ha contratado a otro Florian, a otro *él*, alguien que pueda hacer el trabajo a su manera, tan minuciosamente como sea posible, y así él disponer de tiempo para estar con Olga. Pasa con ella todas las horas que puede.

Florian nunca cuenta nada, pero te lo hace saber todo. Si tuviera que decir qué me ha contado, me costaría encontrar un diálogo que pudiera transcribir; todo han sido frases sueltas aquí y allá, comentarios después de una situación u otra, suspiros, miradas o movimientos de cabeza; una conversación telefónica ilustrada con todo tipo de caras que me informan de cómo va la cosa; un comentario sobre una empresa que crees que podría referirse a la suya; la reacción a una reacción de Krystyna... «Yo he estado muy solo», me dijo una vez.

Ya no lo está: tiene una hija con Krystyna, a quien conoció en una fábrica que contrató su empresa. Krystyna trabajaba allí, era la secretaria de dirección y tenía que asistir a todas las reuniones. Después tenía que llamar al secretario de Florian para coordinar todas las tareas, que se prolongaron durante dos años. Florian se enamoró, y en ese estado de enamoramiento se dejaba olvidadas cosas, ahora una pluma, ahora una agenda, ahora las gafas de sol...

Lo hacía a propósito, claro. Eso sí que me lo ha contado, como una hazaña a la que no estaba acostumbrado. Por lo visto, se burlaban de él, por despistado y por pesado, pero él seguía erre que erre. Incluso programaba más reuniones de las previstas. Krystyna no lo vio venir hasta que el secretario insinuó algo de manera muy indirecta. Se quedó de piedra cuando ató cabos y empezó a repasar todas las veces que Florian había ido a la fábrica y todas las veces que se había dejado algo allí, los comentarios que había hecho, las ocasiones en que había ido al baño para pasar por delante del despacho donde estaba ella, el detalle de llevar bombones a las reuniones importantes...

Krystyna intentaba encontrarle una lógica. ¿Cómo podía ser que aquel señor tan alto y fuerte se enamorara de ella...? Porque, al fin y al cabo, seguro que tenía otras posibilidades, no tenía ningún sentido que quisiera liarse con la secretaria de otra empresa. Suponía que él era lo bastante inteligente como para no mezclar las cosas, así que no dijo nada y fingió no haber captado lo que el secretario de Florian le había revelado a medias. En este caso, quedarse sin palabras la ayudó. Pero entonces empezó a jugar ella, y cuando él volvió a dejarse algo —una funda de tarjetas de visita, una funda muy especial, de esos objetos de diseño que uno solo se compra para darse un capricho—, ella la guardó en un cajón. Cuando el secretario la llamó para decirle que se la había dejado, ella le respondió que debía de haberla extraviado en algún otro sitio, porque allí no estaba.

Apareció la semana siguiente. No había ninguna reunión en la agenda, pero Florian se pasó por allí expresamente con la excusa de que aquella funda había sido un regalo de alguien cercano, etcétera. En vez de dejarla en recepción, ella se la quedó y Florian tuvo que subir hasta el despacho donde estaba, a una hora prudente de la

tarde, cuando no había demasiada gente. Y fue entonces cuando Krystyna entendió que sí, que lo que el secretario de Florian le había dicho sin llegar a decirlo del todo era verdad. Florian dice que fue la primera vez que Krystyna dominó la situación de principio a fin, y hasta hoy... Y a él le parece bien así.

—Me costó mucho, ¿eh? Imagina, un monstruo como yo, un Shrek que necesita una cama grande, una ducha más alta, unas puertas más anchas. Y no me engaño, yo soy un viejo y ella está en la flor de la vida.

Solo he estado una vez en su casa, pero ni exagera ni miente: las puertas son más altas y anchas, tiene muebles a medida que ha tenido que readaptar para Krystyna. La cocina aún no, pero digamos que ella, que es más baja que yo, tiene que apañárselas como puede. Olga será alta, pero, claro, eso será dentro de algunos años.

—Es normal, ¿no?, que no te lo pusiera fácil.

—Claro, el viejo gigante y la chica joven y guapa. Ella nunca dice que es guapa, pero yo la encuentro muy guapa.

—Flo, ella no lo dice porque queda mal decir eso de uno mismo.

—No lo dice porque los hombres no le hacían mucho caso, porque tuvo mucho acné y porque ahora se ha operado y ya no lleva aquellas gafas gruesas, etcétera. Ni ella ni yo encajamos en los cánones habituales de belleza, digámoslo así. Mira mi nariz, es la nariz grande de un hombre grande. Y me da igual.

—No hablo de eso.

—Yo sí que hablo de eso. Cuando vi *Shrek* me vi reflejado.

—Siempre lo dices.

—Mi ciénaga era la empresa. No fui a verla al cine, eh... Ni siquiera la vi en su momento, fue un día que la echaron por la tele y me quedé enganchado. ¿Sabes qué? Me puse muy triste. Ya sé que no queda bien decirlo, pero me entristecí mucho. Pensé que había

hecho muchas cosas en la vida. He creado algunas máquinas, la Cámara de Economía de Estiria ha reconocido mis méritos, tengo una empresa con sesenta personas, varios terrenos aquí y allá, inversiones... Pero estaba solo.

—Pero tú no asustabas a la gente.

—¡Y tanto que asustaba! Además, imagínate que eres el jefe de una empresa y encima mides más de dos metros...

—Krystyna no te tuvo miedo.

—No.

—¿Lo ves?

—Quizá tenía que ser así. Lo último que querría es asustarla, hemos hablado mucho de eso. Para ella fue todo muy extraño, pero no le dio miedo nada, ni la situación ni yo. Bueno, al principio no sé cuánto de sorpresa o de inseguridad habría, tampoco hace falta hablar tanto de las cosas, pero ella pensaba que su hombre, su príncipe azul, no llegaría nunca. En fin, tampoco es que sea un príncipe azul, más bien soy un Shrek.

—Y dale.

—Ella también dice que no lo diga, pero es la realidad.

—Ella te quiere.

—Sí, y yo a ella. Muchísimo.

—Claro, así debe ser.

—Y, además, es la madre de mi hija.

—Quizá deberíamos ir al café.

—Ya estamos en un café. —Se ríe.

—Cómo cambia todo, ¿eh?

—Para bien, para bien; incluso las cosas que cambian para mal, cambian para bien, porque las ves. —Se refiere a su familia, a las hermanas. Tiene tres y ha acabado mal con dos de ellas, que se opusieron a la boda.

Esto me lo contó hace tiempo, y no del todo, pero donde no llegan las palabras llegan los gestos y las miradas de complicidad. Además, a Krystyna todos estos temas le incomodan y no quiere que se hable de ellos.

Ella empezó a ponerlo a prueba. Quizá solo quería aprovecharse, ella solo era secretaria, secretaria de dirección muy bien remunerada, pero secretaria al fin y al cabo. Había estudiado Económicas y tenía un máster en Contabilidad, pero es polaca, y ser extranjera siempre es un hándicap. Él, en cambio, era el propietario de la empresa con la que la suya hacía negocios. Krystyna llegó a pensar que podía haber algo entre Florian y su secretario —enseguida lo descartó; bueno, enseguida no, cuando supo que el secretario tenía mujer e hijos—; una puede llegar a pensar de todo. Después de un tiempo prudencial, quedaron para tomar un café. Y otro café, y otro café, y más cafés. Y tantos cafés que, al final, un día, salieron a cenar. En ese momento ya corría el rumor de que Florian, que no es un desconocido en Graz, había sido visto —digámoslo así— tomando cafés con una mujer mucho más joven que él. Y la noticia llegó a sus hermanas.

Graz es una ciudad de cafés. Hay muchos y, a cambio de un precio elevado por cada consumición, los clientes pueden pasar un rato largo en un lugar confortable, donde todo el mundo habla porque nadie grita. Suelen ser bonitos y, por supuesto, muy limpios. No pocas veces tienes que reservar mesa, y cuando está previsto que haya más alboroto del habitual porque hay algún encuentro, suele anunciarse o avisarse con cierta antelación. La cultura del café de Viena y de Europa central en general se puede encontrar en Graz a un precio que no llega a ser suizo, pero que es casi nórdico. Estamos en el café de una cadena de un hermano que le hace la competencia al otro; los dos se apellidan Auer, pero una cadena es de Hubert y la

otra de Martin. Yo sospecho que es la misma empresa que tiene dos ramas, pero eso no es relevante para nuestra historia ni para lo que quería decir, que es que en los cafés las conversaciones pueden alargarse mucho. Yo he tenido dos bastante largas con Florian. Y él tuvo muchas con Krystyna.

Se casaron por lo civil después de tres años de noviazgo. Krystyna quería saber si aquello funcionaría y le dijo que necesitaba tiempo. Él le decía que no tenían todo el tiempo del mundo, pero que esperaría.

—Yo estaba convencido, pero entendía perfectamente que ella necesitara tiempo. No es que no lo viera claro, es que tenía que tener en cuenta muchas cosas. ¿Quería tener hijos? ¿A qué edad me moriré yo y la dejaré sola? ¿Qué pasa con la empresa?

—¿Qué pasa con la empresa?

—La empresa funciona sola, y creo que la tengo bien encarrilada. Hay proyectos y tres personas al frente que pueden hacer muy buen trabajo. Mira, aquí estoy contigo, en un café, y ya no pienso en las reuniones. Solo en Olga y en Krystyna.

—¿Pero?

—Pero sí, quería que hubiera alguien que recogiera los frutos también. No quiero hacer eso que dicen de los hijos, que tienen que continuar la empresa familiar, porque yo solo nunca he sido una familia; estaba yo solo, completamente solo. Y he tenido suerte; es cierto que he trabajado mucho, pero también he de confesar que tuve un par de aciertos al principio que hicieron que después todo fuera bastante rodado. Durante años, mientras todo el mundo tenía una familia, yo tenía una empresa. Y ¿sabes qué?, no sé si vale la pena. He tenido a mi hija con sesenta y cuatro años. ¿Cuánto tiempo disfrutaré de su existencia? ¿Veinte años, como mucho?

—Hombre...

—Soy un hombre muy grande, muy alto, puedo tener muchos problemas. Me gasto dinero en médicos para prevenir desgastes en las rodillas y en las caderas, me hago análisis muy exhaustivos cada año, me he hecho mapas genéticos, tengo un seguro de vida... No es por el dinero, gracias a Dios... Pero el dinero también tiene sus límites, hay cosas que no se pueden comprar, quizá algunas las puedes prevenir, quizá... Tú también lo decías.

—Sí. Yo tampoco he tenido joven a mi hijo. Y me he cuidado, no bebo, no fumo, hago un poco de deporte, pero, por ejemplo, aún como azúcar y no debería. Y también tendría que hacer más deporte, paso demasiadas horas delante del ordenador.

—¡En el curso de preparación tuviste suerte de que yo fuera el más viejo! Como me miraban a mí, ¡no te miraban a ti! —Cada vez que se mueve se oyen gemir los cojines—. Se trata de aguantar... Ahora hay dos criaturas pequeñas, pero sí, desde que tú me comentaste aquello del gen egoísta he pensado mucho en ello.

—Bueno, tampoco es que sea verdad al cien por cien, pero si fuera una hipótesis probada tendría todo el sentido del mundo.

—¿Por qué nos reproducimos? Para mí, al llegar a finales de los cincuenta, fue como un huracán, y cuanto más pasaba el tiempo, más. Quería que hubiera alguien detrás de mí. Al principio pensé que la empresa era una excusa, y no te engañaré, había una parte familiar que me molestaba, y es que, conociendo a una de las hermanas que tengo, no sé, era como si sintiera que ella hacía planes para que mi sobrino, su hijo, heredara la empresa. Mira, de verdad... Hubo un comentario, un día, que no me gustó nada, tengo el oído muy fino para estas cosas. Por ejemplo, sé que tú no te has acercado a mí por el dinero.

—Joder, ni se me había pasado por la cabeza.

—Nunca me has pedido nada.

—No sé, no me hace falta nada, ahora que lo pienso... No sé, quiero decir que me hacen falta muchas cosas, como a todo el mundo. Pero no es que no te haya pedido nada a ti. Creo que nunca le he pedido nada a nadie, lo digo en serio. ¡No me esperaba este comentario!

—Bueno, en todo caso, hay gente que sí. La empresa factura mucho, hay muchos empleados y hay que pagarles cada mes.

—Eso me aburre. Te felicito por el éxito, pero yo estoy por otras cosas.

—A eso me refiero. Mi hermana mayor no. Estoy seguro de que ella veía a su hijo como el heredero, y que incluso ha pensado que un día me moriré y que Krystyna se volverá a casar; si te lo digo es porque una vez salió en la conversación, hablando de un hombre que se casó con una chica mucho más joven que él... En cambio, mi hermana pequeña es todo lo contrario, se alegró muchísimo cuando se lo conté. Las caras no engañan. Tampoco la tuya: a ti mi dinero te importa bien poco.

—Y dale...

—Ni siquiera aquí dejas que te pague el café.

—Una vez tú, una vez yo.

—¿Lo ves?

—No los apunto, ¿eh? Igual me equivoco.

—Krystyna también era así, al principio. Íbamos a tomar un café y hoy pagaba yo y al día siguiente pagaba ella. No quería deberme nada; quería saber quién era yo. Y si podía quererme. Ella tampoco tenía a nadie.

—Pero eso es fantástico, ¿no? Encontrarse así, en la vida.

—Olga es maravillosa. Quiero acompañarla todo lo que pueda, todo lo que la vida me deje.

—Y disfrutar, hombre.

—Sí, y disfrutar, que eso no lo he hecho mucho, toda la vida trabajando... La parte económica tendría que ir muy mal para que llegara a preocuparme. Por mi parte, he hecho todo lo que he podido. Ahora tengo que educarla, tengo que quererla. Es mi hija. Eso sí que es profundamente mío, más que todo lo que he hecho con la empresa.

—Y, sin embargo, no paras de hablar de la empresa como el escudo que la protegerá.

—A ella y a Krystyna.

Noviembre
Mis alumnos no tienen sueños

Hans me ha invitado a comer en Linz, que está más o menos a medio camino entre la ciudad donde él vive y Graz. Ha leído *El mundo interior* y quería conocerme para invitarme a dar una charla en la universidad donde trabaja. Es profesor de literatura. Su primera lengua extranjera es el francés, pero también da clases de español. Me envió un correo en el que me decía que debíamos conocernos imperativamente —*imperativamente* es muy categórico, viniendo de un profesor alemán— y que podíamos quedar en algún lugar neutral (sí, usó *neutral*). Salzburgo ya lo conozco, y la verdad es que tenía ganas de ver Linz.

He tenido que madrugar un poco, pero ha valido la pena, el paisaje desde el tren es precioso. Hemos quedado a las once para pasear por la *Promenade*. El tren ha llegado puntual y he tenido una hora para ir a mi aire. Quería ver el centro de la ciudad, algunos lugares obligados y el puente de los Nibelungos, sobre el Danubio. Después de la Segunda Guerra Mundial, Linz quedó dividida en dos partes: al norte del Danubio para los rusos, al sur para los americanos. Austria y Viena también quedaron divididas, este año se cumplirán ochenta desde el final de la guerra y setenta desde la partición. Son las otras divisiones territoriales que produjo la guerra y, aunque son menos conocidas, quien las ha visto no las olvida. El 26 de octubre, día nacional, se celebra el final de la ocupación.

Hans ha hecho los deberes, el libro está lleno de pestañitas amarillas y me ha hecho tantas preguntas que en algún momento incluso se ha disculpado. Le he dicho que no hacía falta, que yo también tenía una lista y que ya haríamos las paces. En estos casos siempre aparece el síndrome del impostor de quien escribe sobre el país del otro. Con el tiempo piensas que es un síntoma de salud, que lo extraño y psicótico sería creer que uno puede no albergar esa inseguridad; por otra parte, demasiado tiempo en el mismo sitio te convierte en un impostor de tu propio lugar. Me ha preguntado por España, por Cataluña y por Aragón; tengo que encontrar un hueco para acompañarlo a los Monegros. Cuando él piensa en Aragón, le viene a la cabeza Baltasar Gracián, que fue traducido por Schopenhauer y elogiado por Nietzsche. Me habla de las películas de Buñuel y de Saura con ese ímpetu que todavía mantiene la fascinación alemana por la España más trágica. De hecho, eso es lo que lo ha traído hoy hasta aquí.

Las calles de Linz se parecen a las de Graz. De hecho, se parecen a las de las ciudades de Baviera y de Chequia, hay lugares en los que costaría saber en qué país estás si solo vieras las casas y las calles. Quizá los habitantes de cada lugar detectarían las diferencias, pero hay un lenguaje compartido que se ha ido consolidando a medida que unos invadían a los otros, los otros contraatacaban y, guerra tras guerra, había que reconstruir lo que se había derribado, aplastado y quemado.

Hemos hablado del libro, hemos tomado un café, hemos caminado y, más tarde de lo que pensábamos, hemos encontrado un restaurante que tenía buena pinta. Es un sitio con luz natural, lo que ahora ya es un lujo, con un comedor cuyos ventanales dan al Danubio. Vamos cambiando: ahora hablamos un rato en castellano, ahora un rato en alemán.

—¿Cómo es que te decantaste por las lenguas románicas?

—Mi madre era profesora de Francés y yo heredé el amor por nuestro eterno enemigo. Y del francés pasé al español y a Latinoamérica: Rulfo, Borges...

Hemos pedido y el camarero nos ha dicho «que aproveche» en castellano cuando nos ha traído unos aperitivos.

—¿Lispector? ¿Calvino?

—No leo bien en portugués, y el italiano también me cuesta. Los he leído traducidos. Me fascinaba todo lo que viniera de otro mundo que no fuese el mío. Quizá por eso me ha gustado tu libro, porque hablas de Aragón.

—¿Has viajado mucho a Latinoamérica?

—Como profesor surgen oportunidades, sí. A veces, cuando se tercia, viajo con mi mujer. No te lo había dicho, es médica no muy lejos de aquí, en Passau. Hacemos muchos kilómetros, pero de algún modo hay que hacerlo si queremos estar juntos.

—¿Niños?

—No, es agua pasada. Lo intentamos hace tiempo, pero no salió bien. Y renunciamos. Pero somos felices. Tú debes de ser feliz, con tu hijito.

—Mucho, sí, pero puedo entender otros tipos de felicidad. He estado muchos años sin ser padre y soy capaz de concebir muchas formas de vida plena sin tener hijos. Además, estoy seguro de que te pasa algo que también me pasaba a mí, que si das clases y te gusta tu trabajo y quieres a tus alumnos, sientes una especie de paternidad transferida.

—Me gusta que lo digas.

—No quiero exagerarlo, eh, pero yo lo sentí un poco así. No son tus hijos, pero los tienes en el aula y es un tiempo que de alguna forma sustituye a la paternidad. Eso no significa que siempre lo

consigas, pero yo lo intentaba. Es fuerte lo que digo, pero si de verdad sientes respeto por ellos...

—En todo caso ahora ya está, ahora ya no pensamos en eso, mi mujer está muy concentrada en su trabajo. ¿Sabes?, a veces me alegro de no haber tenido hijos...

—¿Por qué, si puedo preguntarlo?

—Esa ya es otra historia.

—¿Qué historia?

—La Historia... En tu libro aparece alguna vez, el futuro... ¿Sabes? Mis estudiantes... ¿Cómo decirlo sin que suene muy mal?

—Si lo preparas demasiado aún sonará peor.

—Ja, ja... No, no es para reír. Es un pensamiento recurrente: pienso que mis alumnos no tienen sueños.

—Vaya... Eso sí que ha salido de la nada.

—Quizá no me he expresado bien... Pero, sí..., quiero decir que los veo asustados, como si hubieran perdido la capacidad de soñar. Nosotros no éramos así.

—¿Estás seguro? —le pregunto mientras cambia de postura en la silla.

Se ha puesto cómodo y se ha pasado la mano por el pelo, abundante y liso. Parece que se esté preparando para defender lo que acaba de decir.

—Sí, rotundamente. Lo he pensado mucho.

—¿Y a qué lo atribuyes?

—Bueno, Alemania, cuando yo era joven, era un país que aún arrastraba la culpa, y todavía es algo que recordamos. Estamos en Linz, ¿no? Aquí al lado está Leonding y la casa de Hitler.

—He pasado por la Steingasse antes de que nos encontráramos.

—¿Qué hay en la Steingasse?

—La escuela, está aquí al lado.

—Bueno, sí, pues todo eso. El pasado, nuestro pecado original... Pudimos superarlo, y costó mucho; en la escuela lloramos más de una vez, y ahora parece que nadie quiera recordarlo. Superamos eso y luego el país se reunificó. ¡Cayó el muro, por fin! Europa crecía, viajábamos. Ahora... Ahora mis alumnos no quieren viajar, hay becas Erasmus, de traslados y de congresos que quedan vacantes, nadie quiere ir. Hacen cálculos sobre cómo aprovecharán mejor el tiempo, sobre si eso les servirá o no, todo es muy utilitario. Tenemos más fondos que gente que los quiera aprovechar.

—No nos conocemos mucho, tú y yo, pero ¿no crees que eres un poco duro? Un poco, digamos, categórico, ya que estamos.

—Mira, quizá sí, pero he pensado mucho en todo esto. Y después de leer tu libro también en esa idea de la esperanza. No diré que no tengan esperanza, pero no los veo soñar. Lo tienen todo en el móvil, todo lo que puedan querer está a un clic, es la nueva piedra filosofal. Cuando nosotros viajábamos, teníamos que elegir en qué gastaríamos el dinero, y lo que te podías gastar en fotos te daba para quedarte un día más. Ellos tienen las fotos, pero no tienen los viajes.

—Viajabais los alemanes; yo no podía viajar, tenía que trabajar, quizá como tus alumnos. Tenía amigos que hacían el Interrail, pero a mí, de los viajes, solo me tocaban las postales. Te lo digo sin mal rollo, ¿eh? Y les hemos dicho que coger un avión es insostenible, que va contra el medio ambiente, que la huella de CO_2 es inasumible y que cada vez lo será más.

—Está el tren, ahora cogemos tantos trenes como podemos. Te entiendo y lo comparto, pero no retiro lo que he dicho: sueñan menos que nosotros. ¿Tú soñabas?

—Sí. Yo soñaba con llevar una vida diferente de la que vivía de pequeño. Y no se acaba, el soñar, pero la vida que he llevado hasta

ahora también me ha cansado. Supongo que con los libros y con todo lo que he hecho con ellos he cumplido al menos una parte de ese sueño, pero nunca se sabe. Lo cierto es que yo sigo soñando.

—Pero ¿soñabas o era tu deber?

—Creo que las dos cosas; era mi deber hacerlo si podía o si me lo ponían fácil. Claro que soñaba, en un pueblo de menos de dos mil habitantes, entre granjas y campos. Claro que soñaba. Si naces en un sitio como Zaidín, te pasa como a Obélix en la aldea gala: caes dentro de la olla de los sueños y los efectos son para toda la vida. Y en el mundo hay más Zaidines que Bavieras.

—Quizá sí. Quizá sí que en Baviera esto pasa más. ¿Quieres decir que es por la comodidad? ¿No sueñan porque están demasiado tranquilos? ¿Solo dejan de soñar los de Románicas?

—No lo sé, yo te digo lo que pienso. Baviera en los ochenta y en los noventa debía de ser uno de los mejores mundos posibles, ¿no? Imagínate, veníais del milagro económico de los sesenta... La economía bávara de cuando tú eras pequeño debía de ser una red de seguridad increíblemente buena, podías soñar y saltar al vacío. Os reunificáis, empezáis a viajar y a descubrir el Mediterráneo, a comprar Mallorca y Chipre... Ahora ya estáis de capa caída, pero...

—Pero tú mismo te contradices cuando dices que en tu pueblo soñabas.

—Porque soñaba con vosotros. Yo también quería poder aspirar a una vida mejor. Era posible. Te lo diré de otro modo: no soñaba con conducir un BMW, pero sí soñaba con poder hacer algo bien hecho, duradero, algo de lo que sentirte orgulloso. Eso sí.

«¿Todo bien?», nos pregunta de nuevo el camarero. Le decimos que sí, que muchas gracias.

—Tendremos que ir a países pobres, a ver si sueñan.

—Sueñan, puedes estar seguro de ello.

—Entonces, ¿Greta Thunberg tiene razón?

—Creo que en eso sí. Generacionalmente hemos sido unos privilegiados, y también responsables de una degradación del planeta que les pasará factura a los que vienen detrás. Quizá nuestras generaciones han ocupado más tiempo que las anteriores, somos los que más hemos consumido y los que nos hemos dado cuenta de que el mundo no era infinito. A fuerza de descubrirlo durante décadas, hemos llegado al final y más allá. La temperatura aumenta y no sabemos qué haremos. Es normal que tengan otras expectativas. Para ser sincero, yo también he pensado mucho en ello.

—Tal vez no me he explicado bien, con lo de que no sueñan... Quizá simplemente no sueñan como soñábamos nosotros. Pero me irrita muchísimo todo eso de las generaciones, lo de ser milenial, ser generación X o Z o..., como si tuviéramos que enfrentarnos entre nosotros; ahora que hay tantos países que pueden vivir en paz, nos enfrentamos generacionalmente, es la guerra de las edades.

Es honesto en el debate, no intenta convencerme, quiere saber qué pienso y me lo pregunta con la mirada. Me gusta la conversación porque me gusta la gente que es generosa cuando discute, la gente que no tiene miedo de dejar flancos abiertos.

—¿Sabes? En España, ahora mismo, hay un debate más o menos soterrado sobre si los pensionistas están cobrando una pensión demasiado alta en comparación con lo que ganan los jóvenes. Ha empezado a crearse un dilema que antes no existía. Pero es que el porcentaje de jóvenes en paro, en España, es una aberración. Y los salarios de los que trabajan son bajos.

—¿Ves? Es el «¿cómo os atrevéis?» de Greta Thunberg. —Sonríe como si estuviera invitando a Thunberg a ir a su clase.

—Diferente, pero sí, es un conflicto generacional. Y quizá es lo que le interesa al sistema tal como está montado, que nos peleemos por la miseria. En España es un deporte nacional.

—Quizá les hemos robado los sueños, quizá nosotros disfrutamos de un tiempo en el que podíamos soñar más que ellos. Sería la culminación de la preponderancia generacional: gastar incluso los sueños de quienes vienen detrás de nosotros —dice Hans mientras pide la cuenta.

—Pensar eso es remachar el clavo de la preponderancia generacional.

El camarero tarda un poco más de lo normal, está solo y tiene mucho trabajo. No nos quejamos, tenemos tiempo, yo tomaré el tren por la noche y él no tiene hora de vuelta.

—Aquí tienen la cuenta —nos dice el camarero.

—Habla muy bien el español —le digo—. ¿Dónde lo ha estudiado?

—No, no lo he estudiado, y la frase me la había preparado. Sé decir muy pocas cosas, pero lo entiendo porque en Serbia ponían muchas telenovelas y series españolas: «Cuéntame cómo te ha ido...» —empieza a cantar.

—¿Lo dice en serio?

—Sí, sí.

En 2007 pasé una semana en Belgrado. Tomé un taxi y el taxista, cuando supo que venía de Barcelona, me propuso ir a un bar de apuestas. Lo sabían todo sobre la liga de fútbol española. «Todo» quiere decir que lo sabían todo de la segunda división, las edades de los jugadores, las trayectorias de los entrenadores, que tenían listas y listas con los resultados de la tercera división... Que el camarero haya aprendido español con series de televisión me sorprende solo relativamente. Le dejamos una buena propina y cuando salimos fuera ya casi es de noche.

—El camarero sueña mucho —le digo a Hans.

—Puede que sí.

—Tiene sueños, aunque solo sea por eso de que quien tiene hambre sueña con pan. No, es algo más. Tiene sueños porque es camarero y quiere otra vida. Se deja de soñar cuando uno está demasiado lleno.

—Mis estudiantes están demasiado llenos, entonces.

—Sus abuelos debieron de pasar la guerra, sus padres vivieron la época gloriosa de la Alemania de los setenta, ochenta y noventa, y ahora ellos no saben muy bien de qué les servirá aprender español o francés. Y no me extraña, si tienes traductores *online* que funcionan perfectamente e intérpretes en tiempo real... El camarero tiene hambre, tus alumnos no.

—¿Tú tienes hambre?

—Yo he sido camarero, Hans. Y he trabajado en cosas donde todo brillaba, pero también en otras poco lustrosas.

—Enséñame a Juli —me pide cuando llegamos a la estación.

Vuelve a sonreír y me da un abrazo alemán, un abrazo sólido; la calidez aún tendrá que esperar. Sonríe e imagino que quiere decir que cree que yo también tengo hambre, o que debería tenerla, o que este pequeño monstruo me dará energía para cansarme y hacer que tenga hambre, no lo sé exactamente. Nos despedimos con el compromiso de vernos pronto.

Diciembre
Al borde del camino

Vuelve a nevar. Como ya hace rato que conduzco y la autopista empieza a resultarme pesada, le digo a Dasha que paremos en la próxima área de servicio. Aún podría continuar, pero me da miedo que la nevada cuaje. La autopista que atraviesa el Piamonte y Liguria es fea, sobre todo si hace mal tiempo; hay muchos túneles y curvas y siempre hay algún accidente. El rodeo para no pasar por Génova es áspero e inhóspito, y aunque luego en la costa se suaviza un poco en verano, como el mar está ahora tan caliente, las tormentas son terribles. Salimos anteayer de Graz, hoy hemos salido de Verona y aún tenemos que llegar a Escranhòla, el pueblecito donde vive la hermana de Dasha y donde pasaremos la noche. Las autopistas francesas son más amables, pero para llegar a ellas hay que atravesar esta media montaña arisca y desagradable. Me preocupa más este tramo que todos los puertos austríacos.

Pasados los pueblecitos de Ovada y Belforte hay un área de servicio. Es un Autogrill de batalla que debe de haber vivido tiempos mejores, pero que, dadas las circunstancias, se convierte en el refugio cálido y amable que necesitamos. Vamos al baño a cambiar el pañal de Juli y, después de coger dos cafés, nos ponemos junto a la ventana. Ya sentados y algo más relajados, vemos cómo el aparcamiento se llena a medida que la nevada va adquiriendo un poco más de espesor. En los radares meteorológicos no se ve un

peligro inminente, pero en este tramo cualquier nimiedad puede formar muchos kilómetros de atasco.

Cuando ya llevamos cinco minutos sentados, vemos a la camarera que nos ha atendido venir hacia nuestra mesa.

—Qué bebé más bonito. ¿Niño o niña? —nos pregunta.

Me sorprende el atrevimiento. Después de vivir en Alemania y Austria, me he desacostumbrado a esta cercanía.

—Es un niño —le digo, mientras espero que nos diga que no nos ha cobrado correctamente o que nos hemos dejado olvidado algo en la barra.

—¿Y cómo se llama este niño tan mono? *Bambino, nino, bambino.*

—Juli, Iuli, Julius... Todo depende de dónde te hagan la pregunta. Aquí sería Giulio, si no me equivoco.

La camarera se le acerca y le dice todo tipo de monerías. Aún no hay mucha gente. La autopista iba muy vacía, es domingo. Supongo que quienes podían permitírselo se lo han pensado mejor al ver la previsión meteorológica. Los que llegan entran con el alivio provisional de quien sabe que tendrá que continuar el viaje, como nosotros. Por un momento, el área hace de fonda eterna al pie del camino.

—Vaya mañana, ¿eh, Giulio?, y te hacen viajar en un día así... Nieva, y aquí todo está oscuro y negro.

Es verdad, las montañas están oscuras como si estuvieran hechas solo de sombras, y aquí son especialmente negras, más aún con la grisura de las nubes y el contraste con el blanco de la nieve reciente. Sigo esperando que nos diga si hay algún problema, pero no parece ser el caso.

—Pasaremos las vacaciones de Navidad en casa —dice Dasha.

—Habéis elegido mal día. O quizá no podíais elegirlo.

—No mucho, venimos de Austria y vamos hacia España.

—*Giulietto, poverino*...

—Ya encontramos nieve a la salida y... —le digo yo.

—Yo también tengo una hija, pequeña también —me interrumpe.

—Qué alegría, ¿eh? —dice Dasha.

—Mucha. Greta tiene dos años y es mi primera hija —me mira un poco inquisitiva.

—Alegría es la palabra, sí —digo.

—¿Es tu primer hijo? ¿Tienes más? —me pregunta.

Había empezado hablando despacio, pero creo que ya no recuerda que no somos italianos. Lo entendemos casi todo, pero empieza a comerse sílabas y se emociona cuando habla de su hija. Intento no perder el ritmo de las frases, pero para ella parece que seamos de su pueblo.

—¿Por qué me lo preguntas? —No le veo malicia, pero prefiero no equivocarme.

—Porque así, con Giulio en brazos, me recuerdas a mi marido con Greta. Yo tengo cuarenta y ocho años y él tiene cincuenta y siete.

—Qué bonito. Pues no, que yo sepa no tengo ninguno más.

—Y no eres un pájaro de primer vuelo.

—Joder, esa sí que es buena, ja, ja —no puedo evitar decir y reír, porque es la misma expresión que en catalán.

—Perdonad si os molesto, no sé qué hago hablando aquí.

—No nos molestas —dice Dasha.

Yo sigo pensando en lo de «no eres un pájaro de primer vuelo»... No es que no lo hubiera pensado antes, por supuesto, ni que no me lo hubieran dicho, pero lo que me gusta es la identificación. El primer hijo con cincuenta y un años no es algo muy habitual, y hay quien ya me ha hecho alguna broma: Florian, para reírse de sí mismo, o en la tienda de los turcos a la que voy a comprar —hay cierta confianza, aunque sean gente muy dura—, todos los que

trabajan allí, todos hombres, han tenido hijos muy jóvenes. Cuando voy con Juli me preguntan por qué he esperado tanto, y cuando les respondo que no había tenido tiempo, que quiere decir que he dedicado mi tiempo a otras cosas, me miran como preguntándose qué hay más importante a lo que dedicarle el tiempo. Me alivia pensar que no tengo que tener respuesta para todo.

—Esperad. —De repente, se va hacia la barra. Dasha y yo nos miramos sin saber qué decir y, antes de que podamos pensar en nada, vuelve con una jarra de café y una bandeja con cruasanes—. Tengo media hora de descanso, coged lo que queráis. Ay, qué niño tan guapo.

—¿Y tu niña? —pregunta Dasha.

Acaba de llegar la policía, dos coches y una furgoneta de atestados.

—¿Greta? Es una preciosidad. Tú —le dice a Juli—, cuando hagas el turista por aquí, cuando vengas por la costa o a subir montañas en los Alpes, *occhio*, vigila mucho.

Nos reímos.

—A ver, a ver, esa niña, Greta.

Tiene muchas ganas de enseñarnos las fotos.

—Mirad, antes solo tenía fotos de fiestas, viajes y gatos, y ahora todas son de ella. Me gustaría tener un móvil con mucha memoria solo para sus fotos y vídeos.

Nos enseña la pantalla, con un mosaico de fotos de su rostro. Una niña muy guapa. ¿Qué niña de dos años no lo es? Ninguna. Todas son guapas como Greta, Greta es guapa como ellas, Greta es todas las niñas del mundo.

—Qué sonrisa —dice Dasha.

Yo tengo a Juli en brazos, que mira ora a la camarera, ora las luces de los coches de policía que entran y salen del aparcamiento.

Mastica como un viejo sin dientes y de vez en cuando rezonga.

—Oh, sí, hace lo que quiere con nosotros. Mirad, todas fotos suyas, todas suyas. La reina de mi corazón y de mi móvil.

Pasa el dedo rapidísimo por la pantalla, que transforma al bebé en las facciones de una niña de dos años, con la suma de expresiones que la convierten en alguien, en una persona única.

—En esta está muy enfadada. —Voy pasando las imágenes, me ha dado el móvil.

—También le hago fotos cuando está así, no quiero perderme nada. Mira, aquí llora y la encuentro igual de guapa. —Golpea con las manos en la mesa y las mujeres que se han sentado cerca se giran.

—También cuando se enfada es guapa —dice Dasha.

—A ti también te debe de pasar, ¿verdad?

Es fantástico, este cambio cultural. En Austria, la gente mantiene una distancia personal que en Italia, incluso en el norte, se evapora. Austria no es Alemania, allí la gente puede hablar con un desconocido un poco más, aunque solo sea un par de frases más, pero, en lo que respecta a los niños, por ejemplo, a nadie se le ocurriría acercarse demasiado. A un niño siempre se le habla a cierta distancia, nunca en voz alta, y tocarlo es algo absolutamente impensable. Existe un amplio abanico de rituales de aproximación, sonrisas que piden permiso para verlo, leves movimientos de cabeza y toda una gran serie de muestras de respeto por parte de alguien que también aceptaría que el otro le cerrase el paso. Me sorprende todo: la conversación, que se haya sentado a nuestra mesa, que enseñe las fotos a dos desconocidos... Quizá sea solo un prólogo de cómo será en Zaidín... Pero, claro, está Juli, y Juli le ha recordado a su Greta, y quizá ha pensado que conmigo, que no soy un pájaro de

primer vuelo, podría hablar un rato con franqueza. Ha sido eso lo que la ha atraído.

—Y tanto, paso las fotos a un disco duro, a la nube, y voy borrando; dejo las fotos que más me gustan y vuelvo a empezar con la memoria vacía —responde Dasha.

—¿Qué está pasando? —le pregunto. Se oye ruido.

—Nada, llega más mercancía. No os preocupéis, yo no tengo que ir, es mi media hora para comer, aún me quedan doce minutos —dice señalando el bocadillo que tiene en el plato, al que apenas ha tenido tiempo de darle un mordisco. Llegan más policías y se sientan no muy lejos de donde estamos nosotros. Todo el mundo quiere ocupar las mesas que están junto a las ventanas. Hay poca luz—. Hoy la supervisora no está... Yo siempre había tenido móviles baratos, pero cuando nació me compré uno de los buenos, quería que tuviera la mejor cámara posible, que hiciera buenos vídeos. Hago copias de seguridad y vuelvo al pasado siempre que puedo, desde el día del nacimiento hasta hoy... ¡La de veces que lo habré hecho! Me cuesta creer que tenga a Greta... Este lugar apenas ha cambiado, todo sigue igual... Yo nací cerca, cada vez queda menos gente y hace años que trabajo aquí. Hubiera querido otra cosa, pero ese es otro tema. ¿Sabéis?

—¿Qué?

—No es fácil encontrar gente con la que hablar de esto.

—¿De las fotos en los móviles?

—No, de los hijos.

—De los hijos todo el mundo habla. Hasta cierto punto, pero todo el mundo habla.

—Quiero decir de tenerlos a esta edad; claro que vosotros sois más jóvenes que nosotros.

—¿Es algo que te pesa?

—No... y sí. Y sí y no. No sé cómo decirlo. Yo solo puedo saber cómo es ser madre a los cuarenta y cinco; quiero decir que si no he tenido hijos antes es porque no quería, porque sola también habría podido, hoy se puede hacer casi todo.

—Pero la edad no es lo único que cuenta, ¿no?

—Pero influye, aunque solo sea por la cantidad de tiempo que hemos estado sin hijos. Yo he sido una mujer sin hijos durante cuarenta y cinco años. Todo ese tiempo lo he vivido sin hijos; las mujeres que los han tenido a los veinte solo han estado veintitantos años sin hijos, y no es lo mismo. Todo ese tiempo conmigo misma, sin Greta...

—Sí, pero ahora el porcentaje de mujeres que tienen hijos jóvenes es muy bajo —dice Dasha—. Jóvenes de verdad, quiero decir, como nuestras madres, que nos tuvieron con veintipocos. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Chiara, me llamo Chiara.

—Yo Dària o Dasha, y él Francesc.

—Mi madre me tuvo con diecinueve recién cumplidos, y aún vive —continúa después de asentir con la cabeza, como si así se ahorrara las presentaciones y ganara unos segundos para hablar—. Pero yo viajé, viví, estuve con este y con aquel, y al cabo de un tiempo me arrepentí.

—Arrepentirse es una palabra muy dura. —Cambiamos al inglés cuando no nos llega el italiano, pero usamos las palabras que ella dice primero.

—Pero es así. Ya os lo he dicho, tenía el móvil lleno de gatos, fiestas y viajes. Ahora lo tengo lleno de fotos de mi hija. La baja natalidad de los europeos... He leído mucho sobre el tema, parece que eso de no tener bebés pasa en casi todos los países industrializados. Me recuerda a lo de los animales que no se

reproducen en el zoo. Nos veo un poco así y, sin embargo, ahora que veo a Greta... Y pienso que poco me faltó para no poder tenerla y por eso me arrepiento. Podría no haberla tenido. Es un arrepentimiento preventivo. No sé cómo decirlo. No es que me arrepienta de no haberla tenido antes, eso no tendría ningún sentido.

—¿Como si tuvieras miedo de no haberlo conseguido tras llegar al límite de tu edad? —le digo.

—Sí, eso. Bien dicho. Ahora veo que a ti también te ha pasado.

—Un poco, supongo. A otros les debe de pasar al revés, que quizá los habrían querido tener más tarde; otros seguro que habrían querido tener más, o en otro país, o quizá quien tiene niños quería niñas, y viceversa. Siempre queremos lo que no tenemos.

—Hablas como un viejo sabio.

No habla con Dasha, habla conmigo, y Dasha y su timidez están encantadas.

—Hablo como un viejo. Con cincuenta y un años, en muchas culturas, ya se es un hombre viejo. Hasta hace poco, con la media de la esperanza de vida que había en Europa, tener cincuenta y un años era ser un hombre mayor. Y sí, eso es la teoría, pero la práctica es otra cosa. La vivencia, quiero decir. Pero sí, también he pensado en ello. También he tenido mis momentos de arrepentimiento.

—¿SÍ?

—Sí, claro. También he pensado que muchas de las cosas que he hecho en la vida podría haberlas cambiado por tiempo para tener a Juli antes. Pero intento no obsesionarme. No puedes cambiar el pasado, ¿verdad?

—No.

Ahora es ella quien quiere que yo hable.

—Si me preguntas si algunas cosas que hice antes las cambiaría por tener más tiempo de vida con él, ya te lo digo ahora, sí. Pero eso es una vida hipotética; quién sabe cómo habría cambiado todo, para bien o para mal, si lo hubiera tenido antes.

Se emociona y saca el móvil para mirarse como si se hiciera un selfi, pues teme que se le haya corrido la raya de los ojos, y entonces, de repente, dice que ha sido un placer y después de mirar el reloj da un golpe en la mesa con la mano como si ella misma intentara salvarse por la campana. Acaricia la cara de Juli, aprieta la mano de Dasha y me mira fijamente a los ojos antes de perderse detrás de la barra.

Los copos que caen se deshacen en cuanto tocan el cristal. Afuera, el aparcamiento está casi lleno y la policía ayuda a aparcar un camión que parece tener problemas. No nos hemos dado cuenta de la cola que se ha formado en la cafetería ni de cómo se ha ido llenando el restaurante. Como si de pronto nos hubiéramos despertado: quizá el café ha hecho su efecto o quizá la temperatura ha cambiado de tanto abrir y cerrar puertas. Volvemos al baño antes de salir y el golpe de aire frío en la cara mojada termina de despejarnos. Dasha mira el radar de precipitación en el móvil y dice que dentro de un rato ya no encontraremos nieve.

Antes de subir al coche, vemos que Chiara sale detrás de nosotros. Nos trae una bolsa con bocadillos, pastas y dos botellas de agua.

—Que tengáis muy buen viaje —se despide.

—Y vosotros, los tres, que tengáis mucha suerte en la vida, Chiara —le respondo.

Vuelve a emocionarse.

La carretera está lo bastante despejada como para poder conducir sin demasiada dificultad. El problema en este tramo es la propia

carretera, con curvas imposibles como las de Fabbriche —seguro que tiene una explicación, pero no la sé encontrar— y con todos esos túneles oscuros y estrechos, siempre en obras. El mapa en el móvil anticipa problemas, atascos y desvíos. Es la cuarta vez que hago este viaje y sé que a partir de este punto solo sigo adelante porque quiero ver el mar.

Diciembre, casi enero
Y ahora, ¿qué?

Estamos en la biblioteca de Zaidín, en medio de las vacaciones de Navidad, 29 de diciembre. Uno de los participantes del club de lectura me comentó que estaban leyendo mi último libro, *El mundo interior*, y que, aprovechando que casualmente yo iba a estar en el pueblo, les gustaría poder hablar de él.

Y aquí estoy, a ver cómo me las arreglo, porque me han hecho una pregunta y los asistentes esperan una respuesta, pero a mí me cuesta responder deprisa cuando la pregunta vale la pena. Necesito unos minutos antes de empezar a ver un poco más claro. No es ninguna broma, en los clubes de lectura hay lectores muy buenos y, a veces, las preguntas son complicadas, porque han leído el libro desde ángulos que tú no habías considerado, han tensado los argumentos y los han mezclado con sus experiencias, o también puede pasar que desconfíen de lo que cuentas e intenten encontrar alguna grieta en el desarrollo. A veces hay preguntas que también yo me he hecho, pero o bien no he llegado a ninguna conclusión, o bien termina pareciéndose más a una conversación que a una respuesta. Además, hoy todo es más complicado, al menos afectivamente y a nivel personal.

Hay mucha gente y conozco a casi todos los que han venido. Aparte de los inscritos en el club de lectura, hay familia cercana y lejana, los habituales de los actos culturales y algunos que han

acudido por la novedad. A Juan Carlos, que es quien me ha hecho la pregunta, lo conozco desde que era pequeño; su padre nos compró fruta durante años, su hermana nos llevaba el papeleo del almacén y su tío era el entrenador de baloncesto de la escuela.

Se ha leído el libro y ha comentado brevemente las tres guerras que en él se describen (la invasión rusa de Ucrania, que es la chispa que enciende el libro; la Segunda Guerra Mundial; y la Guerra Civil en el frente de Aragón, es decir, en los alrededores de Zaidín), así como los capítulos finales, que quieren desprenderse un poco de la destrucción que los precede.

—Y ahora, ¿qué? —me ha preguntado.

Es un «y ahora, ¿qué?» que cuesta mucho reducir a una sola respuesta. Como Lucia, tengo respuestas para algunas preguntas, pero para esta, y no es que no lo haya pensado, me cuesta pensar cómo tengo que atravesar todas las contradicciones y las paradojas que contiene.

En los clubes de lectura a veces pasan cosas que podrían llevarte a escribir un libro nuevo. En la presentación que hicimos en Olot, durante el turno de preguntas, Toni Maians, que había estado al frente del archivo de Olot, me dijo que la historia continuaba, que él podía proporcionarme más material de modo que el relato siguiese en Austria. Escribí casi todo el libro en Berlín, pero hacia el final aparece Graz. Berlín, el escenario principal, se va deshaciendo hasta llegar al tiempo que contienen estas páginas.

—¿Sabes que existe una relación entre Graz y Olot? —me preguntó.

—Pues no, pero a ver por dónde me sales...

—Escribí un artículo sobre ello, ya te lo enviaré.

Toni es reservado, un sabio de palabras justas.

—Creo que le podría interesar a todo el mundo... —le dije; casi se lo pedí por favor.

—Fue después de la Primera Guerra Mundial; aquellos años fueron especialmente duros en Austria. La Cruz Roja y Save the Children ayudaron a llevar niños austríacos a otros países y algunos llegaron aquí. Ayudó que ambos países fueran católicos, los esperantistas... Algunos niños de Graz se quedaron aquí, y después de la Segunda Guerra Mundial volvieron a venir más niños.

—¿Aquí quieres decir en Olot?

—Sí, ya te lo enviaré, que se ha hecho tarde.

Lo de que los clubes de lectura (o las presentaciones) son una caja de sorpresas no lo he dicho por quedar bien. Pocos días después recibía el correo con dos artículos. Los detalles son importantes porque hacen la historia. Los niños llegaron mayoritariamente a Aragón, Cataluña y Valencia, y concretamente los que llegaron a Olot eran de Graz. Se quedaron algo más de un año, del 7 de febrero de 1921 al 25 de abril del año siguiente. Por lo visto, además de las organizaciones humanitarias y religiosas, el esperanto tuvo un papel relevante. En 1905 hubo un congreso esperantista en Viena que sirvió para que gente de toda Europa se conociera. Una vez finalizada la guerra, los esperantistas de Estiria, viendo que casi solo se escogían niños de Viena para ir al extranjero, pidieron ayuda a sus compañeros esperantistas de toda Europa. Algunos círculos hicieron lo posible para acoger a aquellos niños de la guerra. Ya he dicho que los detalles hacen la historia. En los clubes de lectura todo es largo de explicar, y hay que tener cuidado porque el tiempo es limitado y lo más bonito de estos espacios es que alguien que nunca se atreve a decir nada ese día pregunte o comente algo.

Uno de esos niños, Rodolfo Sajovitz, se quedó en Olot. Trabajó en uno de los talleres de fabricación de santos que había en la localidad, se casó y formó una familia. Su actuación fue decisiva para que después de la Segunda Guerra Mundial se llevara a cabo una nueva campaña de acogida. En 1949 llegaron a Olot veintidós niños, casi todas niñas. La acogida de los niños austríacos, a excepción del caso de Sajovitz, fue temporal. Sajovitz murió en 1992 en Olot. Hay guerras que no se entienden sin la amenaza, el éxodo o el secuestro de niños. Me hubiera gustado poder hablar de todo esto, pero no tengo tiempo para todo. En *El mundo interior* pensaba en los niños que huyeron de Ucrania o en los que enviaron a México durante la guerra civil. Ahora, claro, vuelvo a pensar en ello, en el hecho de tener que separarse de un hijo. Las circunstancias podían ser muchas, desde la orfandad hasta los desplazamientos forzados, pasando por todo tipo de penurias, y al final todo se resumía en la esperanza de la supervivencia al precio de dejar de vivir con quien más quieres.

—Y ahora, ¿qué? —me pregunta Juan Carlos.

—Me gustaría pensar que hay esperanza. En el último capítulo del libro cuento el viaje que hacemos desde Austria hasta el pueblo donde viven mi cuñada y mi cuñado con su hija, en Francia —se lo digo a él, pero de modo que entiendan de qué hablo quienes no forman parte del club de lectura—. Todo el camino está lleno de anécdotas ligadas a la guerra, incluso la aldea donde viven es el pueblo natal del soldado que cantó *La Marsellesa* por primera vez. Napoleón pasó por allí tras el exilio en Elba. Francia y Austria estaban enfrentadas, y nosotros, cuando venimos de Graz a Zaidín, ni siquiera nos detenemos en las fronteras. Hay un espacio para la paz, supongo, y estas cosas cuesta decirlas así, porque siempre

corres el riesgo de parecer cursi, pero también hay un espacio para la esperanza, ¿no?

Me cuesta un poco hablar con Juan Carlos. Nuestros yoes de hace cuarenta años se encuentran en una situación que ninguno de los dos habría podido prever. Las probabilidades de que yo acabara escribiendo libros y de que algún día los presentara en Zaidín, divididas por la probabilidad de que él se hubiera leído el libro y me hiciera una pregunta, se suman a la extraña proximidad que nos une y nos separa. Pero está bien, está bien que las cosas hayan ido así.

—Ahora has de tener esperanza por fuerza, acabas de tener un hijo, tú estás obligado —me responde.

—Sí, lo sé, pero tengo que decirte que es algo que siempre he pensado, y ahora puede que pienses que arrimo el ascua a mi sardina, pero no, porque ya cuando era profesor y estaba con mis alumnos lo pensaba a menudo; al fin y al cabo, les coges cariño. Hace poco hablaba de ello con un profesor en Austria. Es que ¿cómo quieres enseñar algo si no...?

—Si no quieres a los chicos, mejor no te hagas maestro —me interrumpe una mujer que se ha sentado justo delante de mí, a un metro. El lugar se ha quedado pequeño, ha venido más gente de la que esperaban y nos hemos sentado muy cerca unos de otros.

—Es algo que no puedes evitar. No tienes que ser su amigo, porque amigos ya tienen, pero es inevitable amar el trabajo que haces, quererlo, querer hacerlo, y pensar que todo esto tiene un sentido. Para intentar dejar las cosas un poco mejor de lo que estaban. Si no es así, ¿qué hacemos aquí? —le digo.

—Pero el mundo no va en esa dirección —dice Juan Carlos—. Y seguro que tener un crío te ha cambiado.

En el libro anterior, la guerra es la protagonista absoluta, pero los personajes que aparecen en cada episodio no pierden la esperanza

de que deje de serlo. El mejor de los mundos posibles no deja de ser una paradoja, pero quizá nuestra existencia es, en esencia, paradójica. Esto no se lo digo, me lo guardo para mí porque su pregunta es la que cierra el club de lectura. No puedo dejar de recordarnos en el almacén de su padre, con su hermana trajinando papeles tras los cristales y aquel olor que era una mezcla de fruta, madera y humo de tractor.

—Ahora esta inquietud se ha hecho carne, se ha encarnado. Suena muy cristiano, pero es así. Has creado una vida y tienes que hacerte responsable de ella. Ahora estas ideas son carne, es verdad, pero déjame decirlo así: las preocupaciones solo se han hecho más profundas, no han aparecido de repente, ya estaban ahí. Nunca tuve ningún pensamiento nihilista derivado de no tener hijos, o de mi finitud, si quieres llamarlo así. Siempre pensé que tu continuidad también era la mía. Disculpa la pedantería, pero en esto soy muy kantiano: que lo que hagas pueda convertirse en una ley universal, que los demás puedan replicarlo y que sus acciones no te hagan daño. Muy cristiano también, ya lo ves, como la encarnación. Y como tantas otras ideas de construcción cívica, y no acabaríamos nunca de dar vueltas a la noria.

—Hay guerra.

—Ya has visto que me cuesta contestar... Yo no tengo respuestas, solo tengo historias.

Se ha hecho tarde. Quizá sea significativo que la última pregunta haya sido la que ha cerrado el club de lectura y también la que ha tocado el nervio del libro.

Han venido mi padre y mi madre, mi hermano y su familia; también hay unos tíos, unos primos y gente que he visto en Zaidín desde que era pequeño. Hoy todo es distinto porque es el lugar

donde nací y crecí. La biblioteca lleva el nombre de Carmen Monclús, una mujer que dejó dinero para su construcción.

Creo que han quedado contentos. Susana, que ha presentado el libro, ha preparado algo de picoteo para el final de la charla; todo el mundo ha traído una cosa u otra. Es el momento en el que quienes no se atreven a preguntar en público te buscan para comentarte algo o hacerte una confidencia. Entre las participantes del club de lectura está una amiga de mi madre, Rosita, que me ha hecho preguntas sobre las bombas de la Guerra Civil que encontramos escondidas en el tejado de casa hace años, cuando hicimos obras. Se me acerca poco a poco y me dice que ella también tiene una historia.

—¿Sabes en la Horta? —Asiento con la cabeza, somos vecinos—. Pues un día, hace muchos años, encontramos un globo amarillo desinflado que tenía atada una cinta con una etiqueta. Había algo escrito, impreso, pero yo no sabía qué era aquello. No era francés ni inglés. Qué extraño, ¿eh? Fui al ayuntamiento, a ver si alguien podía decirme algo —Rosita habla con calma, piensa con cuidado lo que va a decir—, pero no sabían nada. Le pregunté al mosén, que me dijo que aquello era alemán y...

—No... ¿Me lo estás diciendo en serio?

—... que él no sabía —asiente con la cabeza, sin dejar de hablar —, pero que cuando se reunían en Lérida había un mosén que había estado en Alemania y que ese sí, ese lo entendería, y que se lo enseñaría.

—¿Qué mosén era? El de Zaidín, quiero decir.

—Mosén Castelló. Tú también lo conociste. —Sonrío... Claro que lo conocí, una vez que fuimos a llamar a su puerta nos vio llegar y nos estaba esperando escondido con una escoba—. Pues nos lo trajo

traducido. Y resulta que era un globo de la fiesta de inauguración de una guardería al lado de Múnich.

—No...

La gente nos mira con cierta curiosidad, pero no se atreven a interrumpir la conversación.

—Como te lo cuento. Hicieron una fiesta, soltaron globos y uno, por casualidad, llegó a la Horta. Desde Alemania, volando. Supongo que debió de sobrevolar los Alpes, por Italia o Suiza, o por Francia... Y acabó al lado de las granjas. Y como figuraba la dirección, les escribimos contándoles lo que había pasado. Pagamos a una traductora, que entonces costaba un dineral. ¡Hace cuarenta años!

—¿Y contestaron? —le pregunto mientras vuelvo a pensar que los libros no se acabarían nunca.

—Y tanto. Y tenemos fotos de las familias, y sabemos que las hijas se casaron, pero al final no encontramos a nadie que nos tradujera las cartas. Lo tengo todo en casa, ¿quieres verlo?

—Sí, claro.

—Esto nunca se lo había contado a nadie.

—Hay mil cosas que no sabemos. Lo que os he contado antes de los niños refugiados se lo comenté a un amigo, también escritor e historiador, y me dijo que él también había conocido a uno en Mataró, un charcutero al que llamaban el austríaco, y a otra señora húngara.

—Enviaban a los niños para que pudieran salvarse. Desde tan lejos... Lo que hiciera falta.

—Desde tan lejos como los globos. Por los hijos, lo que haga falta.

Enero
¿Volver o irse?

En cuanto me ven salir de casa, los operarios que trabajan en el bloque de pisos vecino me saludan. Hemos llegado hasta siete bajo cero y ahora todavía estamos a menos tres. Acaban de soldar los balcones y comprueban que las fijaciones estén firmes empujando con fuerza e intentando moverlas sin éxito. A contraluz del sol, el aire frío transforma en vaharadas los gritos y los gemidos de esfuerzo: se oyen palabras de aprobación, están contentos.

Ayer por la tarde —a las cuatro ya era de noche— vinieron con un nivel láser para comprobar si había alguna desviación y, durante un buen rato, un montón de líneas rojas subían y bajaban por las barandillas y las canaletas, colándose por momentos dentro de casa. Hoy han rectificado los soportes de algunos pisos y han hecho los últimos retoques. Ya está, ya se ha acabado; durante ocho meses hemos visto desfilar albañiles, pintores, carpinteros, electricistas, fontaneros y, de vez en cuando, encargados y arquitectos que han trabajado en el aislamiento y la reforma de la fachada. Es un bloque de más de sesenta pisos con ventanas y balcones completamente nuevos y una fachada recrecida con veinticinco centímetros de aislamiento.

Las obras han durado ocho meses, como digo. Los veíamos llegar desde las ventanas de casa, las que dan al jardín. Ellos tenían cerca el contenedor de la oficina, un par de aseos portátiles y, un poco

más lejos, varios cubos boca abajo que servían de sillas improvisadas para los desayunos. Durante todo este tiempo nos hemos estado saludando y ellos preguntaban por Juli. Vernos de vez en cuando en la ventana con un bebé en brazos hizo que tuvieran más cuidado con el ruido. Un día los invitamos a café, les llevamos bombones y zumos para hacer un poco de fiesta. Los echaremos de menos.

Durante estos meses han desfilado austríacos, eslovenos, eslovacos, húngaros, turcos, algún italiano, bosnios y el resto de los *yugos*: serbios, croatas, montenegrinos... *Yugos* es como se llaman entre ellos los descendientes de la antigua Yugoslavia. El primer día que lo oí me sorprendió, uno le dijo a otro que no sabía que era *yugo* y entendí que no lo decía en tono despectivo. Exceptuando algún momento de tensión —un día vi que uno lanzaba un cubo de agua y el salpicón fue seguido de mil expresiones en no sé qué idioma—, el bloque de pisos ha sido una torre de Babel tranquila, sin demasiado guirigay. Aparte de la ducha con el cubo de agua, encerraron a alguien en el aseo portátil y dejaron una muñeca hinchable en el asiento del coche del encargado, pero todo era humor blanco, para lo que podría haber sido. Un detalle: entre quienes han trabajado aquí hay una empresa especializada en tejados que se llama Sajowitz.

Los operarios hacen fotos con los móviles antes de irse. Pensándolo bien, es como si le hubiesen puesto un abrigo a una casa; un abrigo que, en este caso, también la protegerá del calor. Estamos en pleno invierno y yo también llevo un abrigo grueso y calzoncillos largos para salir a pasear. A Juli, envuelto en una manta y dentro de un mono térmico, solo se le ven la boca, la nariz y unos ojos que se van cerrando. Invertimos una hora, más o menos; una hora por la mañana y otra por la tarde. Salimos de casa, pasamos

por calles de casas antiguas, cruzamos el parque y entramos en la catedral. Damos algunas vueltas por la nave, casi siempre solos, y volvemos a casa antes de que se despierte.

Dasha insiste en que si quiero podemos hacer turnos, que fuera hace frío, pero a mí ya me va bien salir, me gusta la rutina de los caminos conocidos y, además, necesito un poco de orden y de repetición, porque volvimos de Zaidín hace diez días, pero yo no acabo de volver del todo. Los viajes me trastornan: los tres días de coche, las semanas tan intensas entre Zaidín y Barcelona, de nuevo el coche para llegar a Graz y volver a recuperar el sentido de todo... Quizá la temperatura, aunque sea de manera física e irónica, me ayuda a mantener la cabeza fría. Mientras vivimos en Berlín, esta sensación no existía, supongo que porque la posibilidad de volver a casa era real y las probabilidades, elevadas. Ahora que hemos venido a Austria y sé que, si no pasa nada, no regresaremos, me ha entrado de golpe el síndrome del emigrante. Dicen que no es inmediato, que no llega cuando te vas, sino cuando ya ha pasado un tiempo, un año y medio o dos, que es el punto en el que me encontraría ahora. Dasha lo experimentó cuando se fue de Rusia, y algunos amigos que están fuera también me lo han comentado; me dicen que la distancia no deja de ser un hándicap, que hay que recorrerla, que hay que acostumbrarse a recorrer esos kilómetros mentales como quien sale a correr cada mañana. Cuando la gente me pregunta si echo de menos mi país digo que no, y no miento, hoy no lo echo de menos ni siquiera un poco, pero otras cosas sí. En tono de broma, pero que en el fondo es verdad, cuando me preguntan qué echo de menos aquí digo las cuatro efes: *Familie, Freunde und Frischer Fisch*, es decir, la familia, los amigos y el pescado fresco, que aquí es toda una rareza: el único lugar donde puedes comprarlo con cierta regularidad y a un precio razonable es

en las tiendas de los turcos. Pienso en la familia, aunque ahora que tenemos a Juli nos llamamos casi cada día. Y también en las conversaciones con los amigos y, por descontado, en una parte de la comida, aunque cargo garrafas de aceite de Zaidín siempre que puedo. Pero hay algo más que quizá tiene más que ver con el desplazamiento que con los lugares. Mi país ha desaparecido del horizonte, física y psicológicamente. Los debates eternos se han ido desvaneciendo y solo oigo a lo lejos las discusiones que antes ocupaban horas y energías, hasta el punto de que a veces me pregunto si soy la misma persona que hace cuatro o cinco años. Nada es gratis, desde luego, el desplazamiento hay que pagarlo, *rien n'est gratuit en ce bas monde*. Si no estás en el mismo lugar en el que estabas, si no te preocupan ya las mismas cosas, si tu futuro pasa quizá por preocuparte mucho más de personas que hace poco ni siquiera conocías, y si parece que todo este cambio no ha hecho más que empezar..., ¿puedes decir que eres el mismo, personalmente y en relación con los demás y con el mundo? Aún no tengo una respuesta.

Uno de los encargados de la obra, que también había trabajado en los pisos donde vivimos nosotros —cambiaron la instalación eléctrica de la escalera—, me explicaba que, a la larga, entre las cuadrillas con las que trabaja, podía distinguir dos tipos de trabajadores: los que se adaptaban al país y los que no. Los primeros lo pasaban mal una vez; los otros también lo pasaban mal una vez, pero que duraba para siempre, incluso si intentaban volver a su país, porque el fantasma del cambio los perseguía. Como las obras han durado tanto tiempo, hemos cogido confianza. Es un chico más joven que yo, de Maribor, la ciudad eslovena más cercana. Ha ganado dinero trabajando a ambos lados de la divisoria —materiales y personal baratos de Bosnia, trabajos bien pagados en Austria—, y la prueba

de que se maneja bien entre fronteras es que tiene una casa en Maribor, otra en Pula y un apartamento en Hurghada, ciudades turísticas de Eslovenia y Egipto. Cuando regresa después de pasar allí unos días, siempre me enseña las fotos en el móvil. Un apartamento en Egipto..., al principio pensaba que se reía de mí.

Un día me comentó que uno de los trabajadores que estaba haciendo agujeros en la escalera no estaba centrado, «no sabe dónde está». La expresión se me quedó grabada. El chico que llevaba el martillo neumático no era capaz de adaptarse a otro país, a otra cultura. Llevaba un año trabajando y, aunque lo hacía bien, su alemán era demasiado precario. Vestía una sudadera con capucha que lo protegía del polvo. También lo ocultaba; era, de hecho, una coraza que lo separaba de los demás trabajadores que saltaban de su lengua al alemán para hacerse entender con los otros. El alemán del encargado no es para tirar cohetes, pero se las apaña con todo el mundo; cuando tiene una duda le pregunta al móvil cómo tiene que decir lo que quiere decir y al final se sale con la suya. Supongo que él piensa que sí sabe dónde está.

¿Quién sabe hoy dónde está uno? Quizá existan situaciones estables, pero yo no las conozco, o, al menos, no cuando se analiza con un poco de perspectiva. Las situaciones estables se pueden contar en periodos de años, raramente de décadas. Dasha dice que ella nació en un país que ya no existe. Dentro de aquel país, cuando existía, cuántas naciones, cuántos grupos étnicos desaparecieron para que precisamente el país grande pudiera existir. Los países de Europa del Este las han pasado canutas, y en Europa occidental las metamorfosis de los últimos ochenta años han sido constantes: descolonizaciones, movimientos poblacionales internos con despoblamientos importantes de muchas zonas, llegada de la inmigración, crisis de natalidad o económica... Eso sin contar hechos

mucho más graves, como las guerras en los Balcanes o ahora en Ucrania, o hechos inesperados como la pandemia o poco previstos como la aceleración del aumento de las temperaturas... ¿Quién puede decir, con seguridad, dónde está uno? Más aún, ¿quién puede decir con propiedad quién es, cuando todo cambia tan deprisa? Hay lugares más estables, con una cierta capacidad para mantener una identidad acordada y hecha a medida, a veces de forma forzada y a veces de forma cínica: la nostalgia de pueblos, ciudades o países tal como eran, que, de hecho, es tal como nosotros queremos recordarlos, con la selección interesada de hechos y momentos que nos transmitan seguridad y paz. El arraigo se debate entre el miedo a perder el mundo conocido y la voluntad noble de querer que continúe. El problema con los lugares y los grupos que los habitan es que no son estáticos y no siempre evolucionan de acuerdo con nuestros intereses o voluntades. El mundo no nos esperaba cuando llegamos y no nos espera cuando lo recordamos. Y el pasado también se encamina hacia donde sus propias inercias lo llevan, y todo lo que nos queda es un regusto de nostalgia. «Yo al único lugar al que quiero volver es al Zaidín de los ochenta», me dijo una vez un albañil con el que trabajé. Rehacíamos la casa de mi abuela, que en algunas partes debe de tener cerca de trescientos años. Él quería volver a un tiempo que le parecía estable, justo antes de que todo empezara a cambiar. Los que estaban antes que él, también. Los albañiles, herreros y pintores del bloque de al lado de casa tienen un denominador común —la herencia del Este— con múltiples variantes, pero todos saben que aquí las fronteras están demasiado cerca unas de otras, que se han movido demasiado. Los *yugos* tienen un pasado trágico, pero para reconocerse se llaman *yugos*. Algunos querrían volver a los años ochenta, otros no quieren ni oír hablar de ello.

En el parque hay muy poca gente. Unos paseamos bebés, otros pasean perros, están los que hacen algún tipo de deporte y los que eligen la ruta en bicicleta para evitar entrar en la ciudad vieja. A veces me encuentro con Iria, una chica portuguesa que también ha tenido una niña hace poco. Un día no podía desbloquear el freno del cochecito y la ayudé. Iria dice que en la cabeza de un portugués siempre existe la posibilidad de migrar, que no te quejas del país: emigras. No era la primera vez que lo oía, como tampoco la comparación con los españoles, que sienten más a España como un centro.

—El mapa de Portugal te lo enseña: parece que Europa quiera expulsar a la península y que España quiera empujar a Portugal al océano. Vivimos con esa idea. Bueno, no sé si todos, pero yo en casa siempre lo he oído decir: no te quejes, emigra. Y en cuanto emigras, todo vuelve a empezar.

«Todo vuelve a empezar» es algo que me he repetido muchas veces, lo que pasa es que no puedes olvidar el pasado de forma cínica. No funciona: el pasado está ahí, lo vives, te preocupan los que hasta hace poco eran los tuyos..., pero también es cierto que, poco a poco, los vas viendo como algo más lejano, sus contornos empiezan a desdibujarse, ya no sigues la prensa y hay noticias que antes habrían ocupado un espacio que ahora se pierden entre otras dos noticias que quizá tampoco te llegan con la energía con que solían hacerlo. Ese «todo vuelve a empezar» se ha ido imponiendo sin hacer ruido, con un dolor aceptado, con la naturalidad con que las ideas que no tienen alternativa ocupan todo el espacio de aquello que podemos y no podemos pensar.

Cada vez soy menos de donde era, hasta el punto de que cuando me preguntan de dónde vengo ahora ya no sé cómo responder y empiezo a decir que en el norte de España, entre Aragón y Cataluña,

hay una franja de tierra de nadie donde tengo a la familia y una casa. ¿Qué clase de respuesta es esa? Suerte que aquí la gente es muy educada y no repregunta demasiado, por si acaso.

A Dasha también le pasa, últimamente; hace ya muchos años que no vive en Rusia y no podemos volver allí ni siquiera de visita, es demasiado arriesgado. La mayoría de sus amigas y amigos han ido saliendo del país, y con las dos o tres que le quedan en Moscú y en Nizhni Nóvgorod habla por videoconferencia. A mí, Rusia se me ha ido desdibujando; hace ya muchos años que no voy y, para qué negarlo, la fascinación que antes me provocaba la ocupa ahora la novedad de otros países. Además, es difícil competir en problemas identitarios con los balcánicos, con Centroeuropa en general, con la gente del Este o con los que llegan de Oriente Próximo, nuestros vecinos kurdos o azeríes, que huyen de Turquía, Siria, Irak o Irán.

Justo después de cruzar una de las puertas de entrada al casco antiguo, allí donde termina el parque, está la catedral. Ya no quedan murallas, pero se han respetado las antiguas vías de acceso y sirven de entrada a las calles que van desde el Schlossberg, la montaña del castillo, hasta el río. Han ido restaurando los edificios históricos para convertirlos en oficinas de las distintas administraciones. Ahora mismo pasamos junto a unas obras que, después de levantar el pavimento y abrir zanjas muy profundas, dejan a la vista bodegas, mazmorras y líneas de cimientos que atraviesan las calles del núcleo antiguo. Los arqueólogos y los arquitectos son austríacos, pero los albañiles que trabajan allí son bosnios, cuyos antepasados muy posiblemente hacían el mismo trabajo que ellos.

Han colocado una serie de tablones para llegar hasta la puerta de la catedral. Juli suele soportar estos desniveles sin despertarse. Además, las puertas laterales son automáticas y se abren de par en par unas tras otras en cuanto nos ven llegar. Es una simple célula

eléctrica, pero la escena posee cierta solemnidad. Dentro de la catedral se está calentito y casi siempre estamos solos, yendo arriba y abajo por las tres naves, entre los ángeles pintados o esculpidos —un día hice un cálculo aproximado y me salieron más de cuatrocientos— y los escudos y pendones de duques, reyes, emperadores y otros nobles que consiguieron colgar sus nombres en las columnas. Justo al lado está el mausoleo del káiser Fernando II. Todo ese pasado habla lenguas que se pueden traducir, pero las historias que cuentan ya no encuentran interlocutores. Es un pasado abundante, y quizá incluso fértil, pero no sabemos qué hacer con toda esa abundancia; nos explica, sí, pero las claves del futuro están en otros lugares.

En Austria, estos son tiempos complicados, pero nada que no se haya vivido antes. Cuando pienso en Europa veo un continente que intenta averiguar cuáles serán los efectos secundarios de todo lo que ha hecho en el pasado, como alguien que ha cometido excesos y que, al llegar a cierta edad, intenta corregir la dieta y los hábitos. Aparte de que no puede hacer otra cosa, sabe que, tarde o temprano, el tiempo le pasará las facturas correspondientes. La ultraderecha ha obtenido muy buenos resultados en todas partes. Las grandes ciudades aún resisten, pero en los alrededores ha conseguido hasta un tercio de los votos. Bueno, ya pasó antes con Jörg Haider y antes con los nazis. Ahora queda todo más diluido porque el giro es internacional y, como el mal está por todas partes, parece que esperemos que alguien tenga la solución para volver al camino de un cierto progreso amable, para que al final, para nosotros, la historia acabe bien... No, la cosa no va así, a estas alturas ya hemos visto y vivido finales infelices y hemos aprendido que cuando alguien dice tan claramente que quiere ese tipo de políticas es porque quiere ir más lejos.

Pensándolo bien, quizá esta dilución de la identidad también pueda servir como mecanismo de defensa. ¿Qué será Juli de mayor? ¿De dónde será? ¿Cuál o cuáles serán sus lenguas? Quién sabe...

De vuelta a casa pasamos por el supermercado que tenemos al lado. Es un Spar. En Zaidín llegó a haber dos Spar, los dos con un mosaico esmaltado junto a la puerta. Les había perdido la pista, pensaba que ya no existían o que habían pasado a formar parte de otra cadena, pero en Austria están por todas partes. Es un poco extraño ir allí, porque para mí el Spar eran aquellas dos tiendas. La chica que cobra en la caja nos conoce, de tanto que vamos; de hecho, muchos de los que trabajan allí nos conocen, igual que en el andamio de la casa. Sé que tiene dos hijas pequeñas, lo hemos comentado. Me ha preguntado qué tal había ido el viaje y hemos hablado deprisa, para no irritar a los de la cola. Una vez me enseñó en el móvil fotos de su familia en Egipto. Le conté que la única vez que yo había estado allí coincidió con un episodio de revueltas de la Primavera Árabe y le enseñé las fotos de las pirámides, donde, en lugar de las colas de turistas, solo había cuatro gatos. En muchas fotos no se veía a nadie, excepto un montón de soldados.

—De eso huíamos —me dijo.

Antes de llegar a casa, volvemos a pasar al lado del edificio en obras. Hay vecinos que en cuanto recibieron el beneplácito de la empresa empezaron a decorar los balcones con plantas, muebles de terraza y luces. Algunos propietarios dicen orgullosos que estas obras tienen una garantía total de treinta años, prorrogable con un seguro. La coraza que le han puesto a la casa durará más de una generación, que es mucho más tiempo del que las personas somos capaces de imaginar. Eso les hace sentirse seguros, es su casa.

Febrero
Padres, madres, hijos, hermanos

Conocí a Leonhard en Berlín en 2022, cuando la COVID ya remitía y se permitían reuniones en espacios cerrados y más o menos ventilados. Como era verano, nos encontrábamos en algunos parques, pero si alguien quería mostrar alguna película, algún fragmento o proyecto, necesitábamos un lugar donde se pudieran cerrar las ventanas y bajar las persianas. Una chica húngara dijo que durante los fines de semana su *coworking* estaba siempre vacío, y así fue como un grupo de aficionados al cine empezó a poner en marcha una agenda, grupos, espacios virtuales y no sé cuántas cosas más, con un éxito que nadie habría podido prever. Ya han transcurrido tres años y por allí han pasado más de mil cuatrocientas personas y se han hecho decenas de cortos, proyectos y documentales. El contacto continúa con muchos de ellos, si bien el tiempo, la distancia y la vida van diluyendo la intensidad del recuerdo.

Hay cosas que parece que sucedan aposta. Los encuentros son —el *coworking* está— en el edificio de una antigua fábrica de celuloide. Lo que queda de la Geyer-Werke, una empresa que ya en 1911 fabricaba y distribuía material para hacer películas, se ha transformado en oficinas, y varias empresas ocupan las antiguas plantas de la zona de producción y administración. Las sucesivas obras y rehabilitaciones han conseguido mantener la fachada en

buen estado, y uno todavía puede imaginar un poco el trajín de antaño.

Durante más de un año, toda una serie de gente interesada en el cine estuvimos reuniéndonos allí. Casi todos eran más jóvenes que yo. De hecho, solo había dos personas más mayores, y una de ellas dejó de venir. Con la otra, el otro, Leonhard, todavía nos vemos y hablamos regularmente, somos amigos. Regularmente quiere decir que quedábamos para salir cuando vivía en Berlín y que todavía hablamos a menudo por videoconferencia, que él ha venido a Graz y que yo lo he ido a ver alguna vez a su casa.

Recuerdo el día que congeniamos en la reunión de cine. Alguien había traído una película *indie*, *Daddy Longlegs*, sobre la vida ajetreada y un poco desastrosa de un padre divorciado en Nueva York. El protagonista, que trabaja como proyeccionista en un cine, tiene dos hijos que no son precisamente fáciles y que lo hacen ir de cabeza; de ahí el título, «piernas largas». Después de la película todos dieron su opinión y yo comenté lo distinta que era del clásico de Fred Astaire con el mismo título. Nadie, excepto Leo, sabía de qué hablaba. Él, con sesenta y siete años, y yo, con cuarenta y nueve, pertenecíamos a otra generación, quizá incluso a otro mundo. Nos miramos, nos reímos y después, cuando salimos del encuentro, tomamos un café juntos.

Y hasta hoy.

Leo era ciudadano estadounidense. Digo era porque ahora ya tiene la nacionalidad alemana; llegó a Stuttgart en 1973 para trabajar como físico y se trasladó a Berlín con su novia en 1975. He conocido a Theresa, su esposa, y he visto fotos de sus dos hijas: una es física y la otra médica, cardióloga. He hecho algunas excursiones con Leo, he salido con algunos de sus amigos y hemos compartido confidencias. Ha sido el amigo más estable de los que he

hecho últimamente, y creo que nos hemos entendido bastante bien y que puedo decir que somos buenos amigos.

Leo nació en Filadelfia y estudió en Harvard. Eso lo supe enseguida, es información de tarjeta de visita, pero la verdad es que apenas me había contado casi nada de cuando era niño o adolescente. Me he dado cuenta ahora del contraste entre la cantidad de cosas que sabía sobre su vida en Berlín y lo poco que me había contado sobre Estados Unidos. Habíamos hablado al respecto, sí, pero sobre todo para comentar sobre política y políticos: Biden, Trump, Ucrania, el asalto al Capitolio y otros hechos que solo con mencionarlos parecen desbordarse por todas partes. La deriva iliberal, el trumpismo y todo lo relacionado con la ultraderecha lo sacan de quicio, así que solicitó la nacionalidad alemana. Sentía tanta rabia que se fue hasta Bratislava para hacer efectiva la renuncia a la ciudadanía, pues en Berlín había demasiada cola. Me dijo que se había prejubilado hacía algunos años porque había heredado de su familia y con eso consiguió lo suficiente como para dejar el trabajo, que en los últimos años ya no le entusiasmaba. Todo esto lo he ido reconstruyendo a partir de muchas conversaciones durante las cuales, además, nunca he preguntado nada. Supongo que por eso ha llegado a este grado de confianza conmigo. Lamenta que me haya ido de Berlín, porque no es lo mismo hablar a través de la pantalla; en eso los dos seguimos siendo de la vieja escuela.

El piso de Leo está en un *Altbau*, un edificio antiguo y catalogado; no hay muchos como el suyo en Berlín. No pudieron dividir los pisos y, como sus hijas hace años que se fueron de casa, hay más espacio que personas y, a veces, más tiempo que compañía. Theresa, su esposa, también está jubilada, pero tiene el día tan lleno como Leo. En la nevera tienen un horario con las citas fijas de uno y de otro, y

hay pocos huecos. Leo y yo hablamos habitualmente los lunes por la tarde: tomamos un café frente a la pantalla, y las veces que he estado en su piso he podido comprobar que figuro en el horario. Después de mí no tiene nada más, pero los lunes por la mañana va un rato a ayudar como voluntario a hacer deberes en un colegio. Cuando voy, como no siempre coincidimos, y como la nevera es bastante grande, me dejan un estante para mí. Es parte del acuerdo de independencia; también me dan una llave y uso el lavabo pequeño. A veces, para fastidiarlos un poco, les cambio las cosas de los estantes de la nevera: cosas de la vieja escuela alemana y un poco de humor blanco.

Leo me ha ido contando detalles con cuentagotas. Supongo que seguirá haciéndolo durante mucho tiempo y que el dibujo que hago de su vida se irá modificando, esbozo sobre esbozo, corrección sobre corrección. Pero ahora ya cuento con una de esas biografías involuntarias que vamos recordando de los demás. No hay un método, porque tampoco tengo un proyecto. Por ejemplo, una vez me llevó a la calle Bleibtreustrasse, que no está muy lejos de su casa, donde hay muchas *Stolpersteine*, las placas que imitan un adoquín y que recuerdan a las víctimas de los campos de concentración. Cuando llevábamos un rato paseando, me preguntó si sabía que él era judío. Le dije la verdad, que no, no me hago ese tipo de preguntas. Para él era importante decírmelo, y cuando llegamos a casa me enseñó unas fotos muy antiguas de sus bisabuelos, nacidos cerca de Jerusalén y emigrados a Estados Unidos. Creo que tenemos pendiente la conversación sobre por qué decidió irse a vivir a Alemania tan joven, pero está bien que lo prorratee, que no me lo cuente todo de golpe, porque la verdad es que, cada vez que abre una puerta, entra una ventolera que tarda meses en disiparse.

Un lunes, antes de abrir la ventana y de que notara el viento en la pantalla, me dijo que le enseñara a Juli, que tenía ganas de volver a verlo, y así lo hice. Se puso muy contento y se emocionó un poco, y yo le pregunté si estaba bien.

—Hoy no mucho, si te soy sincero; este fin de semana es el aniversario de la muerte de mi hermano y me duele pensar en ello. Es mi trauma particular.

—Nunca me habías dicho nada.

—Mi hermano... Lo quería muchísimo. Un hermano mayor, cuatro años mayor que yo, imagínate... Una especie de héroe personal que desapareció casi para siempre cuando él tenía diecinueve años y yo quince. Hay una foto que tengo grabada, siempre lo recuerdo allí. Somos pequeños, nos damos un abrazo y reímos, y al fondo hay muchas flores que teníamos en el jardín, un rosal que daba mil rosas. Voy a enseñártela.

—Esto es nuevo —le digo, y espero a que vuelva.

—Es que me cuesta hablar de ello. Si he dicho «trauma» es porque lo es —me dice cuando regresa, mientras coloca la foto delante de la webcam.

—¿Has ido a terapia? Si pregunto demasiado, dímelo.

—Sí, es algo que me ha hecho mucho daño, muchísimo. Ha habido épocas en que he ido más y otras en que no me ha hecho falta, pero cada vez que salían noticias o que algo se removía, pues...

—Ya.

—Es que éramos una familia realmente bonita. Mi padre, mi madre, mi hermano y yo... Había armonía, vivíamos bien, no nos faltaba de nada. En el colegio todo iba de maravilla hasta que llegó la adolescencia. Aquel chico que se llevaba bien con todo el mundo

empezó a distanciarse de la gente, como si le hubiera dado un ataque de timidez.

—Pero ¿tienes alguna idea de lo que le pudo pasar?

—Te diría que sí y que no, porque nunca lo he sabido con certeza. Si te dijera que sé lo que pasó te estaría mintiendo. El caso es que se encerró en sí mismo... Le he dado muchas vueltas y podría contarte las mil hipótesis que me han rondado por la cabeza durante todos estos años, pero no tengo ninguna certeza. ¿Qué le pasó? No lo sé, pero se fue de casa sin decir nada a nadie. Tampoco a mí.

—...

—Se marchó poco después de cumplir los dieciocho y, pum, ya está, no lo volvimos a ver. Imagínate el sufrimiento de mi madre y de mi padre, que se preguntaban cada día por qué. Si me pasara a mí, me lo preguntaría cada hora. Y siempre he usado la expresión «cada día» porque «cada hora» me parece una tortura, pero yo, a veces, he pensado en ello cada hora. Mi padre se volvía loco. Para él era muy duro porque veía que podíamos tener todos una hermosa vida juntos.

—Hasta ahora no me has dicho el nombre, solo «mi hermano».

—David... Se fue. Creo que le hizo más daño a mi padre que a mi madre. No sé por qué, es algo que siempre he pensado. Mi padre lo estuvo buscando, pero no lo encontró... Hasta que un día volvió a casa; llevaba más de un año y medio fuera. Fue un shock, porque no exagero si te digo que pensábamos que podía estar muerto. Y parecía otro, era mi hermano y no lo era. Cuando volvió a irse, sin decirnos adónde, ya no pensábamos que quisiera suicidarse: entendimos —si es que puede decirse así— que le pasaba algo y que no quería decírnoslo, quizá porque él mismo no lo entendía. Vete a saber. ¿Terapia? Mi madre hizo muchas horas. Mi padre también, de otra manera, porque tenía un buen amigo psicólogo. Todo esto

cuesta mucho, y no me refiero al dinero. Y a mí, de vez en cuando, me viene el bajón... Bueno, y es febrero en Berlín, que ya sabes lo duro y gris que puede llegar a ser, y a veces todo esto cuesta mucho.

—Ya me imagino.

—La tercera vez que vino a casa aceptó la tarjeta de crédito que mi padre le había preparado. La tenían siempre ahí por si venía solo unos minutos y se iba enseguida. Era como darle un seguro. Esto no te lo he contado, creo, mi padre era directivo de un banco.

—No, no me lo habías contado.

—No se lo he contado a casi nadie... Pues sí, en casa estábamos bien. Nunca faltó de nada. Los dos podríamos haber ido a Harvard sin problemas. —Me ha hablado mucho de Harvard; parece que no haya perdido las ganas de ser un universitario eterno—. Eran los sesenta en Estados Unidos, imagínatelo. Y eso que nosotros no éramos una familia del todo arquetípica, pero teníamos referentes y en casa siempre hubo libros y literatura, no sé cómo explicártelo: lo tienes todo en la cabeza, los sesenta en Nueva York, en Washington o en California. Y, de repente, mi hermano mayor desaparece. Y no sabemos nada de él, excepto cuando se le ocurre pasar sin avisar y sin dar explicaciones de nada. Un día mi padre le dio la tarjeta de crédito; creo que fue a mediados de los setenta. Yo ya estaba aquí, pero hablábamos muy a menudo. Le abrió una cuenta y se aseguraba de que nunca quedara en descubierto. Según me decía mi padre, casi no gastaba, o lo justo para poder ir tirando. Mi padre..., bueno, mi padre y mi madre, los dos, miraban el extracto de la tarjeta cada mes para ver dónde estaba, qué hacía. Había meses en que no gastaba nada, no sé cómo se las apañaba, quizá estaba en una comuna. No lo sé, no me hagas caso porque no lo sé; nadie puede saberlo y él nunca nos lo dijo. Pero durante mucho

tiempo, durante años, quizá dos o tres décadas, fue así como le seguimos la pista. «¡Mira, ha comido aquí!», y buscábamos un punto en el mapa del estado de Nueva York. «Ha estado en este supermercado», y después toda la interpretación: qué hacía en ese supermercado si es un barrio conflictivo y todo el mundo sabe lo que pasa allí; o «¿por qué ha ido a Búfalo, ahora?»; «nunca se compra ropa, debe de sacarla de la beneficencia, como la comida...».

—Al menos sabíais que estaba vivo.

Cuando yo iba al instituto, en Fraga, también desapareció un chico. De repente, no estaba en clase; creo que él ya terminaba y yo acababa de empezar. Su hermana, que también era mayor que yo, repitió curso y la pusieron en mi clase. Había mil chismes y bromas, pero a mí solo de pensarlo se me rompía algo por dentro. Que conste que me parecía algo factible, que la aventura podía valer la pena, pero cuando pensaba en el rastro de dolor que dejaba, me quedaba desolado.

—Exactamente. Era eso. Saber que más o menos iba tirando y, mientras tanto, esperar el retorno del hijo pródigo, el regreso definitivo, no aquellas visitas que hacía después porque sabía que se le caducaba la tarjeta. Mi padre le puso una caducidad anual solo para que tuviera que pasar a recogerla una vez al año. Cuando te he dicho que arrastro un trauma no exageraba. He pensado mucho en ellos dos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —He intentado hablar y no he podido. Se me ha hecho un nudo en la garganta.

—Hazla, ya veremos si puedo contestarla.

—Ya sé que Theresa es alemana, pero quizá os podríais haber quedado en Estados Unidos; al fin y al cabo, tú no hablabas alemán, lo aprendiste cuando llegaste aquí.

Conozco la historia. Se conocieron en Harvard un verano en que ella fue a hacer un curso de literatura inglesa; hicieron un pase de diapositivas durante una cena. Theresa hizo muchas fotos por encargo de su padre. Leo me enseñó las dos maletas llenas de diapositivas que tienen en casa, casi 9.000 imágenes que, por suerte, están muy bien catalogadas. Cuando nos conocimos en las sesiones de cine, él quería hacer una película que siguiera la vida de su suegro a través de las diapositivas, con grabaciones actuales y contrastes entre el pasado y el presente. Yo le ayudé con el guion, pero el proyecto lo supera y no avanza. Parece que quiera llenar un vacío con una historia que no es del todo la suya.

—No estoy preparado para responder, Francesc.

—De acuerdo.

—¿Sabes qué he pensado, durante mucho tiempo?

—¿Qué?

—¿Y si una de mis hijas hubiera hecho lo mismo que mi hermano? Me moriría.

—No, hombre...

—Sí. Yo no lo veía, a mi hermano. Tras su marcha, lo vi solo tres veces, porque después, claro, yo estaba aquí, y cuando iba allí nunca coincidimos. Y cada vez que volvía a Estados Unidos, veía cómo mi padre y mi madre se iban apagando. Yo les preguntaba si estaban bien y ellos siempre me respondían que sí, ¿qué iban a decir? Entonces me contaban los últimos movimientos que había hecho David, para aquí y para allá, un billete de tren de ida a no sé dónde de Colorado, dos noches de hotel y luego nada más en dos meses. Mi padre lo guardaba todo, tenía una carpeta con los extractos bancarios, hasta que llegó un momento en que, por ley, si la tarjeta estaba a nombre de mi hermano, mi padre no podía ver nada. La privacidad y todo eso. Aunque él pusiera el dinero, si la

tarjeta no estaba a su nombre era opaca. Podía saber si gastaba y cuándo, es decir, en qué meses, pero nada más... Sí, ya sé lo que piensas, que al menos sabíamos que estaba vivo. Pues sí, era eso.

—¿Nunca te escribió? ¿No llamó?

—Nunca. Sé que tenía mi dirección, o que la tuvo, porque se la dieron, pero estoy seguro de que la perdió. O quizá no, no lo puedo saber. De hecho, no lo sabré nunca porque murió. Hace quince años; mi padre aún vivía, mi madre ya no. Me llamó y me dijo que estaba en un hospital de cuidados paliativos en Chicago y yo fui a verlo. Era piel y huesos, solo piel y huesos, no podía reconocerlo, me costó mucho. Él a mí, nada, ni pensarlo, ya estaba sedado. Murió una semana después de ir a verlo. Mi padre murió un año más tarde. ¿Entiendes mi trauma?

—Sí, entiendo que te duela.

—Pues eso es lo que me ha quedado.

—Lo siento mucho, Leo.

—Me ha salido todo de golpe; te he visto con Juli y he pensado que no hay nada más bonito. ¿Cómo era aquello que dijiste? Amor...

—¿Amor?

—Aquel acróstico...

—Ah, *Amor Mundi Omnipotens Rex*.

—Mira, aquí está Theresa, que quiere saludarte.

—Hemos hecho cambios en casa, ¿no te lo ha dicho Leo?

—No, no me ha dicho nada, hemos hablado de...

—Pues en una de las habitaciones de las niñas hemos puesto una cama de matrimonio, para que así no tengáis excusa para venir a vernos.

Theresa es un encanto. Su aparición ha sido la campana que salva al boxeador maltrecho. Los dos son encantadores y les agradezco la invitación. La conversación deriva hacia otros lugares, ella ya no se

mueve del lado de Leo. Me enseña una aceitera con el aceite de Zaidín que les envié y me dice que viene de cantar en un coro, que están ensayando. Me gusta ver a los dos al otro lado de la pantalla.

—¿Está por aquí Juli? —me pregunta Theresa.

—No, ha salido un momento con su madre.

—No es por nada, eh, pero me hace más ilusión verlo a él que a ti. —Se echa a reír.

Los dos se ríen.

Marzo
El disfraz del Krampus

Ya es primavera, pero aún hay días que te transportan de golpe al crudo invierno, esos cambios que te dejan aturdido y te roban la poca energía que has acumulado durante la invernada. Aunque haya cambiado la luz, el viento te recuerda a cada momento que es el frío el que sigue mandando y que su ausencia te la tienes que tomar como una propina. Conduzco por las afueras de Trieben, un pueblo de poco más de tres mil habitantes situado cerca del parque natural de Gesäuse, a una hora y media de casa. Nos han invitado Franziska —Franzi— y Julian, que celebran con la familia el tercer cumpleaños de Adelheid, su hija. Franzi es de cerca de Graz y se ha quedado en la zona, pero el padre y la madre de Julian no se han movido de aquí y viven entre Trieben y una aldea llamada Sankt Lorenzen in Paltental, que algunos vecinos dicen que es el centro de Austria. Si no lo es, lo parece.

A Julian lo conocimos a través de una aplicación para encontrar parejas lingüísticas. Hablamos un rato en alemán y otro en castellano. De pequeño fue a una escuela donde lo aprendió como tercera lengua y no quiere perderlo. Julian nos ha dado todo tipo de indicaciones sobre los desvíos que debíamos tomar y, cuando llegamos a la casa, aparcamos junto a los coches de los otros invitados que ya han llegado. Han segado la hierba para que no se nos mojen los pies y han recogido el heno para que no lo

arrastremos dentro del coche; hospitalidad austríaca. Me han venido a la cabeza Hanserveit, Haslinger... Hanserveit no es tan montañoso, y un austríaco me diría que se parecen como un huevo a una castaña, pero a mí me es imposible no pensar en ello.

—Bienvenidos al corazón de Austria. ¿Ha ido bien el viaje?

Hemos llegado puntuales, solo pasan cinco minutos de las diez. Julian nos espera delante de la casa. Su marcado acento hace que tenga que aguzar más el oído.

—Bastante bien, y todo muy bonito, la verdad. Juli ha dormido casi todo el viaje.

Al lado de la casa hay una granja y un pajar que se abren hacia prados que terminan en bosques y montañas.

—¿Mejor que en Graz? —Está contento de que me guste.

—Un niño aquí... Qué maravilla, no me puedo creer que se acabe el mundo, oye... Estas vacas, aquellos caballos... Las montañas y los prados. Me lo puedo imaginar.

—¡Es el Tema, el Gran Tema!

Tanto Julian como Franzi trabajan en Graz, y una hora y media en coche es demasiado lejos. No es imposible, pero sería un precio demasiado alto. Y arriesgado, en invierno. La casa tiene un jardín con dos robles de los que cuelgan banderines y guirnaldas de colores. El paisaje es tan imponente que la decoración se convierte en algo puramente simbólico, como una señal a las montañas para que no nos respeten y podamos celebrar la fiesta de cumpleaños. Las pendientes ascienden hasta coronarse en cimas blancas; por momentos uno cree ver formas antropomórficas que transforman las sierras en gigantes dormidos o muertos, colosos que hibernan, formas casi eternas de lo viejas que son. Está previsto buen tiempo, pero ¿quién podría conocer los caprichos de toda esta naturaleza...?

La madre y el padre de Julian salen a saludarnos. Se han arreglado con una ropa que seguramente ya les habrá servido para arreglarse durante algunos años. La madre lleva un delantal y se seca las manos más veces de las necesarias para saludarnos. Todo el rato decimos que sí y sonreímos, y es que hablan tan deprisa que casi no los entendemos; Julian se lo recuerda y, entonces, durante unos segundos, nos miran a los ojos y nos hablan como si fuéramos niños, hasta que vuelven a olvidarse y perdemos el hilo otra vez.

—¿Qué tal por Viena? —pregunta el padre de Julian.

—No, no, ellos están en Graz. Bueno, él viene de cerca de Barcelona y ella es rusa, ya te lo he dicho, papá.

—Ah, sí... Ya que lo hacéis, lo hacéis a lo grande, ¿eh?... ¡Venga, pasad, pasad!

Nos invitan a entrar en la casa. Han acondicionado la entrada, que es amplia y que no es la primera vez que utilizan para celebraciones, viendo lo bien que la han dejado. Hay otros invitados, claro, amigos de Julian de cuando vivía aquí y algunas amigas de Franziska que van llegando y que traen bandejas cubiertas con papel de aluminio; nosotros hemos traído dos tortillas de patata, que por lo que hemos podido comprobar es una apuesta segura. Saludamos a todo el mundo e intentamos —es imposible— recordar nombres y coordenadas, como ellos hacen con nosotros. Suerte que tenemos a Juli, que actúa como un imán y sirve para iniciar todas las conversaciones. Adelheid lleva un vestidito tradicional austríaco que le ha cosido a mano su abuela, que parece tener manos y piernas para su nieta, para la comida y para todos los invitados; se la ve pletórica, contentísima.

En el salón se está a gusto. Hay una estufa que compensa la corriente que entra cada vez que se abre y se cierra la puerta, y hay leña en abundancia, así que no hay que preocuparse. Para los niños

pequeños han colocado unos colchones bajo el tubo largo e inclinado de la estufa. El lugar es amplio pero acogedor, con el suelo de piedra; las puertas de madera tienen muchos años y las ventanas son un poco más anchas que las originales, pero no desentonan con el resto. Han dispuesto las mesas en forma de U para que todo el mundo pueda moverse con facilidad. Hay todo tipo de platos salados y dulces, fruta, bebidas, vino y licores de la zona. Tenía miedo de quedar mal con las tortillas, pero lo cierto es que han volado y he visto a alguien buscando si había algún otro plato escondido. Cuando pasa esto, Dasha y yo siempre decimos *leider*, que significa «desgraciadamente». Lo hemos ido adoptando como una manera de anticiparnos a algo que no va bien. Si llegamos tarde a un sitio y vemos que ya está cerrando, *leider*; si nos llega una factura inesperada —el impuesto de la televisión, por ejemplo—, *leider*; y así sucesivamente.

—¿No queda más tortilla? ¡Estaba buenísima!

—*Leider*...

No sabría por dónde empezar a describir a los invitados. Son amigos y familia, quizá los más lejanos seamos nosotros tres, pero no podemos quejarnos porque tanto Franziska como Julian nos presentan a la gente y les piden que estén pendientes de nosotros. El calor no solo viene de la estufa, es real y sincero. Tenemos un lugar asignado en la mesa y la gente que hay a nuestro lado nos da conversación y se interesa por el trabajo de Dasha y, por supuesto, también por el mío; eso de ser escritor siempre llama la atención y exige muchas explicaciones. Tengo preparado un discurso con las palabras adecuadas para la ocasión, para cuando me toca hablar con gente y explicarme.

En las paredes de la sala hay muchas fotos colgadas. Algunas son actuales, de fiestas de la zona, pero la mayoría podrían formar parte

de algún museo etnológico, incluso por los marcos, algunos muy antiguos y labrados, que seguro que antes sirvieron para otras fotos o pinturas. Hay unas que me llaman mucho la atención: son de los Krampus, los demonios que salen a atemorizar a la gente, hombres disfrazados con pieles peludas y un casco —más que una máscara— con la cara de un demonio. Las facciones de los demonios de las fotos no son tan exageradas como las de los Krampus contemporáneos, que cualquiera diría que han salido de los libros de Tolkien, pero son igualmente aterradoras, siempre con ese sarcasmo de las muecas que no acaban de ocultar la maldad de aquel a quien supuestamente representan.

Hay dos fotos de una reunión de Krampus que dan más miedo que las demás. Sé que son solo disfraces, pero sus facciones y el diálogo que mantienen entre ellos a través de las posturas y de la composición de las fotos tienen algo verdaderamente demoníaco, como si la parte oculta poseyera tanta fuerza que convirtiera en real el teatro. Además, hay uno que mira a la cámara y, por tanto, a los ojos de quien observa la foto.

—Dan miedo, ¿eh? —me dice el padre de Julian, que también se llama Julian.

—Mucho. Las fotos son muy bonitas, eso sí. Supongo que dan miedo porque están bien hechas.

—Son de hace mucho tiempo, uno de los Krampus soy yo.

—Vaya.

—Ahora no te asustes, ¿eh?

—No, no.

Hace un año y medio, poco después de llegar a Graz, oí la palabra *Krampus* por primera vez en boca de las hijas de nuestros vecinos. Hablaban de ellos con verdadero convencimiento. Eso no tenía nada de especial: en todas partes los niños creen en las fábulas que sus

padres les cuentan con más o menos gracia, porque ellos ponen la inocencia que le falta a la historia. Pero estaban realmente preocupadas porque habían visto uno de lejos. He de decir que dan miedo, que si te encuentras con uno, por mucho que sepas que debajo hay un hombre, el susto es inevitable.

—Además, tenemos muy cerca la tumba de san Lorenzo, que siempre ayuda.

—No ayudó mucho, hace unos años —dice la madre de Julian, que ya me había dado cuenta de que estaba cerca y nos miraba de reojo mientras hablábamos.

—No ayudó mucho, no...

—No me atrevo a preguntar... —digo. No quiero meter la pata, no sé qué pasó.

—En 2012 hubo un desprendimiento, unas tormentas muy fuertes que acabaron mal; por suerte no murió nadie, pero fue un gran desastre.

Le ha cambiado la cara, y entre la gente y todos nosotros también ha habido un desprendimiento que por unos momentos nos aísla y nos deja solos con las fotos de los Krampus.

—No lo sabía, Julian no me ha dicho nada.

—Porque es algo que ocurrió hace años, y pasan tantas cosas en tantos lugares. Y, mira, si no murió nadie tal vez fue gracias a san Lorenzo —dice Julian, intentando limpiar los restos que ha dejado el recuerdo de la avalancha.

—Oh, ya vale. Además, hoy es día de celebración, dejad de mirar demonios y volvamos con los demás. Y me llamo Margarete, que veo que intenta recordar mi nombre y le han dicho tantos que ya no se acuerda.

Sonrío y vuelvo con Dasha y Juli, que, como siempre, mira las luces del techo de la sala. Son su debilidad: allá donde vamos, lo

primero son las luces. Aquí, además, hay farolillos de colores, y las guirnaldas que cuelgan entre ellos forman sombras y figuras que, con las corrientes de aire del abrir y cerrar de puertas, no dejan de moverse. Adelheid va de un lado a otro; las parejas y los familiares le dicen monerías y ella está encantada. La madre dice que está encantada *ahora*, pero que dentro de media hora se quedará dormida y entonces la subirán a la habitación y después ya volverá a bajar para estar con nosotros.

Julian está entusiasmado —entusiasmado a la manera austríaca, quiero decir: entusiasmo tranquilo—; se ha dado cuenta de que he ido a mirar las fotos y ha visto que he hablado con su padre y su madre. Estoy seguro de que se pregunta qué me han contado, qué me han dicho, y todas esas cosas que pensamos los hijos cuando nuestros padres hablan con nuestros amigos y no estamos allí para hacer de filtro. Pero está tranquilo y muy contento, es el primer cumpleaños de Adelheid y se le ve feliz. Entre los invitados hay una chica que hace fotos; lleva una cámara muy buena y tiene mano, pero se toma su tiempo. Parece que el resto de los invitados se hayan olvidado de ella, y además no he visto móviles sobre las mesas. Al llegar aquí también parece que hayamos cambiado un poco de tiempos. Me habría gustado hacer una foto de las fotos de los Krampus, pero no me he atrevido a pedir permiso.

Veo que hay que cambiar a Juli, pero como no queremos molestar pienso que es mejor ir al coche, donde lo tenemos todo preparado, y además solo es pis, por lo que no será mucho enredo. Le digo a Dasha que se quede, está hablando con una chica que estudió en la facultad donde ella da clases y que ahora es profesora cerca de Salzburgo. Todo el mundo habla con todo el mundo y a mí me apetece salir un rato, porque fuera hace fresco y me llega el olor a bosque y a vacas. Las montañas, de las que me había olvidado

durante un rato, resultan todavía más imponentes cuando miro a Juli medio desnudito en los asientos. El silencio también se vuelve más denso, y da un poco de respeto mirar hacia los lados, porque imagino los desprendimientos de las laderas y me digo que debe de ser espantoso. Viniendo nos hemos equivocado de camino, no demasiado, pero lo suficiente para encontrarnos con una pendiente y advertencias de aludes, y no hace ninguna gracia.

No puedo evitar buscar la noticia mientras paseo por el jardín. La lluvia hizo que el río se desbordase y un desprendimiento de tierra se llevó algunas casas; más de setenta quedaron afectadas. Las imágenes son terribles, por supuesto, como las de cualquier riada. A veces sí que se puede acabar el mundo, también aquí. Acudió el ejército, los trabajos se prolongaron durante días... Pasa cada día en todas partes, pero quien lo sufre lo recuerda. Yo lo he vivido en Zaidín y lo revivimos cada año a lo largo de la costa mediterránea, y la costumbre no hace que deje de ser terrible.

Cuando volvemos, abro la puerta con cuidado, pues oigo que una chica está cantando una canción de cuna. No la entiendo demasiado, solo cazo algunas palabras al vuelo porque el poema parece antiguo y el acento la vuelve misteriosa; dice algo de una araña que teje una cama para un bebé, pero no sigo el hilo. Adelheid duerme en brazos de su madre y no se despierta ni cuando la canción termina; todos fingen que aplauden pero sin hacer ruido. Debe de ser también la calidez del ambiente, porque Juli ha bostezado por segunda vez y se ha frotado los ojos.

Franzi ya ha preparado una habitación para que podamos acompañarlo un ratito, me dice Dasha. Yo creo que se dormiría en el salón, con el rumor de fondo de las conversaciones, pero como tarde o temprano alguien hará un ruido fuerte es mejor que vayamos a la habitación, insiste Julian. Hemos traído la cámara de vigilancia y la

pantalla para poder verlo a distancia, así que no será un problema. Julian nos acompaña por una escalera de madera que da dos giros complicados para no tocar la estructura de la casa. Esto era la parte superior de un viejo pajar, nos dice. Las puertas las compraron en un mercado, no son de aquí, nos cuenta. Veo que tienen flores y soles tallados, aliagas y otros elementos protectores.

—Es una habitación de invitados, aquí estaréis bien —dice Julian mientras intento que la cámara enfoque la cama y Dasha empieza a mecer a Juli.

Bajamos procurando no hacer mucho ruido y volvemos a la sala.

—Se está bien aquí, eh.

—Yo estoy muy bien, al fin y al cabo es mi casa, ¿no?

—Sí, a mí me pasa lo mismo en Zaidín, no te lo puedo negar. Pero, ya ves, nos ha tocado recorrer mundo.

—Nadie sabe lo que le tocará. Disfrutemos del momento. ¡*Carpe diem*!

A la chica que cantaba se le han añadido dos chicas más; veo que esperan para tocar la guitarra a que los niños vuelvan a estar despiertos. Huele a carne a la brasa. Pensaba que ya habíamos terminado de comer, pero no, hay salchichas, lo que me hace pensar que no he entendido cómo funciona el tempo de las comidas, pero qué más da. Unos amigos de Julian se interesan por Barcelona, quieren ir y empiezan a hacerme las preguntas habituales: de dónde soy, de dónde venimos, qué hacemos en Austria..., mientras yo saco el *pack* de presentación y las fotos habituales que sirven para pasar un rato agradable y darnos a conocer. Es la ventaja de tenerlo todo en la nube: les enseño el lagar de Zaidín, la bodega, los muebles que pude conservar y las puertas, la arquitectura de la casa y los campos de melocotoneros y olivos de mi padre y de mi hermano. Son mis bazas ganadoras y creo que en parte Julian me ha invitado

por eso, porque hay una cierta gramática común a la hora de pensar el pasado y el presente, los campos y la naturaleza, tan diferentes y tan parecidos en Paltental y en Zaidín.

En una de las pausas, y con la pantalla en la mano para no perder de vista a Juli, no puedo evitar volver a mirar las fotos de la sala. Algunas llevan una breve descripción. Hay fotos de la boda de Margarete y Julian, de los primeros coches que pasaban por la carretera que hoy es la autopista, e imágenes de fiestas y excursiones. Y las dos fotos de los Krampus, claro.

Cuando me detengo ante ellos, Margarete vuelve a acercarse.

—Son como un imán, ¿verdad?

—Dan escalofríos estas fotos.

—A usted todo esto le gusta, ¿eh?

—¿Los demonios, el infierno?

—Lo sobrenatural.

—Un poco, desde que viví en Berlín; algo cambió allí.

—Porque tenía que cambiar, ¿verdad?

—Supongo que sí, pero para mí todo es aún muy misterioso. También he de decirle que, a la vez, todo me resulta muy familiar.

—Claro que le es familiar. Piensa en ello cada día.

—Voy mucho a la catedral con Juli, sí. Salgo de casa y a los cinco minutos ya duerme, y después, mientras está dormido, paseamos por las naves.

—Y miran santos.

—Sí, y aquí demonios.

—Se necesitan los unos a los otros.

—...

—Tanto si les gusta como si no. Está la paz y está la guerra. Está la calma y están los desprendimientos. Julian no le ha dicho nada, ¿verdad?

—No, ¿sobre qué? Y si puedo pedirle algo, no me hable tan deprisa, que me pierdo —le digo con una sonrisa cómplice.

—De acuerdo... Ahora ya habla de ello, pero quizá a usted aún no le ha dicho nada. Yo vi la avalancha. Quiero decir que la soñé, se lo dije a mi marido. Trece días antes de que pasara. Usted lo entiende, ¿verdad? Si le hablo así es porque sé que usted lo entiende.

—Sí, hace tiempo también le habría dicho lo mismo, que la entendía, y no me habría reído, porque nunca me río de estas cosas. Pero desde hace unos años no es solo que la entienda, hay algo más.

—Porque usted también lo ha visto. No la avalancha, claro, pero ha visto algo, se lo noto.

—Con Juli vi dos cosas, sí.

—¡Lo sabía! Es que lo sabía... ¿Qué vio?

—Lo primero es que, a las dos semanas, supe que sería un niño. Y también supe que sería prematuro, que llegaría antes de tiempo; eso lo acerté casi con una precisión matemática. A la gente le costaría creerlo, igual que les costaría creer que usted vio la avalancha.

—No todo se puede creer del mismo modo y no todas las preguntas tienen el mismo tipo de respuestas.

Empiezan a mirarnos; a algunos debe de extrañarles que hablemos tanto, porque la mayoría saben que es la primera vez que venimos aquí y que acabamos de conocernos.

—Sí, eso ya lo he aceptado.

—¿Cuándo vio que llegaría antes de tiempo?

—Yo diría que a partir del segundo o tercer mes. Tenía esa sensación todo el rato. Fíjese que trabajaba tanto como podía en el libro anterior porque sabía que, si me demoraba, no llegaría a

tiempo de terminarlo. Y fue todo justísimo. Envié el documento con las correcciones y al día siguiente empezaron las contracciones.

—¿Cuántas semanas antes llegó?

—Cuatro. Pero le he de decir que estaba totalmente tranquilo. También tenía la intuición de que el parto iría bien, aunque quizá habría alguna complicación; al final tuvieron que practicar una cesárea. Estuve muy atento, muy consciente de todo, pero no lo pasé mal. Y ¿sabe qué? Ahora se reirá.

—Nunca me río de estas cosas.

—La noche de luna llena de junio subí al castillo de Graz, en lo alto de la colina del centro de la ciudad.

—Lo conozco.

—Fui de noche, no sé por qué, ya me dirá usted, y me quedé allí arriba casi tres horas. A partir de las once de la noche ya no quedaba casi nadie. Y allí estábamos, la luna y yo, todo lleno de esa luz blanquecina, con un montón de luciérnagas por todas partes, y yo que no podía bajar, que quería seguir mirando la luna. Pues bien, Juli nació en la siguiente luna. Tenía que nacer el 18 de agosto, pero se adelantó una luna, las cuatro semanas o el mes que yo le había dicho a mi mujer. ¿Lo vi? No lo sé. Lo sentí, sí..., pero es algo que cuesta mucho explicar sin que la gente se ría de ti. Y tampoco voy contándolo, claro, pensarían que me he vuelto loco.

—Es bonito, ¿no?

—Lo recordaré toda la vida. Podría ponerle mucha imaginación, pero fue así, pasó de ese modo. No le mentiría. Y tampoco creo que usted me haya dicho ninguna mentira, con lo del sueño de la avalancha.

—En mi caso fue la confirmación de que podía ver cosas. Ya me lo habían dicho, porque de pequeña... Bueno, es una larga historia, quizá usted, que es escritor, podría contarla algún día. En cuanto

Julian me dijo que venían, supe que me gustaría hablar con usted. Ha visto más cosas, ¿verdad?

—Algunas. Lo que he visto es gente que era capaz de encontrar agua como si ellos mismos hubieran puesto esos ríos subterráneos ahí. Me impresionó tanto que escribí un libro sobre ello. También otras cosas, pero ni siquiera me atrevo a contarlas.

—De hecho, cuando ha bajado del coche me he alegrado mucho. Se lo he dicho a Julian padre.

—Gracias. Para serle sincero, desde que he llegado no dejo de mirar las montañas, pero también puede ser porque estoy un poco sugestionado. Y además yo también vengo de un entorno rural; al final estamos muy lejos y no tienen nada que ver, pero siempre hay hilos que tiran, ¿verdad?

—Ya lo creo. No haga ninguna foto de las fotos de los Krampus. Ya las recordará, ya lo verá —me dice un poco deprisa, al ver que se acerca su marido.

—Recordaré tantas cosas...

—Vuelva otro día sin tanta gente, que hablaremos, usted y yo. Quiero enseñarle el lugar donde empezó la avalancha.

—De acuerdo.

—Ya estamos otra vez —sonríe Julian.

—Tú vigila que no falte leña, que he tenido un escalofrío.

—No me extraña, con todo lo que os habréis dicho —dice como si pudiera imaginar la conversación, y acto seguido va a asegurarse de que la estufa tiene leña suficiente.

La fiesta continúa a un ritmo más lento, como si estuviera haciendo la digestión. Dasha me mira desde el otro lado de la sala y levanta las cejas; sé que pregunta por Juli, que duerme en la pantalla. El murmullo de las conversaciones y las risas se mezcla con el ruido del viento, que empieza a soplar con fuerza. Parece que

quiere llover; a lo lejos, las vacas se juntan para ir al establo y las montañas van desapareciendo bajo la grisalla de las nubes.

Abril
A punto de volar

Cuando ya casi me había olvidado, llegó una carta del hospital, de un grupo de investigación en el que participaba una de las comadronas que conocimos durante el curso de preparación al parto. Me había pedido una entrevista para un proyecto sobre —más o menos— diversidad y paternidad (también se lo pidieron a Florian, pero eso de la diversidad no va con él y ni siquiera Krystyna pudo convencerlo), pero desde julio habían pasado tantas cosas que tuve que preguntarme por qué demonios recibía yo aquella carta. No podía negarme; aparte de que recordaba vagamente que les había dicho que sí, era lo mínimo que podía hacer por ellos.

Rellené la encuesta que me enviaban lo mejor que supe y les respondí que, dentro de los límites de mi disponibilidad horaria, estaba a su disposición. Y aprovecharon la invitación, porque al poco tiempo me preguntaron si podría desarrollar un poco más el contenido de una de las respuestas. En concreto, me preguntaban si, durante todo el tiempo en que no había sido padre, alguien había cuestionado mi decisión de no tener hijos. Les expliqué un par de casos puntuales relacionados con el trabajo y, aprovechando de nuevo mi buena predisposición, me rogaron, si no me era mucha molestia, una ampliación del relato. Les escribí dos páginas, pero claro, cuanto más texto, más preguntas, y así fue como acabamos haciendo una entrevista que después tuve que revisar y que no se

acababa nunca. Quizá no debería explicarse nunca nada, pero ¿qué haríamos entonces?

Así pues, un día volví al hospital, confieso que con más tiempo del que hacía falta. Quería pasearme un rato, ir hasta la entrada de neonatología, volver a subir y bajar en el ascensor del aparcamiento y hacer los recorridos que habíamos hecho durante los meses previos a la llegada de Juli. Por suerte, a las cuatro en punto recibí un mensaje con la ubicación de la sala porque, como siempre, había vuelto a perderme. En la sala estaban la comadrona, una psicóloga, dos investigadoras y cinco sillas formando un círculo, en cuyo centro había una sexta silla con un móvil y un micrófono para grabar la conversación. La comadrona me preguntó si podía ver fotos de Juli y, después de dos minutos de oy, oy, oy, me invitaron a sentarme, me colocaron el micrófono y empezamos.

Las preguntas eran claras: ¿había decidido alguna vez no tener hijos y había explicitado esa decisión? ¿Alguien había cuestionado esa decisión? ¿Cómo me había afectado? ¿Había recibido críticas? Bueno, yo nunca había tomado conscientemente la decisión de no ser padre, nunca había dicho a nadie que no quisiera serlo. Tal como había transcurrido mi vida, no se habían dado las condiciones; en algún momento, por lo que fuera, no lo había visto nada claro, pero es verdad que había gente que había llegado a la conclusión de que yo no quería tenerlos. Nada extraordinario, siempre habrá gente que sacará conclusiones sobre la vida de los demás.

La única vez que tuve un encontronazo por este asunto fue hace casi diez años, una tarde de septiembre en el aeropuerto de Barcelona. Habíamos coincidido varias veces —da igual quién era, da igual quién es—, pero nunca habíamos hablado, quizá porque no teníamos nada que decirnos o quizá porque el silencio me prevenía de la conversación. ¿Cuántas veces, sin saberlo, nos habrá salvado

la distancia...? Al mismo tiempo, resultaba violento no decir nada, porque los dos éramos conscientes de la existencia del otro, tenemos amigos comunes y en ese momento solo nos separaba una persona en la cola del avión. Habíamos compartido páginas de periódico, como autores promocionados y como articulistas, y ni Barcelona ni el mundo literario son tan grandes como para evitar eternamente los encuentros. Supongo que la proximidad obligada hizo que fuera más extraño callar que hablar. Además, íbamos al mismo festival literario —tampoco importa dónde— y pasaríamos algunos días más o menos juntos, con la distancia variable que proporciona este tipo de eventos.

Lo he pensado mucho antes de escribir este capítulo, le he dado muchas vueltas a su reacción. Es posible que algún día lea esto, que alguien se lo comente a alguien y le llegue... Quién sabe, quizá estaba nervioso, quizá le daba miedo volar, quizá se había tomado algo, quizá se había peleado con su mujer o quizá todo junto, no lo sé. Quizá me tocó a mí recibir porque pasaba por allí, o quizá todo estaba más planificado de lo que parecía y llevaba tiempo esperándome.

Lo saludé y le pregunté por su mujer, a quien conozco desde hace tiempo. Me dijo que todos estaban bien, pero reaccionó como si le hubiera pisado un juanete, y como vi que lo incomodaba, pensé que no era el mejor momento y no insistí. Miraba el móvil cada diez segundos, con la impaciencia de quien espera quién sabe qué o como excusa para no tener que hablar conmigo. Al final, me preguntó ciertos detalles sobre la agenda del festival, pero de forma un poco desagradable, como si yo estuviera obligado a darle la información. El caso es que no me lo había mirado mucho: recordaba las dos charlas en las que yo tenía que participar, una entrevista y una mesa redonda, pero no tenía en mente el horario de

las actividades comunes. Por otra parte, era tan fácil como consultarlo por Internet, pero en esa zona del aeropuerto no había buena cobertura. Además, como estábamos parados en una escalera de caracol y nos esperaba el autobús, no era fácil concentrarse. Intenté buscarlo, pero no lo encontré.

—Claro, como tú solo te tienes que ocupar de ti... —me dijo, sin que yo pudiera saber a qué venía aquella salida.

—Sí, viniendo hacia aquí ya he pensado que tendría que prepararte yo la agenda.

Ya he dicho que no suelo reaccionar rápido y que no me siento cómodo en el combate dialéctico, pero podría habérmelas arreglado peor. No era una respuesta ingeniosa ni la mejor que podría haber encontrado, pero era la que tenía a mano y fue lo bastante sólida como para que se sintiera herido.

—Claro, los que no tenéis hijos no sabéis lo que es tener que organizar las agendas de todo el mundo. Vivís de puta madre. Ninguna preocupación, ningún sufrimiento, ninguna tensión... Yo así también escribiría.

—¿Ah, sí? —Yo solo intentaba controlar el fuego. Lo dejé hablar, a ver si así recapacitaba.

—No tenéis ni puñetera idea de nada. Ya me gustaría ver cómo escribirías si tuvieras que levantarte de madrugada o tuvieras que perder un montón de horas cada día acompañándolos a todas partes. No hay tiempo, y cuando llegas a casa estás estresado y no puedes hacer nada.

Lo dejé ahí; podría haber jugado más cartas, pues no es que no hubiera partida, pero lo cierto es que no sabía a qué estábamos jugando. Hacía calor y aún teníamos que hacer el trayecto del *finger*. ¿Me arrepentí de haber empezado la conversación? Sí y no. Por un lado, me quedó muy mal sabor de boca, pero por otro, a veces es

mejor saber qué piensan de ti que ignorarlo, sobre todo si eso puede servir para evitar males mayores. Durante la estancia en el festival apenas coincidimos y me alegré de ello. No nos hemos vuelto a ver desde entonces.

Querría dejar de lado la mala educación, pero tampoco quiero despacharla tan deprisa, porque el caso es que no sé de dónde podía salir aquella animadversión. No es ya que nunca haya escrito nada sobre él, es que ni siquiera he leído sus libros. Y estoy seguro de que él tampoco ha leído los míos, y no me importa en absoluto. Incluso con el posible atenuante de que se hubiera tomado algo... Da igual, lo importante es el movimiento hacia delante y hacia atrás dentro de la pregunta que me hacían las matronas en la encuesta: el juicio sobre la vida de los demás, el hecho de que él no supiera nada de mi vida, más allá de lo que pudiera haber imaginado, intuido o fisgoneado. En primer lugar, me pareció ridículo de tan inmaduro. Hoy, teniendo a Juli, aún me lo parece más.

Estaba enfadado porque yo tenía tiempo y no tenía criaturas, sin preguntarse ni por un momento si eso era lo que yo había querido. ¿Podría estar seguro de que yo no tenía hijos? ¿Quién puede saber algo así? Podía haberlos tenido y que él no lo supiera, ¿qué le importaba mi vida? Podría haber pasado por un divorcio y haber perdido la custodia, lo que haría que ese tema fuese doloroso para mí. Podría haber tenido problemas para tenerlos: esterilidad, impotencia, alguna enfermedad no relacionada directamente con la reproducción pero que me hubiera hecho pasar una mala época. O podría ser mi mujer la que no quería o no podía tenerlos. Podría haber tenido hijos y haber sufrido una tragedia que aún cargaba en mi interior. Podría no haber encontrado a la persona adecuada, o podría no ser nada de todo esto, alguna otra cosa que se me escapa y que yo viviera como una carencia dolorosa. Pero no, todo quedó

reducido a ese momento, al tiempo de viajar a un festival que ya no existe y en el cual nuestra presencia no ha dejado rastro alguno. Quiero pensar que se había tomado algo, que no atravesaba un buen momento, que le daba pánico volar..., pero serían excusas parciales, porque lo cierto es que había ahí una rabia contenida con unas razones claras, explícitas y detalladas.

Mientras lo contaba, recordé otro caso similar: otro escritor que me había reprochado no tener una familia a mi cargo. Había sido en otras circunstancias, pero al final todo iba a parar al mismo sitio. Llegué a pensar, sin dedicarle mucho tiempo ni energía, que quizá lo habían comentado entre ellos, porque las conclusiones eran las mismas. Este segundo escritor me reprochaba la libertad de la que disponía, e incluso enumeró las invitaciones a países lejanos que yo había podido aceptar. Podría decirse que eran del mismo perfil: dos hombres, más o menos de la misma edad, un poco más jóvenes que yo. Como la crítica iba en la misma dirección, quizá era una discusión recurrente entre ellos, no lo sé, no tengo ni idea ni me importa. Todos sabemos que la hierba siempre es más verde al otro lado de la valla, pero ¿hasta el punto de meter a los hijos por medio? Además, debía escocerles, para llegar a hurgar en algo tan extremadamente sensible como la descendencia. Intentaban criticarme haciendo palanca con sus propios hijos. Con el agravante de que ellos debían de haber pensado mucho en ello, mientras que yo, si no hubiera sido por la encuesta, no habría vuelto a pensar en el tema; de hecho, si no fuera por los diarios que llevo, me habría costado recordarlo con exactitud.

—¿Qué ha aprendido de todo esto, al hacer este cuestionario? — Esto me lo preguntó una de las dos psicólogas del grupo de investigación.

—Lo primero, que me alegro de llevar diarios, porque, de lo contrario, tres cuartas partes de las cosas que he vivido se me escaparían. Lo segundo, que no se puede tener todo. Esto no lo he aprendido ahora, claro, pero viene a cuento. Una de las cosas que se aprenden al hacerte mayor es que no se puede tener todo. Familia, tiempo, dinero, felicidad, éxito, salud, estabilidad emocional... Por cada alguien que lo tiene, hay muchos *álguienes* que ni llegan a olerlo. El cuadro completo es demasiado bonito; a veces sucede, y a veces no.

Mientras lo escribo, recuerdo que dentro de poco tengo dos citas, dos festivales de literatura que he aceptado a regañadientes y casi únicamente porque Dasha y Juli podrán acompañarme. Si tuviera que ir solo, me daría una pereza terrible.

Las chicas del grupo de investigación se reían. Bueno, se reían, supongo, porque me lo había preparado en alemán y creo que les divertía mi teatralidad, los gestos de las manos al explicarme, el acento y lo insólito de la situación. La encuesta era anónima, pero estoy seguro de que los detalles quedaron bien registrados y de que se acordarán de ellos. Entre otras cosas porque todo resultaba un poco humillante: hombres hechos y derechos escrutando el tiempo de otro y usando a sus hijos para justificar quién sabe qué. Es probable que el primero no se acuerde, han pasado más de diez años. El segundo sí, porque es recurrente con el tema, pero imagino que ahora, al saber que tengo un hijo, buscará algún otro argumento. Bueno, quizá también contará la cantidad y dirá que él tiene más, no lo sé; el fango tiene profundidades insospechadas.

Las comadronas estaban interesadas en saber si esas críticas me habían afectado psicológicamente. Me reí. ¿Afectado? Ni lo más mínimo. Además —aunque esté mal decirlo—, estoy contento de no haber entrado al trapo, de no haber degradado el tiempo con

miserias de ese tipo. No, no me ha afectado. Nadie lo sabe, pero yo tenía veintidós años cuando empecé a dedicarme a este mundo. Entonces no se trataba de la literatura, sino del arte, la fotografía, la pintura, las exposiciones, las becas, las bolsas de viaje... Si esas comparaciones me hubieran hecho daño, ya me habrían dejado herido entonces.

La pregunta inversa no aparecía en la encuesta inicial, pero me la hicieron: ¿había cuestionado yo la falta de paternidad de alguien, aparte de la mía, en la medida en que pensaba en ello? No, la verdad, ni siquiera se me había ocurrido. Tampoco ahora que tengo a Juli, por comparación con alguien que no haya tenido hijos. Lo último que se me ocurriría es decirle a alguien que tiene que tener hijos. Mientras lo escribo voy negando con la cabeza.

Antes de cerrar la sesión llegó la pregunta habitual: si quería añadir o comentar algo que creyera importante. Sé que en estos casos la valoración de la importancia tiene muchos niveles: cómo de importante es para mí, la importancia relativa respecto a todo lo que se ha dicho, o si ese «importante» esconde más cosas que estaría bien averiguar. Lo único que se me ocurrió decir es que estaba escribiendo este libro y que quizá incluiría todo lo referente a la encuesta.

Mayo
En el parque

Cuando llega la tarde, las explanadas del Stadtpark se llenan de jóvenes. Los grupos se distribuyen con el mismo sentido del orden que establecieron los diseñadores del parque hace más de siglo y medio; parece que se impregnen del espíritu civilizador del que se sirvieron arquitectos y urbanistas para hacer más amable la cara norte de la ciudad, más allá de unas murallas que empezaban a perder sentido. Ahora que ya hace buen tiempo, cada tarde es una fiesta, pero una fiesta ordenada y sentida: al día siguiente también hay que estar ahí y por eso la gente respeta el lugar y el tiempo, que querrían que durara para siempre. Las plantas, los árboles y la fauna con los que acaban conviviendo amablemente no se resienten. Las ardillas, los patos y los pájaros buscan migas en los rincones cuando todos se han ido, y el ciclo se repite día tras día.

Los castaños del centro de la explanada proporcionan espacios tan frescos que por momentos parece que quieran llevarle la contraria a la primavera. En la superficie de los jardines, las sombras de las copas giran como cuerpos celestes en recuerdo de Johannes Kepler, que tiene una estatua en medio del parque. Junto a una elipse que ilustra su teoría y bajo un ginkgo que cada otoño parece querer llevarse el dorado del sol, hay un busto del astrónomo que vivió, investigó y escribió en la ciudad, tal como se describe en el texto de abajo. En primavera, los árboles empiezan a estallar en fuegos

artificiales blancos y amarillos que en otoño se transforman en chispas marrones y rojas. Incluso la descripción se contagia y se vuelve impresionista sin que uno pueda hacer nada por evitarlo. Así transcurre la tarde, así pasan los días en el Stadtpark.

En invierno hay mucha menos gente, pero como los árboles han perdido las hojas, siempre hay quien se aprovecha de que los bancos y los márgenes orientados al sur hayan quedado expuestos al sol del mediodía. Las parejas y los abuelos permanecen allí como macetas en los alféizares de las ventanas, mientras los niños, con monos de esquí, corren y saltan por la nieve.

Los parques cerca de casa son nuestro jardín; venimos tan a menudo que ya hablamos con algunos habituales: ancianos que salen a caminar siempre a las mismas horas, madres con el niño en el cochecito y los auriculares en las orejas, los de los perros, los atletas, el grupo que hace taichí, el que hace yoga, la señora que vive en el parque esquivando a la policía, o los punks del centro, junto al quiosco. El quiosco es un lugar especial, una zona peligrosa, dicen algunos. Ya ves, nunca hemos tenido ningún problema y lo único peligroso de sus perros son las pulgas. Nos saludan como a habituales y agradecen que no cambiemos de itinerario para evitarlos. A veces, con el grupo, vemos a Jonas, un vecino que pasea a su perro y se sienta a beber cerveza con ellos.

Hablar de ellos como grupo es injusto: no son «ellos», es cada uno de ellos. En alguna ocasión, por la mañana, nos hemos encontrado con alguno que va un poco pasado de rosca y que lleva la música muy alta hasta que pasa la policía, pero nada más. No quieren problemas, lo que quieren, en el fondo, es que los respeten y los quieran, que son formas diferentes de un mismo verbo. Incluso allí hay cierto orden, como si su presencia evitara que todo fuera demasiado bonito. Un día que se rompió una botella, los vi recoger

los pedacitos, y luego uno fue a pedir una escoba a uno de los bares que hay dentro del perímetro del parque.

Hoy nos hemos puesto a la sombra de uno de los plátanos más grandes. Cuando llegamos, busco dos o tres lugares más o menos tranquilos; siempre hay alguien más con niños y eso hace que los grupos de jóvenes se aparten un poco. Tras colocar el cochecito donde no moleste, extiendo la manta de camping, siento a Juli en el centro y saco juguetes y libros para él. Hay dos parejas cerca, con niños pequeños que se observan unos a otros con curiosidad.

Juli ha reconocido a Jonas y a Coco, su perro, que han pasado cerca. Jonas ha sonreído al vernos y nos ha saludado. Juli suele estar de buen humor, pero cuando llega gente siempre adopta una expresión distante y seria. Le cuesta coger confianza. Como contrapartida, no es asustadizo y casi nunca llora. Y además, Jonas tiene un perro. Ahora busca las florecillas que hay junto a la manta, se arrastra hacia el borde y estira los brazos. Las flores aún le interesan porque destacan sobre la hierba, lo mismo que le pasa con las ramas de los árboles, tan largas que llegan a ras de suelo. Esta etapa, que ha durado bastante, ya empieza a dejar paso a la siguiente, la de las cosas que se mueven deprisa: pájaros, patos, ardillas y, sobre todo, gatos y perros, especialmente los perros, porque la gente no pasea gatos.

Por eso venimos tanto al parque, también, porque es uno de los lugares donde la gente los suele traer a pasear. Uno de sus preferidos es Coco, y Jonas lo sabe y viene a vernos a menudo. Lo conocemos porque no vive lejos de casa y hace muchos kilómetros cada día porque tiene diabetes. Un día vi unas cajas metálicas encima de un contenedor, cajas de galletas, y cuando fui a cogerlas él salió de detrás de unos arbustos con Coco y me dijo que eran suyas. Supongo que por la cara que puse se dio cuenta de que no

intentaba quitárselas, que realmente pensaba que alguien las había dejado allí. Me disculpé y entonces él me las ofreció, me dijo que me las podía quedar. Le dije que no, que eran suyas y que podría sacar algo por ellas. Entonces me miró raro: yo había pensado que buscaba cosas para venderlas, y por lo visto no, era solo un *hobby*; le gusta rebuscar en los contenedores de papel y plástico. Llevaba un poco de maquillaje, como si se hubiera pintado ligeramente la raya de los ojos y las uñas de colores. Después me explicó que estaba jubilado, que había conducido un camión durante muchos años. Dice que era un camionero atípico. Enseguida hubo buena sintonía porque, como era de esperar, una parte de la geografía de sus trayectos la compartíamos. Iba a Huelva, Almería y Valencia, también había cargado en Lérida y en Barcelona y había dormido en mil sitios de Zaragoza, Tarragona o Gerona. Y la mayor parte de las veces cargaba fruta, claro, ¿qué iba a cargar si no? Vamos, como si fuera de casa.

Junto a nosotros hay un grupo que se ha sentado en un círculo casi perfecto. Son estudiantes de un máster, por lo que he entendido, algo de psicología. Se están haciendo preguntas unos a otros y toman notas sobre cómo podrían ser las respuestas, hacia dónde podrían derivar. Están describiendo situaciones en las que el estrés juega un papel determinante y se preguntan cómo podrían aliviar el desgaste que eso provoca. Hay una chica que parece ejercer de moderadora y un chico que la mira embobado. Ellos quieren aprender y yo observo; es la ventaja de hacerse mayor, de no tener que quedarse así de embobado. Yo tengo a Juli, y él todavía mira a los otros niños. Por lo que he podido entender, hablan de situaciones que actúan como una trampa, situaciones de las que no solo no puedes escapar, sino que, a medida que avanzas, las opciones —aunque posibles— se vuelven cada vez más difíciles. Han

puesto el ejemplo de un aeropuerto, de alguien que, desde que llega allí, sin que sea para nada su culpa, va encadenando situaciones que lo colocan bajo más y más estrés. A medida que avanza la conversación, el personaje imaginario sufre cada vez más. Cada uno de los miembros del corro se pone en la nueva situación y describe qué siente, si ha estado alguna vez en la comisaría del aeropuerto o en la oficina de equipajes perdidos. Hay uno que dice que leyó un estudio que concluía que los aeropuertos son la peor pesadilla de los padres, que es el lugar donde un niño puede desaparecer más fácilmente sin dejar rastro. Finjo no haberlo oído, pero ha sido como si cayera un rayo: sí, es exacto, sería la peor pesadilla. Mientras tanto, Coco, que busca el camino más corto entre Jonas y Juli, no tiene miramientos y pasa por en medio de la manta.

—Perdonad —dice Jonas—, lo siento muchísimo.

—Es que... —se quejan algunos.

—Mirad, hay algo muy positivo. Coco está adiestrado para morder a los feos y sentirse atraído por los guapos. Como no ha mordido a nadie y como ha querido estar con vosotros, deberíais sentiros halagados —dice Jonas con un toque de teatralidad que termina con una reverencia.

Aquí todos parecen tener respuestas preparadas menos yo. Hoy se ha puesto dos horquillas en el pelo, encima de las orejas, sigue llevando las uñas pintadas y creo que también lleva un poco de maquillaje. Vuelve a disculparse, le sostiene la cara a Coco y hace que los mire y les pida también disculpas. Todos las aceptan, y más aún cuando observan cómo Juli se vuelve loco al ver al perro tan cerca.

Jonas tiene un hijo, Gert, que está en Innsbruck. Innsbruck tiene fama de ser la ciudad de los deportistas. Julian me dijo una vez que allí la gente basaba su identidad en el deporte que practicaba y en la

seriedad con la que se lo tomaba, y que todo el mundo estaba muy en forma y se pasaba el día hablando de gimnasios y bicicletas. Cuando fui allí fue lo primero que intenté comprobar, y no sé si fue porque iba ya predispuesto, pero me pareció que tenía razón, que en muchos de ellos podías ver a un atleta bajo la ropa. Cuando Jonas me enseñó las fotos de su hijo volví a pensar en ello. Vi en él una mezcla de atleta y soldado, incluso en alguna foto alguien podría pensar que se trataba de un actor de películas de acción. Gert estudió Ciencias del Deporte, entrena a esquiadores durante los meses de invierno y a escaladores y alpinistas en verano. Además, hace natación y parapente; Jonas tiene algunas fotos tomadas desde el cielo, vistas aéreas de los valles del Tirol. Son preciosas, aunque insiste en decir que en aquel tiempo había mucha sequía y por eso no se ve tanta nieve. Tiene ganas de charlar y a mí me gusta escucharlo. He pasado los últimos veinticinco años escuchando, preguntando y escuchando. He aceptado que es lo que más me gusta de todo lo que he hecho, que alguien me cuente su vida. Y si no he preguntado más ha sido por pura timidez, por pudor, por el qué dirán. Durante años, a esas conversaciones, que ya aparecen en mis primeros libros, las llamaba entrevistas involuntarias.

Además, hay mucha gente a la que no la ha escuchado nadie. A Jonas, por ejemplo. No lo digo yo, lo dice él. Bueno, lo digo yo porque me lo ha dicho él, que ahora le cuenta su vida al primero que pasa; es decir, a mí. Podría decir a mí o a gente como yo, pero creo que no tiene a casi nadie más a quien contarle cosas —a mí y a los punks del quiosco—, porque está muy solo. El trabajo de camionero lo llevó a vivir como un extranjero en su propia ciudad; los viajes duraban muchos días y los encargos nunca se terminaban. Trabajaba para cadenas de supermercados; cargaba juguetes, electrodomésticos y herramientas hacia el sur y volvía lleno de fruta

y verdura. Al principio solo servía a un supermercado, pero poco a poco fue pasando por todas las marcas, cadenas y grupos: Aldi, Lidl, Rewe, Penny, Kaufland, las filiales austríacas, Billa, Hofer y la eterna Spar. Y la rutina se extendió por cientos de ciudades europeas y a lo largo de años y más años del calendario.

—No la cagues como la cagué yo —me dice—, porque después no hay marcha atrás.

—La cagaré de otras maneras.

—Pero de esta no. Quédate con él como estás ahora. Podrás arrepentirte de mil cosas en la vida, pero hay una de la que es imposible que algún día te arrepientas, y es de haber pasado muchas horas con tu hijo. En la vida solo tienes tiempo, ¿lo sabes?

Él coge a Coco y yo a Juli para no llevarnos un susto. Juli no para de tocarle la barriga y Coco lo mira como diciéndole que puede tener toda la paciencia del mundo.

—Lo sé, lo sé de esa manera que va bien que me lo recuerden.

—Porque creemos que sabemos las cosas pero no las sabemos del todo, ¿eh? Yo también creía que lo sabía, pero resulta que no.

—¿No lo veías mucho?

—¿Sabes? Un buen amigo que tiene dos hijos..., de esto hace muchos años, claro, cuando Barbara estaba embarazada, me dijo que él dedicó mucho tiempo a su primer hijo, pero que al segundo no tanto, y que lo nota, que ve lo diferentes que son con él.

—Y le duele.

—Le duele, sobre todo, pensar que no los trató igual. Y se arrepiente mucho, porque solo tiene dos hijos, y ahora me dice que ojalá no hubiera dedicado tanto tiempo al trabajo. Ahora piensa lo mismo que yo. Yo tampoco estuve con Gert y mira. ¿Por qué me lo perdí cuando creció? Yo venga a hacer viajes, uno tras otro, y sí, nos hacía falta el dinero, ¿eh?, porque no lo teníamos, pero con menos

podríamos haber tirado, imbécil de mí. Yo a mi padre lo vi muy poco, casi era un extraño, y he hecho lo mismo que hizo él. Venga a hacer horas, venga a hacer horas, hacíamos más horas nosotros que los suizos que hacían relojes.

Su padre era siciliano, un *Gastarbeiter*, un trabajador temporal que al final se casó con una austríaca de la misma fábrica.

—Eso también se decía en casa, que los suizos inventaron el reloj, pero que las horas las poníamos nosotros.

—Lo debemos de decir todos porque en todas partes existe la misma mentira. Es todo mentira, todo lo que hemos hecho, cómo lo hemos montado.

—¿A qué te refieres con todo?

—El mundo, el dinero, las prioridades, el capitalismo, lo que te dicen que tienes que hacer para vivir como un ciudadano normal. Todo son mentiras. No ganes dinero si no es para comprar tiempo o salud. Mi padre hacía doce horas cada día en la fábrica, los sábados ocho. El tiempo se lo dio al amo, yo casi no lo vi nunca, e hice lo mismo con el camión. ¿Y para qué? Es lo único que tienes, tiempo. Yo ese tiempo lo malgasté por dinero. Y no creas que gané mucho, ya ves lo lejos que he llegado después de haberme zampado tantos kilómetros, aquí estoy con Coco. Mi mujer se fue porque, al final, yo nunca estaba en casa. También hice algunas tonterías durante los viajes, y es verdad que nunca les faltó de nada, pero mira, al final, solo. ¿Y qué he sacado? La de historias que debe de haber como la mía... ¿Sabes? Gert se enfadó conmigo porque empezó a trabajar para una empresa y estaba enamorado de ella.

—Y tú le echaste agua al vino.

—Yo qué sé qué... Espera, mira ese.

Un señor mayor que va vestido como recién salido de la caja se sienta en el banco que hay entre nosotros y el estanque de los

patos. El señor, que también es un habitual, lleva un traje beis impecable, como si se lo hubieran traído expresamente hasta el parque desde la tintorería. Sombrero, bastón, gafas de sol de hace muchos años, un pañuelo de seda en el cuello y un reloj de oro. A veces nos saluda con alguna expresión que a mí me cuesta reconocer; supongo que es muy educado y diplomático, pero entonces, cuando le añade el acento, me resulta del todo imposible saber qué nos está diciendo. La chica que lo acompaña se detiene cuando él se detiene, cosa que ante nosotros hace con cierta teatralidad. Yo, por supuesto, le devuelvo el saludo e intento corresponder a su cordialidad, pero no sé si nos entendemos del todo. Lo he visto con varias cuidadoras, alguna vez con un chico muy alto, lo que me hace pensar que es montenegrino: aquí en Graz he oído decir varias veces que son los mejores jugadores de baloncesto, altos, delgados y con los músculos fuertes y alargados; «tienen nervio», dicen. El resto de las ocasiones lo veo con chicas que podrían ser todas de la misma familia. Sé que vive en una casa aquí cerca porque lo he visto cruzar Glacisstrasse, la calle que limita con el parque por el norte, pero no sé nada más. Me he montado yo la película de si tiene hijos o no y de si estarán en otra parte. Lo que es seguro es que puede pagarse esa atención permanente, e imagino, porque no lo puedo saber con certeza, que debe de tener a alguien que lo atiende también por la noche.

—¿Lo conoces? —le pregunto a Jonas.

—¿Al Káiser? No...

—¿El Káiser? —Me río.

—Yo lo llamo así, no sé cómo me debe de llamar a mí el resto de la gente. El loco maquillado. ¿No te da vergüenza que te vean conmigo?

—Jonas, por favor... No, hombre, no... Va, que me estabas contando lo del agua en el vino, lo de tu hijo.

—Ah, sí, un cubo de agua en un vaso de vino. Le dije que no se fiara, que hiciera su vida al margen de la empresa. Puedo ser ignorante en muchas cosas, no tengo estudios como vosotros, pero esto lo sé porque lo he vivido. Es todo mentira.

—¿Y qué pasó?

—Que se dio cuenta de que tampoco necesitaba trabajar tanto. Parece mentira, ¿eh? A mí me enseñaron que el trabajo era sagrado, y luego resulta que solo era una mentira.

A Juli le gusta mucho tocarle las orejas a Coco. Se llama así porque tiene el pelo color cáscara de coco, pero la barriga la tiene blanquísima, como la pulpa. No se altera ni por un instante, aunque Jonas se excite y a veces grite más de la cuenta. Como habla muy deprisa y tiene un acento de Estiria durísimo, a veces me pierdo.

—¿Lo despidieron?

—Peor, le tomaron el pelo. Se despidió él. Lo felicité. No digo que en todas partes sean iguales, pero ahora que dicen que los jóvenes ya no piensan en trabajar, y todo el mundo se escandaliza, a mí lo que me molestaría es que Gert no viviera su vida. El capitalismo es una mierda.

—Ja, ja, Jonas...

—Mira, me ha salido así. Que no te pillen esos cabrones, Julius —dice mientras hace una mueca arrugando la nariz como si me pidiera permiso para decirle algo así.

Nos quedamos un rato en silencio observando cómo Juli y el perro se miran el uno al otro. En el corro de al lado siguen hablando de los exámenes, pero más relajados: han sacado cervezas y juegos de cartas. El señor elegante pasea cerca del estanque de los patos, lo vemos a contraluz desde donde estamos.

—A veces me embalo, y tú debes de venir aquí para estar tranquilo...

—No, hombre, no pasa nada.

—Mi sitio es con los punks del centro, ¿eh? —Se ríe.

—Tu sitio es donde quieras, aquí eres bienvenido, siempre que vengas con Coco.

—Os deseo toda la felicidad, que ahora sé que es posible.

—No hace falta que te vayas, ¿eh?

—Vamos a estirar las piernas, Coco.

Antes de levantarse le toca la mejilla a Juli, solo con un dedo, muy suavemente. Se ha emocionado. Cuando ve que me he dado cuenta, me hace un gesto con la cabeza como diciendo que no, que no ha sido nada. Le lanza un beso a Juli desde lejos, vuelve a hacer una reverencia a los estudiantes de al lado y se pierde entre las ramas y las tuyas.

Juli señala a Coco con el dedo y me mira como preguntándome por qué se va.

Junio
Un lugar en el mundo

12 de junio, faltan cinco minutos para las tres de la tarde, temperatura agradable bajo los árboles de la entrada de la guardería. «Ya estamos aquí», pienso mientras abro la puerta de la valla del jardín. Lo pienso hacia dentro, no me atrevo a decirlo, no me atrevo ni siquiera a compartirlo porque la cantidad de capas que hay que atravesar para llegar a ese «ya estamos aquí» es tan grande que me perdería.

Como la puerta está abierta y hoy es día de novedades, hay niños que salen a ver quién llega con la mirada inquisitiva de quien aún no ha aprendido que no se debe mirar así a nadie. Cuando ya nos han repasado de arriba abajo, van a buscar a una cuidadora, que nos indica la clase a la que debemos ir, al fondo del pasillo. El edificio es una planta baja alargada en medio de jardines. Los árboles y los arbustos están tan cerca y agradecen tanto la primavera que parece que quieran entrar por los ventanales. Todo está abierto, corre el aire y corren los pequeños, que van de un sitio a otro y se detienen a observar a los recién llegados. No somos los únicos, vemos que hay otras parejas que preguntan al jardinero. Hoy es la primera reunión con los padres *nuevos*.

Los niños que nos miran entraron aquí hace uno, dos o tres años y empezaron así su vida, ay, institucional. Por un lado, estoy muy contento, la guardería está al lado de casa y algunos vecinos,

cuando les dijimos que nos habían dado una plaza aquí, nos miraron con un poco de envidia porque todo el mundo dice que está muy bien, y doy fe de que desde fuera y por dentro tiene pinta de ser así. No hay ningún secreto: la guardería tiene un convenio con la universidad y reservan plazas para los hijos de quienes trabajan o estudian allí. Y como es una muy buena guardería, tengo que estar contento. Por otra parte, he tenido que admitir que ya estamos aquí, que esto es lo que toca y que es muy difícil huir de ello. Todo lo que he pensado y malpensado sobre las instituciones, el control, la disciplina, la vigilancia, los valores que no me han gustado, todo lo que no he compartido, ahora lo vivirá Juli. Esto tampoco lo digo, por supuesto, ni siquiera se lo he comentado a Dasha, porque después de cómo cruzamos los dedos para que nos dieran una plaza no puedo quejarme. Además, el lugar es precioso y me costaría mucho encontrarle un «pero», pero...

En la clase nos esperan dos maestras. Las sillitas de los niños están esparcidas y nos han dicho que si queremos podemos sentarnos en las mesas. Otras familias han llegado antes, pero tras el primer susto al creer que éramos los últimos hemos visto que detrás de nosotros llegaba más gente. Nos ha tocado la clase de las *Gänsenblümchen*, es decir, de las Margaritas. Está la clase de los Dientes de León, la de los Girasoles, etcétera. Junto a las ventanas, algo elevadas, supongo que para que los niños no las toquen demasiado, que es lo que más les apetece hacer, hay un montón de macetas con margaritas.

Las familias —la mayoría son mujeres con sus hijos; solo hay otro padre en la reunión— nos hemos ido distribuyendo de manera que los niños tengan espacio y juguetes a su alcance para poder aguantar una hora. Las dos maestras, muy amables, nos explican los horarios, las características y todo lo que debemos tener en cuenta.

Lo que yo no entiendo me lo acaba de explicar Dasha y lo que ella no entiende se lo explico yo, y todo lo que va demasiado rápido y no nos atrevemos a preguntar tratamos de imaginárnoslo.

La guardería está a dos minutos de casa, junto a una escuela que se ha especializado en alumnos con problemas auditivos de todo tipo. Los hay que son totalmente sordos, los hay que oyen un poco, y por todas partes se ven familias hablando en lengua de signos. Muy cerca, separado por una valla, hay otro edificio que hace de puente entre la guardería y la escuela. Toda la zona está llena de jardines y parques; de hecho, a partir de aquí aparecen las primeras colinas no edificadas, que alguien tuvo la buena idea de no llenarlas de casas. Las ardillas se dejan ver en las copas de los árboles, de vez en cuando se divisan tejones, ginetas y zorros, e incluso hay un huerto bien cuidado que debe de pertenecer a alguna de las tres escuelas.

No se puede pedir más, ¿qué más se podría pedir? Que no ocurra nada extraordinario: no hace ni dos días, un chico de veintidós años entró armado en un instituto de secundaria y mató a nueve alumnos y a una profesora. Después se suicidó. Un amigo me envió un mensaje para ver si estaba al tanto de lo que estaba pasando. Le dije que no y me envió los enlaces de las primeras noticias, aún con poca información, pero ya me cuadraba, porque había oído varias ambulancias por las calles detrás de casa, donde normalmente no hay mucho tráfico, supongo que para evitar complicaciones. Las primeras noticias hablaban de tres muertos, siempre con ese tono de provisionalidad que te prepara para cosas peores. Enseguida pensé en mis vecinos, los dos son maestros, y busqué en Internet dónde estaba la escuela que había sido atacada. En el oeste de la ciudad; ellos trabajan en el sur, y las dos niñas que tienen van con ellos a la escuela, así que no podía ser la de las noticias. A los otros

vecinos los he ido viendo y he enviado mensajes a los amigos; ahora ya ha pasado suficiente tiempo para preguntarles cómo están, después de unos hechos así.

Nadie hace ningún comentario al respecto durante la reunión. Diría que hemos aparcado el estupor en beneficio de la posibilidad de pensar en el futuro; supongo que ponemos en funcionamiento el mismo mecanismo de defensa que nos protege del colapso: la vida continúa o, al menos, queremos que continúe. Sabemos que eso pasará, que lo asimilaremos como se asimilan todas las cosas en esta vida, que tendremos que digerirlo y tratar de olvidar que ha sido horrible. Las dos maestras continúan la explicación de los puntos más importantes: la logística, los horarios, algunas normas y, sobre todo, la adaptación. En Austria en esto son muy estrictos, y si un niño llora mucho rato, la maestra llama por teléfono al padre o a la madre para que vengan a recogerlo. Uno de los investigadores que trabaja con Dasha tiene un hijo que, digámoslo así, tiene una adaptación difícil. Es posible que Dejan, el niño, no quiera quedarse con las maestras y prefiera estar en casa y haga un poco de chantaje emocional, pero el caso es que los llantos son tan constantes que su padre tiene que ir a recogerlo cada dos por tres. No lo entiende, «en Serbia esto no pasa, si llora, llora», dice mientras nosotros reímos, pero el caso es que la maestra ya nos ha dicho que han tomado nota de nuestros teléfonos, los que hemos escrito en los formularios de inscripción, y nos dice que es muy importante que los tengamos conectados y que, si los tenemos en silencio, los consultemos a menudo. Lo haremos, claro que sí. Para eso están.

Mientras avanza el encuentro también hay momentos intrascendentes, recordatorios y repeticiones de cosas que ya hemos leído en la documentación que nos han enviado. Estos dos días he

recibido muchos mensajes de amigos. Eran mensajes de apoyo y de recuerdo. Todos sabían que no teníamos relación con la escuela, pero para muchos de nuestros amigos somos los que vivimos en Austria, en Graz. También ha habido una llamada importante para mí, de un abogado al que conocimos durante una cena en Viena, en casa de unos amigos. Ahora quizá puedo decir que él también es un amigo, una amistad incipiente. El padre de Roland es austríaco y su madre mexicana —en México es Rolando—, y desde hace muchos años se mueve entre varios países de Sudamérica, Austria y Alemania; a Suiza va un socio suyo que, según parece, tiene acento de la zona, y eso siempre es un punto a favor.

El primer mensaje era solo para saludar y mostrar su solidaridad. El segundo era un recordatorio: «¿Lo ves? Nunca se sabe». Ese «nunca se sabe» fue el *leitmotiv* de una larga conversación que tuvimos después de la cena en Viena. Estábamos nosotros, él y su pareja, los anfitriones que nos habían invitado y otro amigo que venía solo porque su mujer estaba de viaje. Roland nos preguntó si ya habíamos pensado si iría a una guardería o si pensábamos hacerlo con una madre de día, una *Tagesmutter*. Hacía pocos días que nos había llegado un correo confirmando la plaza de Juli y estábamos muy contentos, y así se lo dijimos. Él nos explicó —los otros ya lo sabían— que habían tenido muchos problemas con su hija, que habían tenido que cambiarla de guardería y de escuela, y que si bien en el instituto todavía aguantaba, quizá también tendrían que buscar otro. Cuando lo pienso, veo que quizá esa conversación no la habríamos tenido con un matrimonio austríaco y que tal vez el hecho de que él fuera medio mexicano tuvo algo que ver.

En algún momento su mujer le reprochó haber sacado el tema, alegando que quizá no era el día, pero Roland es de esas personas que, no sabes cómo, toman el tiempo y la palabra, y te toma a ti y a

los demás, y orienta y ordena la conversación hacia los temas que a él le interesan sin que el interlocutor tenga la sensación de abuso o de control. Es de esos conversadores que no solo reparten juego, sino que te transmiten la sensación de que las ideas crecen y se refuerzan. Y también es un poco encantador de serpientes.

En la clase de las margaritas hacemos una pausa, nos quieren enseñar las instalaciones. Están orgullosas, y tienen motivos para estarlo. A la anfitriona de la cena en Viena, que era de Barcelona y recordó los momentos de tensión de sus amigas al buscar escuela en la ciudad, le habría gustado. Yo también lo he vivido: los comentarios sobre un sitio u otro, las informaciones, los foros de Internet, la gente que ha encontrado plaza en una escuela que sigue una determinada línea, los que no están de acuerdo con esa línea, los que saben que tal método no funciona o que creen que no funciona. Se podría escribir un libro. En Graz también hay opiniones de todo tipo, por supuesto, pero al final, ¿qué es lo más relevante? ¿Y el futuro? ¿Quién sabe lo que deparará el futuro? Roland nos habló de un caso que había llevado unos años atrás. Venía a cuento, pues él y otros abogados del bufete en el que trabaja se han especializado en los derechos de los menores y los adolescentes. Ha visto de todo, evidentemente, y, dicho sea de paso, me contó la historia de aquella familia como una especie de provocación, un poco como había hecho el doctor Thomas, para ver si ahí podía haber un libro.

Imaginaos una familia que vive en un barrio acomodado de Viena, de los de toda la vida, de esos en los que la gente aún habla con un ligero acento vienés. Él, el padre, ha seguido en una empresa que ya no es familiar, que ya no fabrica lo que fabricaba y que ahora se dedica a los servicios. Según Roland, siguen fabricando, pero ahora lo que fabrican es dinero. Conducen Volvos que parecen aviones,

tienen segundas residencias, hacen viajes largos con toda la familia: un verano en Islandia, unas vacaciones de Navidad en Grecia y las de Semana Santa en Nueva York. Los hijos siempre con notas excelentes, deportistas, con estancias en el extranjero y algunos excesos adolescentes no demasiado excesivos, lo justo para que no se diga que no cometieron ninguno. La típica familia de dentaduras perfectas, dice Roland, que de contar historias sabe un rato. La madre es profesora de inglés en un colegio privado. No era ni mucho menos pobre, pero tampoco era para tirar cohetes: su padre tenía un taller y ella había trabajado allí de joven, facturas, pedidos y esas cosas. Su padre le dijo que siguiera estudiando. Intento resumir, pero todo tiene su aquel. Roland lo contó como si fuera una película, incluso dijo que la madre era la mujer más guapa de Viena. No sé por qué me pide a mí que lo escriba.

El hijo mayor, llamémosle Georg, empezó a distanciarse de su madre a medida que se hizo mayor. Era *el hijo de su padre*, y le habían llegado rumores de que su madre tenía un amante, quizá más de uno. Desconocía la otra vida de su padre —también tenía amantes, por supuesto—. Tal vez nunca habría pasado nada de no ser por una de esas casualidades de la vida. Un chico que había ido con él al instituto y que conocía de vista a su madre la vio salir de un hotel acompañada. Ese chico estudiaba el mismo máster en economía que Georg. Era la época en la que los móviles empezaban a incorporar cámaras de vídeo: la grabación que él vio ahora nos parecería muy mala. Aquel chico grabó a la madre del otro saliendo del hotel con un hombre que no era su marido. Cuando el vídeo le llegó a Georg, porque estas cosas siempre acaban llegando, él ató cabos sobre quién podía haberlo grabado. Fue a buscar al otro chico y le dio una paliza. Sin miramientos.

Aquí es donde entraba Roland. Lo llamaron para que defendiera a Georg, que ya era mayor de edad cuando golpeó al otro. Las mejores escuelas, los mejores tutores, las mejores colonias de verano en Escocia y, después, la mejor universidad, las mejores notas, los mejores círculos sociales, la mejor escuela de negocios de Viena... La familia estaba devastada por lo que había hecho y por lo que le pudiera pasar, porque el otro chico lo denunció. Al final, el juicio terminó en acuerdo, con una indemnización elevada, pero podría haber sido peor, ya que el chico que grabó la escena también era de una buena familia de la ciudad y, claro, que su hijo hubiera hecho algo así les avergonzaba. Viena no deja de ser un pueblo para quienes viven así.

Al ver que me quedaba callado, Roland me pinchó un poco, porque sabía cuál sería mi respuesta:

—Tú habrías hecho lo mismo, ¿eh?... Que te veo, que te veo...

Como era una pregunta trampa, decidí no contestar, que según se mire aún es peor. Según Roland, aquel puñetazo, aquella paliza, para la familia, y evidentemente también para la justicia, era mucho más grave que todas las infidelidades. Era el fracaso de la educación: aunque el hecho fuera grave, él tendría que haber actuado de otra manera. Mientras lo escribo veo su cara preguntándome con media sonrisa qué habría hecho yo, pero no quiero tener que responder a todas las preguntas al mismo tiempo; a veces uno desearía no tener respuestas. «Ya estamos aquí» también significa eso.

Nos pasean por el jardín que comunica con la otra guardería, a la que irán cuando sean más mayores, entre los tres y los cinco años. Y luego, como si estuviéramos haciendo una travesura, pasamos al jardín del colegio. La directora pide permiso a la conserje, que ¡claro que nos abre las puertas!, y nos adentramos pasando por arcadas y pasillos antiguos; el edificio tiene casi ciento veinte años y está como

el primer día. Los hijos de la familia vienesa debían de ir a un colegio aún mejor, puedo imaginármelo, pero lo cierto es que me cuesta porque este es muy bonito.

No nos quedamos mucho rato, no queremos molestar, nos dice la directora. No he podido evitar separarme un poco del grupo para mirar por la rendija de una puerta donde daban clase. Había niños de unos nueve o diez años, y en la pizarra digital unos polígonos de colores. Dasha me regaña con la mirada y me da el carrito para que no me desvíe más. Cuando salimos, la directora se despide de nosotros mirándonos a todos y haciendo un gesto con la cabeza, como diciendo: «Ya estáis aquí».

Julio
La venganza

Hace días que estamos en Zaidín, adonde vinimos para celebrar el cumpleaños de Juli y pasar unas semanas antes de que empiece el curso. No había entrado nunca en la casa de los vecinos de la plaza. Si lo he hecho, un poco a regañadientes, es porque el vecino me ha pedido que comprobara que el lavabo estaba arreglado y que no había vuelto a desbordarse.

La casa es —era— Ca Metaute, y allí vivía un hombre que, cuando yo era pequeño, ya era mayor. Intentaba ser simpático para quedar bien cuando me veía salir al balcón, mostrando esa afectación que los niños saben identificar y que les hace desconfiar. Para ganárseme, cuando mi abuela no miraba, me enseñaba el fusil y la munición que tenía en casa. Entonces, con cuidado de que nadie nos oyera, me decía que algún día, cuando él ya no estuviera, el arma y los cartuchos serían para mí, pero que no podía decírselo a nadie. La ilusión por el regalo inesperado, que iba a convertirme en objeto de envidia de los demás niños, duró muy poco: un día, un amigo me dijo que Metaute era un mentiroso, que le había prometido el fusil y que se había enterado de que también se lo había ofrecido a otro niño. A alguien que, además, no era yo. Yo no dije nada. No había hablado con nadie de su promesa, y como el ridículo del que nadie se entera es como si no existiese, me lo ahorré.

Años después pude entender el estatus especial de la casa. La fachada de Ca Metaute contrasta con las de las casas contiguas: se ve nueva, con las ventanas a la misma altura en cada piso y con unas verticales y horizontales poco frecuentes en el viejo pueblo. Su posición en la plaza tampoco es normal, porque la mutila, ocupa un espacio que debería quedar libre y dificulta la entrada a la calle del Arco. Que Metaute tuviera un fusil que ofrecía a los niños del pueblo no era casual, pues formaba parte del somatén local, de ahí también la licencia para tener armas de fuego y, supongo, para edificar en lugares donde no debería estar permitido hacerlo.

La casa está pegada a la de mi abuela por la parte trasera y tapa parcialmente su salida natural, además de dos ventanas. Los herederos de Metaute la vendieron y hoy no sabría decir cuántas veces ha cambiado de manos. En los últimos años, búlgaros y rumanos han ido pasándosela en una especie de embrollo fenomenal. ¿De quién es ahora? Dicen que ahora es de una mujer que vive en Bulgaria, que la compró para alquilarla a familias de su país que vienen a recoger fruta. La primera parte no puedo certificarla, porque cuando tuvimos un problema con unas humedades que venían de uno de los lavabos hablamos con un hombre. Ahora dicen que una mujer, pues una mujer.

La segunda, sí, porque cuando subo invitado por Sabin, un búlgaro que vive allí con su familia, veo que en la planta baja vive gente, lo mismo que en el primer piso y en el segundo; en el tercer piso, que antes eran unas buhardillas, ahora vive él con su familia. Antes aquí solo vivía Metaute, y ahora pueden llegar a convivir más de quince personas que, además, van cambiando de un año a otro, de un mes a otro. Sabin es quien lleva más tiempo; quizá algún día no vuelva a verlo, pero el último año y medio nos hemos ido encontrando de manera regular, primero por las humedades y

después porque cuando venimos nos ven en la terraza, que está más o menos a la misma altura que su piso. Insistió en ayudarme a pintar para compensar las molestias de las filtraciones, que al fin y al cabo no eran culpa suya, él solo es el inquilino.

Creo que Sabin y Bogdana —su mujer— han discutido porque ella no veía bien que me invitara, por eso la bienvenida ha sido a medias; si finalmente me han invitado es solo porque a Sabin debe de intrigarle su vecino, o sea, yo. Me ve llegar de vez en cuando a una casa en la que no vivo de manera regular y en la que, en los últimos meses, nos hemos alojado varias veces. Pasamos allí las vacaciones de Navidad y las de Semana Santa, y ahora, que es la tercera vez que ve que nos quedamos un tiempo largo, se ha decidido a invitarme a subir. El hecho de que mi padre y mi madre sigan viviendo en la casa de siempre y de que mi hermano y su familia vivan en la misma calle contrasta con mis idas y venidas. Parece que no pueda ser. Los chicos senegaleses que viven frente a Sabin también me preguntaron de dónde era. Pensaban que era argelino, un argelino de la Cabilia, porque no parecía del todo argelino: un temporero que había pasado por aquí hacía tiempo y que, como la propietaria de la casa donde vive Sabin, vivía fuera, quizá en Argelia. Como su español era muy precario, hablamos en francés y tal vez por eso dedujeron que era de allí. Sabin también siente curiosidad; creo que ha hablado con los otros búlgaros de la calle.

A pocos metros hay una casa muy vieja cuyos herederos emigraron primero al Reino Unido y después a Australia; o eso dicen, aquí también mis conjeturas se pierden entre la información que me dan otros vecinos. La compró un búlgaro que también quiso comprar la mía. Me contó que vivía en Alicante y que trabajaba en un hotel, que la fruta era un trabajo demasiado duro y que había alquilado su

casa a otros búlgaros. Supongo que sienten curiosidad porque, en los últimos años, ellos han vivido en Zaidín más que yo. En la casa de al lado reside una pareja joven que ha llegado desde Extremadura, y la de más allá también está ocupada por familias búlgaras. Al final de la calle hay tres casas con temporeros de Malí, Senegal y Rumanía. El Zaidín de cuando yo era pequeño se ha evaporado, y Ca Metaute es otra casa, otro mundo.

—Me llamo Karina —me dice, en un español casi sin acento, una niña que se levanta enseguida del sofá para darme la mano y que lleva unas gafas austeras, el pelo con la raya en medio y una pulserita fina. Debe de tener doce o trece años.

Bogdana me observa.

—Y yo Francesc, el vecino de al lado.

—Mi padre dice que el baño está bien.

Sabin nos mira a los dos como diciendo que no hace falta que hablemos de eso, que ya sabe que yo sé que está arreglado, pues no ha habido más humedades.

Karina, sin embargo, tiene una ventaja sobre ellos: el idioma. Con Sabin, que lleva años viniendo para la campaña de la fruta, nos podemos entender más o menos bien, pero Bogdana apenas habla español y delega en su hija las comunicaciones de la familia con todos los que no sean búlgaros.

—Me preguntan si quieres tomar algo, pero solo tenemos agua en la nevera. Nosotros no somos ricos, eh. —Sonríe.

—Yo tampoco, eh. —Le devuelvo la sonrisa.

—No, porque si pintas tú mismo la terraza significa que no pagas a los pintores.

—Claro.

—Porque si tuvieras mucho dinero habrían venido los pintores a hacerlo.

Bogdana le pregunta qué decimos o le dice que no hable tanto, no lo sé, pero, al parecer, la niña tiene vida y agenda propias en esta visita y le contesta deprisa y en voz baja, en una especie de traducción intencionada; sabe que mantendrá dos o tres conversaciones simultáneas.

—Eso nunca se sabe, quizá tengo mucho dinero porque no lo gasto —le respondo, sin olvidar que tiene diez u once años, quizá no doce o trece, mejor dicho, y que no quiero ganar la partida, solo seguir jugando.

—Puede que sí, puede que no —dice sonriendo.

Ahora quien la mira es su padre, que sonríe y se le cae la baba viendo cómo habla en español. Sabin no habla mal, pero ella lo ha aprendido muy deprisa, solo hace dos años que están aquí.

Se oye el murmullo de fondo de los ventiladores; contabilizo tres, que no paran de girar para un lado y para el otro como vigilando que el calor no se esconda en ningún rincón. Inútilmente, porque estamos bajo tejado y las paredes miran al sur y al oeste. Sé que el piso es un auténtico horno y que lo único que nos salva es que es domingo por la mañana y el sol aún no ha prendido el cielo. Las olas de calor del mes de junio las recuerda todo el mundo. Estos últimos días ha llegado otra y, aunque no sea tan intensa, en esta casa hace un calor de mil demonios. Las temperaturas tan altas se han convertido en una amenaza real, porque las noches también son cálidas, con mínimas de 26 grados que ni siquiera se dignan entrar en casa porque los ladrillos conservan el calor del día durante la noche. Yo también tengo ventiladores; la diferencia es que en junio estábamos en Austria y julio no está siendo tan duro.

—El lavabo está arreglado —me dice Karina.

—Ya lo he visto, en la pared ya no hay humedades.

—A mi padre y a mi madre les supo muy mal, pero no fue culpa nuestra.

De un salto, se levanta, abre la puerta y enciende las luces del baño ante el sobresalto de Bogdana, a quien le pido permiso con un gesto para mirar dentro, más por cortesía hacia ellos que como un acto de control, sin darle mayor importancia.

—Sí, ya lo sé.

—Tienes un niño pequeño, os he oído jugar en la terraza con la bañerita.

—Juli, sí. Pronto cumplirá un año. ¿Cuántos años tienes tú?

—Cumpliré once el mes que viene.

Bogdana nos mira a los dos mientras intenta entender qué decimos; no le gusta la escena, pero sus miradas no parecen afectar a Karina y comprende que, a menos que se ponga seria, no podrá hacer nada al respecto. Sabin, en cambio, no deja de sonreír y de asentir con la cabeza.

—¿Y vas aquí a la escuela?

—Sí, pero... —dice Sabin, y duda antes de continuar— se aburre, saca muy buenas notas y quizá deberíamos ir a otra.

Karina calla y deja que hable su padre, no quiere interrumpirlo. Una amiga psicóloga me explicó que había trabajado con perfiles de hijos únicos que, al crecer, asumían parte de la responsabilidad de la familia: se daban cuenta de la importancia de que todo siguiera funcionando y, voluntariamente, administraban también parte de las decisiones que tomaban sus padres. Karina tiene once años y no quiero exagerar, pero creo entrever algo de eso en la mirada que despunta detrás de esas gafas. Está pendiente de que la descripción de la situación que hace su padre sea clara.

Mientras tanto, en la plaza, los hombres empiezan a sentarse en los bancos de piedra; a veces sube el olor del tabaco. También se

suceden los primeros encuentros y reuniones. Las puertas de una furgoneta se abren y cierran mientras cargan sacos con caracoles; las familias hacen horas extra recogiéndolos y vendiéndolos a los restaurantes de la zona. Sabin se asoma un momento por la ventana y alguien lo ve y lo saluda, y él devuelve el saludo apresuradamente. Él no fuma, no veo ceniceros en la casa; en cambio, sí veo algunos libros.

—Son míos. Me gusta leer —dice Karina, ufana.

—¿Qué te gusta leer?

—Da igual, me gusta leer. Todo.

—Karina quiere ser maestra cuando sea mayor.

—No, ya no quiero ser maestra, quiero ser médica. Ya lo sabes, la escuela no me gusta.

—El otro día la llevamos al médico y ella no paró de hacerle preguntas —dice Sabin mientras reorienta un poco los ventiladores y baja una persiana por la que empezaba a colarse una línea de sol. Pese al cuidado que pone en evitarlo, los cuatro estamos sudando.

—Me contó muchas cosas. Tengo alergia al polvo. Me dijo que por suerte no era grave, pero el calor me hace daño.

—Me lo imagino. Yo también tengo alergia y no es fácil.

Bogdana lo ha entendido. Parece más relajada que cuando he llegado, se debe de haber quedado tranquila con lo del lavabo. Además, parece que haya entendido que tengo alergias, y quizá eso me hace menos peligroso.

—¿Ah, sí? ¿A qué?

—No puedo comer almendras, ni ninguna fruta que tenga una almendra dentro.

—Las nectarinas tienen una almendra dentro. Son de la misma familia de plantas, la de las rosáceas. —Se quita las gafas y se seca la nariz para que no se le resbalen.

—¡Muy bien! Pues mira, todo eso no lo puedo comer.

Se oyen gritos afuera. Bogdana parece que quiera cerrar las ventanas, pero no puede ser porque los ventiladores al menos hacen que corra el aire.

—Tú vives en Austria, pero tu mujer habla ruso, yo la entiendo un poco cuando la oigo en la terraza.

—Vivimos los tres en Austria, sí, pero yo nací en la calle de al lado.

—¿Y qué es mejor, Austria o España?

—Bulgaria.

—No, eso seguro que no.

—Hay cosas muy bonitas en Bulgaria; además, nosotros tenemos amigos en Sofía, en Plóvdiv y en Vidin.

—¿Sí? ¿Qué te gusta de Bulgaria?

—Solo he estado en las montañas, pero me gusta mucho la cocina, la *sarma*, el *tarator* (sin nueces, porque no puedo comerlas), la *banitsa*, la *lutenitsa*, pero lo que más me gusta son los *kukeri.*

Los *kukeri* son los espíritus que ahuyentan a los demonios de los pueblos en algunas zonas de Bulgaria. Los hombres, y también algunos niños, se visten con ropas o pieles, algunas con crines muy largas, y bailan para conjurar el mal.

—¡Ah, ah! —grita saltando de la silla.

Bogdana se ha asustado.

—¿Qué pasa?

—¿Lo ves? Decías eso: «¡Kukeri, kukeri, kukeri!». Ya decía yo...

—Sí, en la terraza, a Juli le hace gracia.

Me cubro con una sábana o con una toalla grande, me muevo un poco y Juli se parte de risa.

—A mí los *kukeri* me dan miedo, pero también me gustan. A veces, he soñado con ellos.

—Quizá, si algún día llegas a ser médica, podrás ahuyentar los males de la gente.

—No funciona así, o quizá sí, pero me gustaría mucho. Tú eres escritor, he visto tus libros en la biblioteca.

—Sí, he escrito algunos libros.

—Yo quiero ser médica, científica. Saco buenas notas y leo mucho también, pero me gustan otros libros. También leo en búlgaro, claro.

—Queremos que vaya a una escuela privada, nos han hablado de algunas de Lérida —dice Sabin.

—Sí, hay algunas.

—Ella quiere aprender inglés.

—Quiero aprender inglés, ahora estoy estudiando un poco con YouTube, hay muchos tutoriales. Y también veo vídeos de ciencia subtitulados.

—¿Tú sabes qué escuelas son mejores en Lérida?

—No exactamente. Puedo daros algunos nombres y deciros si son públicas o privadas, pero no si son buenas o no, eso no lo sé. Quizá haya alguna familia búlgara en Lérida que pueda ayudaros.

—¿Tú no sabes cuáles podrían ser?

—Yo eso no puedo decírtelo, Sabin. Primero porque no tengo la información y después porque no es fácil aconsejar sobre algo así.

Bogdana está más tranquila. Sabe que estamos hablando de la escuela de Karina.

—Queremos que Karina estudie, que tenga una vida mejor que la nuestra, no nos importa lo que cueste, yo ya trabajaré más horas, no quiero volver a Bulgaria —dice Sabin.

—Te entiendo. Pero con eso no puedo ayudarte.

—En Bulgaria yo trabajaba de todo lo que me pedían, he sido albañil, he arreglado coches, he limpiado calles, granjas, casas, de todo. Y Bogdana también ha hecho de todo. —Bogdana no sabe

muy bien lo que dice, aunque Sabin utiliza algunas palabras en búlgaro para hacerse entender—. Solo la tenemos a ella, nosotros no somos importantes, podemos trabajar, pero ella tiene que poder estudiar.

—Ya estudia.

—Más, ella quiere más.

Karina me mira a través de unas gafas empañadas; quiero pensar que es el sudor, pero creo que se ha emocionado al oír a su padre. Los ventiladores siguen zumbando, y también la furgoneta de la plaza, que han puesto en marcha para poner el aire acondicionado, que a su vez ha activado el ventilador del radiador. Pienso en los alumnos sin sueños de Hans y en el comentario que me hicieron mis amigos de Bosnia o de Montenegro cuando les hablé del almuerzo en Linz —me dijeron que sus alumnos no hacían otra cosa que soñar —, y veo los encendidos sueños de Sabin y los que corren por dentro de Bogdana mientras ella se esfuerza por que no le brillen los ojos, y escucho las afirmaciones de niña voraz de Karina, que quiere ser médica, que sueña con ser médica contra la opinión de los ventiladores, que mueven la cabeza diciendo que no, que debería pasar este calor, como sus padres. Pienso en Jonas y en el abuelo de Hanserveit, y en el viejo Metaute sin hijos, en cómo quería conquistarnos con mentiras como la del fusil.

Los búlgaros de la plaza discuten; han apagado el motor de la furgoneta, pero el ventilador que la refrigera sigue con su persistente runrún. Es una furgoneta vieja, muy probablemente comprada en Alemania o en Austria y matriculada aquí. Sabin sale un momento a mirar por la ventana y masculla algo hacia dentro. Bogdana se ha asustado un poco porque quizá pensaba que les diría algo, pero supongo que sabe que no pueden decir nada, que todo se sustenta en un sistema de correspondencias muy sensible. ¿Cuántas

familias deben de estar empadronadas en esta casa? El propietario me preguntó cuántas habitaciones tenía la mía. Quería comprármela para alquilar habitaciones a los trabajadores, por supuesto. Es un negocio redondo: alguien que tiene el dinero compra una casa y mete en ella a tantas familias como pueda. Una vez empadronadas, las empresas pueden contratarlas y ellos pueden abrir una cuenta corriente, lo mismo que hemos tenido que hacer nosotros en Austria. El mundo gira para todos. Le dije que, para que la alquilara él, también podía alquilarla yo, y entonces murmuró algo que, estoy seguro, tenía que ver con mi familia o con mi salud.

—No quiero que ella tenga que recoger caracoles.

—Los caracoles están buenos, a mí me gustan mucho —le digo en un intento de suavizar la situación.

—Alguien de nuestra familia tiene que dejar de cosechar y de recoger cosas. Yo en Bulgaria he recogido piedras, he ido a recoger chatarra, hemos recogido frutas y hortalizas, patatas, toneladas de patatas, manzanas que se pudren y te ensucian las manos. Alguien en nuestra familia debería ir con la cabeza alta, hace mucho tiempo que nos agachamos. Es como una enfermedad familiar.

Le dice algo a Karina.

—Hereditaria, una enfermedad hereditaria —dice ella, buscándolo en el móvil.

—Una enfermedad hereditaria —repite Sabin.

—No sé qué decirte, no sé, Sabin.

—Tú a tu hijo quieres darle lo mejor, ¿verdad? He oído cómo os reís en la terraza.

—¡Y tanto!

¿Qué padre no quiere lo mejor para sus hijos...? ¿Nos reímos? Sí, claro que nos reímos. Mojamos toda la terraza y dejamos que se mueva a gatas. A veces, como las baldosas son lisas, se le resbala

una mano o una rodilla y, en vez de llorar, se ríe. Yo hago de *kukeri* y él se ríe. Dasha le cuenta cuentos y se ríe. Ellos nos oyen, claro, y debemos de proyectar la imagen de felicidad que dice que ahí no hay problemas ni preocupaciones. Yo quizá no tengo la obsesión por el colegio, pero tengo otras. No me siento del todo cómodo hablando con él porque lo peor que puedes hacer es dar consejos sobre los hijos de los demás. Me recuerda a aquel padre que, queriendo alejar a sus hijos de los ambientes de fiesta y drogas, los animó a hacer deporte. Todos estaban vivos menos uno, el más deportista de todos, que murió en el Himalaya intentando hacer cumbre en el Everest.

—¿Os volvéis a Alemania?

—Sí.

No insisto con Austria, y tampoco escondo que nos vamos. Un amigo me dice que no diga que me voy para que no me ocupen la casa. Cuando la cerramos por dentro es casi imposible entrar sin causar un estropicio importante, y mi padre y mi hermano viven cerca, pero seguro que los compradores de casas la tienen controlada. Karina me mira con un poco de pena, le entristece que la visita extraordinaria se haya acabado.

—Creo que en casa tengo algunos libros en inglés, libros de lectura pensados para aprender. Si quieres te los doy, yo no los voy a usar.

—Ya tengo en la tableta, me los descargo de Internet, hay una colección que me gusta mucho.

—De acuerdo.

—Quizá algún día será médica en Zaidín —dice Sabin.

Entiendo a Sabin, quiere que Karina se vengue de su vida, que le haga justicia.

—Nunca se sabe, la vida da muchas vueltas, pero creo que ella no se quedará en Zaidín, igual que tú no te has quedado en Bulgaria.

—Quizá será científica en otro lugar.

—Ojalá, si es lo que quiere. —Karina y yo nos miramos a los ojos.

Me despido. Mientras bajo, veo que hay restos de pintura aquí y allá, que han pintado las paredes del hueco de la escalera, supongo que para reparar las manchas de humedad. La puerta de la calle está cerrada y se abre con dificultad, roza el suelo produciendo un ruido sucio, como de despedida desagradable. Fuera, el grupo de búlgaros se sorprende al verme salir de la casa y lo comentan. No entiendo nada de lo que dicen, pero lo entiendo todo.

Epílogo

Ring the bells
That still can ring

El verano de 1999 terminé mi primer libro. Hacía un par de años que escribía sin saber muy bien si tenía sentido conservar aquellos papeles. Había impresiones, descripciones, relatos que intentaba que tuvieran forma de cuento, alguna crónica y, sobre todo, recopilaciones de lo que entonces llamaba entrevistas involuntarias: confesiones personales, historias de vida, explicaciones de hechos, lugares y tiempos, y otras formas inclasificables de narración que me ofrecía gente de proximidad variable. Hice una selección de los textos que tenían continuidad y relación entre ellos y los terminé. Presenté el libro a un premio que ya no existe. No lo gané, pero el jurado recomendó la publicación de mi original. Era *El vientre de la tierra*, y el resto es historia, historia en minúsculas, la mía.

No había pensado en ello hasta hace muy poco. El cuento que abre el libro describe el momento en que el narrador encuentra una foto, una polaroid con la barriga de su madre cuando estaba embarazada de él. La luz del flash ilumina el vientre y la línea que baja por la barriga. El niño que fui vuelve y se pregunta lo que todos nos hemos preguntado alguna vez: ¿dónde estaba yo antes? Todavía no hemos encontrado una respuesta que nos ayude lo suficiente a entender el misterio, que nos satisfaga y nos resuelva algo. Escribiendo este libro me he preguntado dónde estaba Juli antes,

dónde ha estado todos estos años. Si lo había estado esperando, si me esperaba él a mí, si tenía que venir hasta Graz para tenerlo. Lucia, cuando hablamos de ello, recordó una escena de *El Señor de los Anillos*, cuando el mago Gandalf llega al pueblecito del *hobbit* Frodo. Frodo le dice que llega tarde y Gandalf le responde que un mago nunca llega pronto ni tarde, un mago llega cuando debe llegar. Lucia, con esa osadía pop de una chica que creció con *Harry Potter* y Tolkien, me aseguró que la magia funcionaba así; supongo que lo habrá contado más de una vez y que formará parte del repertorio de frases que dice a todo el mundo. Sea como sea, gracias, Lucia.

Pasados veinticinco años del primer libro, aquella foto vuelve y cierra un ciclo que, de hecho, empezó a cerrarse con los dos libros anteriores. El mundo y el país que hasta hace pocos años eran el escenario de mis libros han cambiado tan rápidamente que cuesta reconocerse en ellos. Creo que yo también he cambiado. Cuesta incluso pensar en el significado de la escritura, en los motivos que nos empujan a hacerlo, de manera colectiva y personal —tan difíciles de describir y explicar como los de tener un hijo—. Digo de manera colectiva y personal porque escribir y leer son verbos que no se entienden sin la relación, en mi caso, con las personas que provocan el texto y con las que lo leerán. Ahora que estoy en otro país, que hay otra lengua, otros personajes y otras historias, no sé qué forma y qué caminos tomarán los relatos. Hay hechos, tiempos y lugares que no se *dejan escribir* fácilmente. Y, además, ¿quién sabe lo que deparará el futuro? Nadie; quizá intuimos algo, me diría Margarete de Sankt Lorenzen, pero solo lo intuimos. En cambio, el pasado ya lo conocemos un poco más. Puedo volver a pensar en aquel comedor de los Hostalets de Balenyà donde imprimí y encuaderné mi primer libro, en el momento en que le pregunté a Juli cuándo empezaría a

escribir, en aquella tarde en los jardines con los perros y las dos mujeres, en los inicios y en los finales, en los ciclos.

«Uno es del país y del tiempo en que crecen sus hijos», me dijo un buen amigo. ¿Quién los conoce, esos países y esos tiempos? Unos acaban justo ahora, otros no han hecho más que empezar. Mientras escribo este epílogo, tengo una pantallita para vigilar a Juli al lado de la del portátil. Está conectada a una cámara que hay en la habitación. Lo he llevado a la cama y le he explicado el cuento de los dos peces que se encuentran en la desembocadura del río. Son amigos: uno vive arriba, en la montaña, y el otro en el fondo del océano, y pasan toda clase de pruebas para encontrarse allí donde el agua no es ni demasiado dulce ni demasiado salada. Está también el del cuervo y la zorra, que representan la fábula como si fuera una obra de teatro. El cuervo se ha olvidado el queso y está nervioso porque falta poco para el inicio de la obra y no sabe qué hará... Me los voy inventando, y me gustan más a mí que a él, que todavía no los entiende. Cuando se duerme, salgo procurando no hacer ningún ruido y enciendo la cámara y la pantalla. Si hay suficiente luz, la imagen es en color, pero si solo está la luz tenue del led que dejamos encendido, entonces es en blanco y negro. Lo veo entre las sábanas y las almohadas, la cara iluminada y los costados oscuros. Los ojitos cerrados y la distancia abisal otra vez, mientras tecleo más suave que de costumbre, por si acaso. Las fotos que nos daba el doctor Thomas tienen un tamaño muy parecido al de la pantalla y al de una polaroid. En los tres casos, el fondo es oscuro y en el centro siempre hay un rayo de luz, la claridad.

Termino... En la catedral de Graz hay un panteón precioso. Data de 1619, se encuentra en una de las naves laterales y está dedicado al conde Sigismund Friedrich Trauttmansdorff. Hay varias imágenes de san Ambrosio y una alegoría muy hermosa del triunfo sobre la

muerte, pero lo que me llama la atención son cuatro medallones de casi un metro de diámetro que sirven de zócalo a la composición. Son cuatro bajorrelieves de mármol que repiten, con símbolos sencillos (flores, el sol o las estrellas sobre los paisajes), un mensaje de trascendencia. En el primero brota una flor de una planta que arraiga en rocas estériles; en el segundo, el sol y una estrella de seis puntas observan y velan por un mundo en orden; en el tercero, el sol está encima de una flor como la anterior; y en el cuarto, una estrella ilumina la penumbra. Los lemas que los enmarcan son: *In asperis floreo, In obscuro luceo.* «Florezco en los lugares más difíciles y brillo en la oscuridad.»

La esperanza es el concepto más difícil de definir. La he ido buscando durante todo el libro, la he rodeado y la he evitado porque sé que hacerla demasiado explícita arruina cualquier relato. Hoy más que nunca, es la sustancia más cara, la más buscada, la más sensible a los traficantes que la rebajan y que fabrican sucedáneos. Diría que he bregado con ella desde el primer libro y que he procurado no hacerla demasiado evidente, porque tiene un color de esos tan intensos que una sola gota suya podría teñir el mar entero.

Esta mala prensa tiene raíces profundas y está más que justificada. ¿Quién se atrevería a decir que vivimos en el mejor de los mundos posibles? Claro que también es cierto que la idea de progreso ha dominado nuestro mundo durante siglos, y que lleva implícita, incluso incrustada, una determinada forma de esperanza. El mundo, a pesar de todo, iba por buen camino. El conocimiento nos proporcionaba tecnología y condiciones de vida nunca vistas. Todas las excepciones, todas las contradicciones se han ido escondiendo bajo la alfombra, pero hace ya tiempo que desconfiamos de las promesas, que sabemos demasiadas cosas para alegar ignorancia, que escribimos y filmamos más distopías que

utopías. La literatura de los últimos siglos se pregunta a menudo si hay o no esperanza. «Muy bien, ¿y ahora qué?», me preguntaban a mí, y yo me imaginaba al profesor Haslinger, pensativo después de asistir el parto de aquella mujer, regresando de Hanserveit por aquel camino que los hombres de la casa habían desbrozado para que él pudiera llegar hasta allí, en aquella camioneta, todo tan frágil, todo tan sólido. Me lo imagino cansado y soñoliento, por un momento a mi lado, cada uno con sus preguntas, los dos buscando respuestas.

El primer año
Francesc Serés

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *El primer any*

© Francesc Serés, 2026

Del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Krstrbrt y Stock Kryvyi Rih / ShutterstocK

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2026

© Raval Edicions S.L.U, Proa
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-233-6956-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Junio. Milímetros y kilómetros
Julio. Como un perro
Agosto. Luz, más luz
Septiembre. En el jardín, en la montaña
Octubre. El gen egoísta
Noviembre. Mis alumnos no tienen sueños
Diciembre. Al borde del camino
Diciembre, casi enero. Y ahora, ¿qué?
Enero. ¿Volver o irse?
Febrero. Padres, madres, hijos, hermanos
Marzo. El disfraz del Krampus
Abril. A punto de volar
Mayo. En el parque
Junio. Un lugar en el mundo
Julio. La venganza
Epílogo
Créditos